



Como en CASA

«La comedia romántica
que a Dorothy de *El Mago de Oz*
le habría encantado protagonizar»

rosario vila

COMO EN CASA

La comedia romántica que a Dorothy de El Mago de Oz le habría
encantado protagonizar

Rosario Vila

Copyright © 2024 Rosario Vila

Ilustración y diseño de la cubierta © Rosario Vila

Todos los derechos reservados.

Prólogo

Si algo he aprendido estos últimos meses es lo siguiente. Para empezar, no es buena idea seguir los consejos de la pareja de tu hermana, aunque tenga una personalidad deslumbrante y un puesto directivo en una editorial. Que le vaya bien la vida no significa que esté capacitada para guiar la de los demás. Y, mucho menos, que sepa qué corte de pelo te favorece. Fue ella quien me convenció de que me hiciera un corte bob. Sabía que no debía hacerle caso, soy de pelo encrespado y sospechaba que jamás me quedaría como a Amélie. En cuanto salí de la peluquería mi cortísima melena se esponjó y las puntas se me doblaron hacia arriba. Estaba ridícula, vi mi reflejo en el cristal de un escaparate y tuve que hacerme un turbante con las mallas del gimnasio. Pasé una época horrible, iba a trabajar con una plancha de pelo en el bolso y no salía de casa si creía que no iba a tener un enchufe a mano.

También he aprendido que los bebés son pequeños delincuentes que no dudan en robarte el amor de tu familia. En cuanto llega uno dejas de existir, todo gira en torno a él. Se acabaron los táperes de mamá, ser el orgullo de papá y hacer chistes de humor negro con tu hermana. Tu madre invierte todo su tiempo en su nieto y en su congelador solo hay croquetas ultraprocesadas, tu padre se da cuenta de que a tu edad ya tenía su vida organizada y tu hermana se parte de risa por cosas absurdas. ¿Qué gracia puede tener que un bebé arrugue la nariz y se tire un pedo? Adoro a mi sobrino, pero dudo que le contraten en *El Club de la Comedia* solo por eso.

Y, para terminar, he aprendido que las galletas shortbread no tienen nada que ver con el pan, la traducción literal de su nombre esconde que son una bomba de calorías. Llevan tal cantidad de mantequilla que, si te perdieras en el bosque con un paquete de esas galletas en el bolso y te encontraran un par de meses después, habrías sobrevivido. En el caso de que para entonces no te hubiera devorado un oso, puede que incluso habrías ganado peso. Me di cuenta demasiado tarde, cuando la cremallera del vestido me estalló en el autobús. Pero no todo fue digno de olvidar aquel día, ni mucho menos, así que prefiero quedarme con lo maravilloso...

Capítulo 1

Ocurrió una mañana como otra cualquiera, no había nada en el ambiente que me hiciera sospechar lo que estaba a punto de suceder. El sol entraba por las ventanas de la oficina, mis compañeros de trabajo tecleaban en sus ordenadores con el rostro relajado y una canción de ABBA sonaba a través de mis auriculares a la perfección. Ni siquiera lo intuí cuando coincidí con Chus en el rincón del café. ¿Cómo iba a hacerlo? Parecía de esas sectas que anuncian continuamente el fin del mundo, no había que hacerle mucho caso.

—Cris, debemos prepararnos, el final está cerca.

La miré de reojo mientras metía la cápsula de café en la cafetera y me pareció que llevaba puesto un vestido largo y negro, abotonado hasta el mentón. ¿Qué era eso que apretaba sobre su pecho? Habría jurado que era una Biblia.

Me hice la sueca, nunca mejor dicho:

—*You are the Dancing Queen, na na na, only seventeen...* —canturreé.

—Cris, escúchame bien, esto es el fin.

—*Dancing Queen, na na na, from the tambourine. Oh, yeah...*

Tiró del cable de mis auriculares y me sacó uno de la oreja, Agnetha Fältskog casi se me cueca en el café con los pantalones de campana.

Puse los ojos en blanco y le pregunté:

—¿El fin de qué? No me digas que se ha acabado otra vez la leche desnatada.

Alguien se la tomaba entera y nunca la reponía. Creía saber quién era pero no podía probarlo, una vez me crucé con la de contabilidad en la impresora y tenía un bigote blanco muy sospechoso.

—No lo has entendido, Cris. *C'est fini. Kaput.* Se acabó.

Sí, iba vestida de negro, pero al mirarla de frente no me pareció tan siniestra. En realidad llevaba puesto un jersey de cuello alto y una falda pantalón. Además, lo que apretaba sobre su pecho era una tablet.

Le puse una mano en el hombro y dije:

—Chus, al sol le quedan unos cinco billones de años de vida. Y aunque se apagara, digamos... ¿la semana que viene? Te daría tiempo de comprarte una chaqueta con forro polar.

Abrió la boca para replicar, pero la puerta de la oficina se abrió y se quedó mirando algo por encima de mi hombro con los ojos abiertos de par en par. Levantó la mano con disimulo, meneó los dedos y se fue caminado de lado, igual que una aparición.

—Cristina, ¿puedes venir a mi despacho?

Dejé el café en mi mesa y seguí a Jaime, el responsable de recursos humanos. Se acercaba la evaluación anual de empleados y sonreí al pensar en la cantidad de elogios que me iban a llover. Había cumplido los objetivos de la empresa de sobra y trabajaba tan a gusto en MacGavin Finest que no sentía haber hecho un gran esfuerzo. La empresa era el sueño de cualquier técnico en gestión administrativa, el sueldo era superior que en la mayoría de empresas nacionales, el ambiente de trabajo era agradable y nunca te faltaba el whisky. Los seis años que llevaba trabajando allí habían sido como darme un paseo por el parque, no tenía nada negativo que decir de la empresa.

Me senté frente a Jaime y escondí lo orgullosa que estaba de mí misma tras una agradable sonrisa.

—Bien, Cristina, seis años formando parte de nuestro equipo. Has hecho un trabajo perfecto, impecable. Supongo que no se puede pedir más.

—Gracias. —Asentí con solemnidad.

Jaime puso la vista en los folios que tenía en las manos y se me encogió el corazón, me pareció que entre ellos estaba el currículum que entregué cuando fui candidata a mi puesto. En esa foto tenía el pelo largo, mi melena era una cascada de bonitas y estilosas ondas. Me habría gustado poder decirle a mi yo del pasado que al consejo de mi cuñada de cortarme el pelo le respondiera con un buen corte de manga.

—No podemos estar más contentos de tenerte aquí. Eres una persona organizada, comprometida, resolutiva, eficaz...

Estaba totalmente de acuerdo con él.

—Qué más puedo decir, Cristina, eres muy valiosa para MacGavin Finest.

Me puse los dedos sobre la boca para fingir algo de emoción y, con disimulo, subí la mano a mi pelo. Lo sabía, incluso antes de palparla supe que mi cortísima melena había cogido la forma de un bol para cereales. No lo podía soportar, necesitaba salir de allí para pasarme la plancha.

—Dicho esto, nos vemos obligados a hacer reestructuración de plantilla y eso significa, por desgracia, dejar marchar a parte del equipo.

Jaime se giró hacia atrás para averiguar qué estaba mirando, estaba intentando verme el pelo en el cristal de la lámina decorativa que colgaba detrás de él.

Me puse derecha y dije:

—Ah, eso es terrible.

De repente, se me encendió la bombilla, conecté el mensaje apocalíptico de Chus con los halagos que Jaime me acababa de hacer y la reestructuración de plantilla. Habían despedido a Chus, eso es lo que intentaba decirme antes. Que su puesto desapareciera significaba más trabajo para mí y, posiblemente, más responsabilidad.

Claro que sí...

¡Me iban a ascender!

—Desde luego, es terrible. Te echaremos de menos.

Me lo merecía, algo bueno me tenía que pasar después de lo del pel...

—¿Qué?

—Sé que la noticia te coge por sorpresa. Pero no te alarmes demasiado, vamos a proponerte un par de alternativas.

No podía ser verdad, estaba segura de que no lo había oído bien. Solía ponerme el volumen de los auriculares al máximo así que era posible que estuviera perdiendo audición. Sentí la tentación de golpear la lámpara de flexo con un bolígrafo y acercar la oreja para comprobar si captaba la vibración, pero la conversación requería total concentración y seriedad.

Me eché hacia adelante en la silla.

—No estoy segura de haberlo entendido. Habéis despedido a Chus, ¿no es así?

Jaime frunció el ceño y me preguntó:

—¿Quién es Chus?

¿Cómo que quién era? Acababa de verla hablando conmigo junto a la cafetera. Solía ir vestida de negro. Era más agorera que Casandra. Siempre aparecía en los peores momentos.

Tuve una sensación extraña...

¿Solo la veía yo?

—La primera opción es tu correspondiente indemnización, por supuesto, entendemos que esta situación es responsabilidad exclusiva de la empresa. Uno de los valores de MacGavin

Finest es el compromiso con nuestros empleados y puedes estar segura de que te compensaremos de manera justa y transparente.

Seguía sin comprender lo que estaba oyendo, si acababa de decirme que era imprescindible para la empresa, que era una auténtica joya. ¿Por qué era yo quien sobraba? ¿Cómo habían llegado a esa conclusión?

Me tiré del flequillo hacia abajo, anonadada.

—No lo entiendo... ¿por qué yo?

Jaime soltó los folios que tenía en las manos y cruzó los brazos sobre la mesa. Temí lo que podía significar ese gesto e intenté recordar si había cometido algún desliz. ¿Había birlado clips o imprimido billetes de avión en el trabajo? Claro que sí. Pero ¿qué eran un par de clips en la inmensidad de una caja de mil unidades? Dudaba que a alguien le diera por contarlos.

—No ha sido una decisión sencilla, Cristina. Todos tus compañeros son tan competentes como tú, no deberías tomarte esto como un fracaso personal.

Eso ni me consoló ni me convenció, aunque todos fuéramos igual de competentes, los detalles nos distinguían. Santi había cogido la baja por su alergia a los ácaros dos veces en un mes, Sandra se comía los capuchones de todos los bolígrafos y Jorge apestaba la oficina con sus sándwiches de huevo duro. ¿Y qué había de Chus? Era la negatividad en persona, un alma en pena. Si rascaban un poco podrían ver que alguien sobraba más que yo, estaba segura.

—Sigo sin entenderlo, ¿por qué tengo que ser yo? No sé... ¿por qué no Chus?

No tenía un interés especial en que la despidieran, aunque pudiera parecerlo, mi pregunta tenía fundamento. Si lo que necesitabas era ayuda psicológica para tirarte por la ventana, podías contar con ella, no quería quitarle mérito. Sin embargo, nadie en la oficina parecía tener esa horrible intención. De hecho, caí en la cuenta de que la única que solía charlar con ella era yo.

—¿Chus? No tengo ni idea de quién es —dijo Jaime.

Casi me lo hago encima, empecé a pensar de manera seria que solo la veía yo.

—En cualquier caso, valoramos tu buen hacer en MacGavin Finest y por eso queremos que continúes trabajando con nosotros.

Parpadeé perpleja, el planteamiento era absurdo. ¿Me habían despedido solo para volverme a contratar?

Levanté las manos y le pregunté:

—¿Quieres decir que vuelvo a mi puesto?

—No, quiero decir que hay una vacante en la oficina central.

—¿En la central? ¡Eso está en Edimburgo!

—Es lo único que podemos ofrecerte en este momento.

Me sentí despreciada, no solo me habían despedido, me habían dado una patada tan grande en el culo que había llegado a Escocia. Se me vino el mundo encima, confiaba en que mi contrato de trabajo era indefinido y hacía planes de futuro que dependían de mi sueldo. ¿Qué me esperaba a partir de ese momento? Mi vida acababa de perder su apacible estabilidad.

—No me interesa —dije.

—No te precipites, tienes un mes para pensarlo. El salario es más alto que en España y, bueno, no deja de ser una experiencia más que podrías acumular. —Guardó mi currículum en una bandeja archivadora y dijo, dando por concluida la conversación—: La propuesta tiene aspectos positivos que deberías valorar, estoy seguro de que los encuentras.

No necesitaba valorar nada, no tenía intención de mudarme a otro país. Cogería la indemnización, me llevaría mi dignidad y después... No lo sabía, después me haría selfis con la cara llena de lágrimas y los publicaría con frases dramáticas en alguna red social.

Me puse de pie, furiosa, y le pregunté:

—¿Eso es todo?

—Sí, puedes volver al trabajo.

Me dirigí a la puerta y, cuando estaba a punto de abrirla, Jaime me preguntó:

—Oh, ¿te importaría decirle a María Jesús que venga un momento?

Me giré hacia él a cámara lenta. Si hubiera podido matarle con la mirada le habría hecho un dos por uno, asesinato más incineración. El forense habría tenido que hacerle la autopsia a unas gafas.

—Chus... —dije entre dientes.

—Ah, puede ser.

Capítulo 2

—Necesito llevar el coche al taller y todavía estoy pagando el robot de cocina. Esto es una tragedia, Sonia. ¿Qué va a ser de mí?

—Todos los pa-ti-tos se fueron a na-dar...

—¿Y si no encuentro un trabajo decente?, ¿cómo voy a pagar el alquiler?

—Y el más chi-qui-ti-to se qui-so que-dar...

—No quiero compartir piso con una aspirante a influencer, ya no tengo edad.

—Su ma-dre en-fa-da-da le quiso re-ga-ñar...

—¡Sonia! —exclamé.

¿Cómo podía ignorarme así? Era su hermana, no una desconocida que le estaba contando sus problemas en la cola de la farmacia.

Le quitó a mi sobrino sus diminutos calcetines y dijo:

—Te estoy escuchando, puedo hacer dos cosas a la vez.

Lo dudaba, estaba inclinada sobre mi sobrino y él le estaba sacudiendo un sonajero junto a la oreja mientras pataleaba bocarriba en el cambiador.

Me crucé de brazos y le pregunté:

—Ah, ¿sí? Venga, ¿qué he dicho?

—Pues... lo mismo que las últimas tres veces que has venido a casa. Bueno, hoy has añadido algo nuevo, ¿para qué necesitas un robot de cocina?

Levanté el dedo índice y le advertí:

—No vayas por ahí.

—¿Por qué?

—Sabes que fue culpa de tu mujer.

No sabía cómo lo hacía, pero mi cuñada conseguía convencerme de cualquier cosa. Era guapa a un nivel de escándalo, culta de remate y hablaba con tanta seguridad que creías que tenía la verdad absoluta. Se llamaba Alejandra, pero yo la llamaba Alexia en vez de llamarla Alex porque era una fuente de información inagotable. Y sin necesidad de conectarla a internet.

Mi hermana me miró como si estuviera loca.

—Eso no tiene sentido. Si te hubiera dicho que te compraras un alargador de pene, ¿también lo habrías hecho?

—Pues le habría dado más uso, conozco más pichas cortas que recetas.

Mi hermana puso cara de asco.

—¿Qué? ¿De dónde crees que ha salido tu hijo?, ¿de un paquete de tofu?

—No se te ocurra volver a decir eso delante de tu sobrino.

—Claro... no vaya a pensar que tiene el material genético de una legumbre.

Por favor, ¿qué le pasaba a mi hermana? Además de llevar puestos unos horribles crocs con calcetines de lana y un vestido que parecía un saco de café, había perdido el sentido del humor.

—¿Cómo se te ha dado con las cabras? —le pregunté.

—¿Qué?

Señalé sus pies y dije:

—¿No vienes de ordeñarlas?

Se giró hacia mí con las manos en las caderas.

—Estaba haciendo la vista gorda con tu bicornio, ¿sabes?

Me eché las manos al pelo rápidamente. Era verdad, mi mini melena había cogido una forma más espantosa de lo habitual. Me levanté de la butaca de lactancia, me miré en el cristal de la ventana y, sí, con la mano en el pecho, era igual que Napoleón.

Me senté en la butaca, desmoralizada, sentía que había perdido el control de mi vida. Alguien había cambiado su rumbo sin consultármelo y ni siquiera era capaz de dominar algo tan simple como mi pelo. Miré a mi sobrino, que balbuceaba feliz en el cambiador, y deseé estar en su lugar. Su única preocupación era saber qué eran esas cosas del papel pintado de su habitación, parecían cebras, pero tenían cuernos y el cuello demasiado corto para ser jirafas.

Me tapé la cara con las manos, sumida en la angustia.

—¿Por qué me han hecho esto? Estaba encantada con la empresa.

—Este bebé gordito me suena...

—Me han apuñalado por la espalda, Sonia, de la manera más ruin.

—No será el bebé gordito de mami...

—Y encima me quieren desterrar. ¿Qué soy?, ¿una apestada?

—Sí que lo es. ¡*Chi*!

Cogí un elefante de peluche y se lo lancé a mi hermana a la cabeza. Le di de lleno, hizo un espasmódico movimiento lateral y su pelo rubio se levantó en el aire por un instante. Quedó muy cómica sin pretenderlo y no lo pude evitar, me dio un ataque de risa.

—¡Eres tonta o qué! —gritó.

Mi sobrino se echó a reír también. Solo tenía seis meses y estaba agitando su sonajero, así que a saber de qué se reía, pero agradecí su ingenua solidaridad.

Mi hermana cogió a mi sobrino del cambiador y se giró hacia mí.

—Hay otras cosas importantes en mi vida que necesitan atención, el mundo no gira alrededor de ti. —Me puso a mi sobrino encima y añadió—: Sujétamelo, tengo que hacer pis.

Me dejó con la boca abierta y se fue.

—¿Quién es esa mujer que ha suplantado a mi hermana...? —le pregunté a mi sobrino—. Me gustaría que la hubieras conocido, tu verdadera madre era mucho más divertida.

Maximiliano le habían puesto al pobre crío. Cuando fuera al colegio no se iba a librar de que algún gracioso le soltara un «agárramela con la mano», por mucho que le llamáramos Max. Parecía mentira, ¿qué tenían mi hermana y mi cuñada en la cabeza? Nadie había vuelto a ponerle ese nombre a un niño desde la época de los retretes de madera con orinal.

Mi sobrino balbuceó y sacudió sus piernas rollizas. Me lo tomé como una confirmación de que estaba de acuerdo conmigo, él tampoco entendía por qué le habían puesto un nombre tan horrible. Menos mal que lo tenía a él, era el único de la familia que parecía entenderme.

Mi hermana entró en la habitación dando un salto y exclamó:

—¿Quién va a darse un bañito? ¡*Chi*, el bebé gordito!

Me acerqué a la oreja de mi sobrino y le susurré:

—Lo siento, tengo que dejarte en manos de esta extraña señora. —Levanté al niño para pasárselo a mi hermana, pero me lo acerqué de nuevo y le dije—: Estaré por aquí un rato más, sacude el sonajero si te encuentras en peligro.

Mi hermana puso los ojos en blanco. La antigua Sonia habría añadido algo ingenioso y se habría descorchado de la risa, pero aquella ni siquiera sonrió. Me sentó fatal, su falta de complicidad me hizo sentir estúpida.

Le di un achuchón de despedida a mi sobrino y, justo, mientras lo hacía, arrugó la nariz y se tiró un pedo, como si hubiera achuchado a un patito de goma.

—¡Eh, oye, podrías habértelo aguantado dos segundos!

Mi hermana echó la cabeza hacia atrás y explotó en una carcajada.

—¿No puedo con él! ¿Has visto cómo arruga la nariz para hacer fuerza?

—Sí, como todo el mundo —dije.

Madre mía, para creerse en un estadio superior de la vida tenía el nivel de la risa bastante bajo, *chi*. Era una contradicción, porque, según ella, la que se comportaba como una idiota era yo.

Me despedí de mi sobrino meneando los dedos, estaba mirándome sonriente por encima del hombro de mi hermana. Me levanté de la butaca, cogí mi cazadora y me dirigí a la cocina.

Alexia, mi cuñada, estaba haciendo la cena con una copa de vino a su lado y no se percató de que había entrado. Le robé la copa por la espalda con un rápido y preciso movimiento, cual mono de Gibraltar.

Me tomé el vino de un trago y dejé la copa vacía en la encimera.

—¿Has pensado en ir a Alcohólicos Anónimos? —me preguntó.

—¿Por qué? ¿Sirven vino gratis?

Me senté en un taburete de la isla, crucé los brazos sobre el mármol y apoyé en ellos la frente. Olía a brócoli hervido y se había hecho de noche, pero estaba tan agobiada que no me apetecía moverme, estaba tan mal allí como en mi casa.

—¿No estás exagerando un poco?

Levanté la cara y dije:

—Claro... qué más da que tenga que volver a empezar, que quizá el único trabajo que encuentre sea en un restaurante de comida rápida y no llegue a fin de mes. No pasa nada, volveré a casa de mis padres. O, mejor aún, buscaré un piso patera en el que vivir.

—Ah, pensaba que estabas así por lo del pelo.

¿Por qué me lo había tenido que recordar?

Volví a bajar la cara y me tapé la cabeza con los brazos.

Mi cuñada se encendió un cigarro y le dio una profunda calada.

—Yo de ti me iría a Edimburgo —dijo.

—Ni hablar, necesito que me dé el sol.

—Allí también sale cada día. ¿Conoces a algún escocés con raquitismo?

La miré confusa. No sabía cómo narices se cogía esa porquería, así que respondí:

—No conozco a ningún escocés.

—Otra razón más para que te vayas. —Se sirvió más vino y le dio un trago.

La miré en secreto y vi que tenía ese atractivo que irradiaba cuando le daba vueltas al coco, casi parecía más alta, más rubia y más delgada. Su corte de pelo degradado en la nuca le quedaba todavía mejor, como si lo hubieran diseñado para ella; y sus reflejos rubio platino resplandecían, parecía que la envolviera un halo de luz. Era un altavoz inteligente vibrando junto a la vitrocerámica, a punto de ofrecerme una información que no le había solicitado.

Me señaló con los dedos que sujetaban su cigarro.

—No tengas miedo, sal de tu zona de confort.

—No tengo miedo, no me quiero ir.

—¿Por qué? —Me miró con los ojos entrecerrados, se cruzó de brazos y ladeó la cabeza—. Escocia es un país estupendo. Su nivel de vida es más alto y además es precioso. Tiene lagos, castillos, paisajes de ensueño y gente macerada en whisky que delira. Sí, después de beber, los escoceses ven monstruos.

Qué decía yo, ¿le pegaba llamarse Alexia o no? Solo le faltó decir: «Edimburgo. Superficie: doscientos sesenta y cuatro kilómetros cuadrados. Elevación: cuarenta y siete metros. Tiempo:

ocho grados centígrados, noventa por ciento de humedad».

—No sigas, con lo de los delirios me has convencido —dije.

Mi cuñada deslizó su copa de vino sobre la isla y me la puso delante.

—Bebe, necesitas salir de ese bucle y abrir tu mente.

¿Qué hora era? Quería pasar por casa de mis padres para requisar comida. Una cosa era estar asqueada y otra muy diferente hacerle ascos a la comida de mi madre, cocinaba genial.

—Otro día, lo único que necesito abrir ahora mismo es un táper de croquetas.

Mi cuñada se encogió de hombros y cogió la copa, pero no desistió en su empeño de hacerme ver lo maravilloso que sería que me fuera a vivir a Edimburgo, según ella.

—Estás en una situación privilegiada, Cris, podrías vivir el sueño de millones de lectoras. ¿Sabes cuántas novelas románticas ambientadas en Escocia hemos publicado?

¿Qué tenía eso que ver? También habrían publicado novelas ambientadas en Japón y no por eso iba a empezar a comer con palillos.

—No, pero puedo decirte cuántas veces he usado el robot de cocina, una.

—Porque no abres tu mente, sigues prefiriendo cruzar media ciudad para recoger un táper.

—¿Qué quieres que haga? No sé cocinar, se me pegan hasta los huevos cocidos.

Mi cuñada me miró de medio lado.

—¿Cómo se te ha podido pegar un huevo cocido? Es imposible con la cáscara.

Me miré las uñas y musité:

—No me apetece hablar de eso...

La verdad es que tuve «la genial idea» de meter dos huevos en el microondas y uno de ellos explotó. Los trozos de cáscara hicieron un mosaico comparable a cualquier obra de Gaudí. El huevo que sobrevivió se quedó pegado al plato mientras limpiaba el desastre y fue entonces cuando descubrí que la clara seca podía servir para reparar cualquier cosa, desde el tacón de un zapato hasta piezas dentales.

Alcancé la copa de vino sobre la isla, le di un trago y le pregunté:

—¿Por qué quieres perderme de vista? Parece que estés deseando que me vaya.

—¿Habría intentado hacerte un hueco en la editorial de ser así?

Di un respingo, esperanzada.

—Reprime esa emoción, no necesitamos cubrir ningún puesto en este momento.

Los hombros se me bajaron de golpe y mi sonrisa desapareció.

Mi cuñada apoyó los brazos sobre la isla y me miró de frente, cara a cara.

—Solo intento hacerte ver la oportunidad que tienes delante. Estás tan obcecada en quedarte que no consideras la otra opción, te olvidas de que tienes una buena alternativa. Puede que te esperen cosas estupendas en Escocia, nunca se sabe.

Había tenido suficiente, me levanté del taburete y me puse la cazadora.

—Y nunca lo sabré, no pienso ir.

Había ido hasta allí en busca de un hombre en el que llorar, no para que mi hermana me ignorara y para que mi cuñada intentara cambiarme los esquemas. Nunca se me había pasado por la cabeza emigrar, para mí no era una opción, y ni siquiera me apetecía considerarla.

Mi cuñada negó con la cabeza, con una mueca de incompreensión.

—Piénsalo bien, Cris, ¿qué tienes aquí? ¿Un piso de alquiler? ¿Un coche que está para el desguace? ¿Un trabajo en el que te quedan dos días? Sinceramente, yo ni me lo pensaría.

Capítulo 3

—Me da miedo que se haga daño con las orejas, pero es tan mono...

—Es un niño muy espabilado, sabrá jugar con él antes de la edad recomendada.

—¿No te sorprende lo inteligente que es? Ya casi dice mamá.

—Claro que no me sorprende, recuerda que una vez cambió él solo de canal.

—Pues se lo compramos. Quién sabe, puede que acabe haciéndose astronauta.

—No lo descartes. Es un explorador, puede que descubra un nuevo planeta.

Miré a mis padres con cara de aburrimiento, escurrida en el sofá. Me parecía estar viendo una sitcom de bajo presupuesto, solo faltaban las risas enlatadas. Mi sobrino tenía seis meses, puso un canal infantil porque apretó un botón del mando de la televisión por casualidad y no mostraba signo alguno de que tuviera una inteligencia privilegiada. Lo más complejo que le había visto hacer era meterse un pie en la boca, lo normal en cualquier bebé de su edad.

—Max no intenta decir mamá, solo hace pompas de babas —dije.

Mi madre dio un respingo.

—¿Qué quieres decir? No le estarás llamando cebollino...

—No, lo que quiero decir es que solo tiene seis meses, es imposible que hable.

—Bueno, que tú no le hayas oído hacerlo no quiere decir que no lo haga.

—Claro... Y que nunca haya visto un marciano tampoco quiere decir que no existan. De hecho, Max se topará con uno algún día porque se hará astronauta gracias a que vais a comprarle un Baby Yoda. Con el que se sacará un ojo, por cierto, esas orejas que tiene son perfectas para hacer brochetas. Espero que los marcianos no le adelanten con su nave espacial justo por el lado en el que llevará el parche, la humanidad se perdería su extraordinario descubrimiento.

Me quedé bastante a gusto. Tenía otra teoría absurda sobre el espermatozoide que fecundó el óvulo de mi hermana pero preferí guardármela para otra ocasión, no quería abusar.

Mi madre frunció el ceño y me preguntó:

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¡Nada, estoy diciendo algo evidente! Además, se le va a quedar antiguo, Sonia no va a dejarle jugar con ese muñeco hasta que vaya a la universidad. Ni siquiera me deja bromear delante de él, quiere educarle como a uno de esos niños de cristal.

Sí que me pasaba algo, aunque lo acabara de negar, que nadie se solidarizaba conmigo, no sentía la empatía de mi familia. Mis padres estaban tan pendientes de mi sobrino que podría haber habido un terremoto, caerse las paredes del salón y habrían permanecido sentados en el sofá, comparando precios de Baby Yoda en internet.

—¿No notáis un olor extraño? Creo que es envidia —bromeó mi padre.

—¿Qué? No tengo envidia de Max. Lo que tengo es un problema que a nadie parece importarle, no es por nada —repliqué.

Mi madre arqueó las cejas y musitó:

—Sí, está celosa...

No me lo podía creer. ¿Qué podía envidiar de un bebé? ¿Que fueran a comprarle un muñeco? ¿Que pusieran expectativas en él casi imposibles de cumplirse? Me enfadé todavía más, estaban ridiculizándome.

Mi padre apartó la vista del móvil de mi madre, se quitó las gafas de leer y puso su atención en mí.

—Podrías estar trabajando en las oficinas de la fábrica, Cristina. Era un trabajo estable, pero preferiste irte a esa empresa de whisky escocés porque te pagaba más. Te arriesgaste sin pensar en el futuro.

Me sorprendió su comentario. Se suponía que mi padre estaba orgulloso de mí porque había dejado la fábrica en la que él trabajaba, que admiraba mi arrojo y mi carácter independiente. ¿Cuándo había cambiado de parecer?

—No quisiste ir a la universidad —continuó—. Si hubieras estudiado arquitectura podrías haber abierto tu propio estudio y ahora no estarías en esta situación, sabes que hay administrativos para parar un tren.

Cortocircuité, mi padre solía decir que faltaban profesionales de oficios y que sobraban universitarios, no montó un drama cuando se me pasó la fiebre de ser arquitecta. ¿De repente le parecía mal?

—Y recuerda que siempre has preferido vivir de alquiler. Si te hubieras comprado un piso podrías venderlo, recuperar el dinero invertido en caso de necesidad.

Lo miré boquiabierto, no esperaba que me ametrallara a reproches. En vez de consolarme, me estaba rematando. Estaba culpándome de estar a punto de quedarme sin trabajo. Mi primer impulso fue replicar, ponerme a discutir con él, pero se me hizo un nudo en la garganta que me lo impidió.

Tragué saliva para aclararme la voz y dije con retintín:

—Gracias por el apoyo, papá.

Mi padre se dio cuenta de que estaba dolida y cambió su actitud, adoptó un tono de voz más compasivo.

—No quiero decir que te lo hayas buscado, cariño, lo único que digo es que tienes que asumir las consecuencias de las decisiones que tomas. No es culpa nuestra que te hayan despedido y parece que intentas pagarlo con nosotros. —Estiró el brazo, me dio una palmadita en la rodilla y añadió—: Pero confío en ti, hija, te conozco bien y sé que le darás la vuelta a esta situación.

Me quedé en silencio, pensando en lo que acababa de decir. ¿Estaba descargando mi frustración en mis padres? ¿Eran imaginaciones mías que estuvieran ignorándome? A lo mejor estaba exigiendo recibir demasiada atención, que estuvieran más pendientes de mí que de un bebé de seis meses. Me encogí en el sofá, me dio vergüenza pensar que podía estar teniendo una pataleta.

Miré a mis padres y suspiré.

—Vale... lo siento. Sé que me apoyáis, supongo que estoy siendo un poco injusta.

—Pasa las páginas de los cuentos como si intentara leer, te digo que intuye que son letras —dijo mi madre.

—¡Padres! —exclamé.

No estaban escuchándome, mi padre había vuelto a ponerse las gafas y ambos estaban mirando algo en el móvil de mi madre. No hacía falta que me dijeran qué era, cualquier cosa relacionada con mi sobrino.

—¿Qué quieres, hija? ¡No grites! —me regañó mi madre.

Bufé como un gato y me levanté del sofá. Me iba a casa, el cactus de mi salón me hacía mucho más caso que ellos. Pero, antes de irme, pensaba cumplir la misión que me había llevado hasta allí, hacerme con un fardo de croquetas.

Fui directa a la cocina y abrí la nevera. Miré dentro con recelo, no recordaba haberla visto nunca tan vacía. Había medio limón empezando a ponerse verde, unos yogures, media docena de

huevos y dos paquetes de salchichas. Una lechuga y un par de tomates rodaban por el cajón de las verduras, parecía el resto de las existencias de una frutería un sábado por la tarde. Pero sabía que lo que buscaba debía estar en el congelador, así que no me preocupé.

Casi salgo al rellano para asegurarme de que estaba en el piso de mis padres. En vez del habitual surtido de táperes, me encontré con un montón de bolsas de comida ultraprocesada. Parecía la sección de congelados del supermercado, todo lo que se pudiera cocinar y vender empaquetado estaba allí.

—¡Mamá! —la llamé.

Revolví las bolsas de comida. No podía ser, tenía que haber un táper de croquetas en alguna parte. A mi madre le encantaba cocinar y sabía que yo mataba por ellas, no la creía capaz de olvidarse así de mí.

—¡Madre! —la volví a llamar.

¿Desde cuándo comían mis padres risotto precocinado? ¿Por qué habían comprado patatas cortadas? Se preparaban en un momento, incluso yo sabía pelarlas. Di un respingo, alarmada. ¿Qué hacían durante todo el día?, ¿chatear y ver series? Parecían llevar una doble vida que desconocía.

Poco después, me empecé a desesperar. Los dedos se me estaban quedando helados y no me sentía la nariz. Mi madre seguía sin acudir y empecé a imaginar que iba a morir allí, que mi padre me encontraría con medio cuerpo metido en el congelador cuando entrara por la mañana para hacer el café. Tendría la mejilla apoyada en una bolsa de nuggets y el bigote lleno de escarcha. No quería que el mundo me recordara así, tenía cita para depilármelo.

—¡¡¡Mamá!!! —grité.

Tiré varias bolsas de comida al suelo y rompí a llorar. La tensión que había acumulado en los últimos días me hizo explotar por el contratiempo más tonto. Mi madre entró en la cocina y, al verme, se echó las manos a la boca.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te has caído?

Me había escurrido hasta el suelo con la espalda apoyada en la nevera. Tenía la cabeza entre las manos y mis hombros brincaban al ritmo de mis sollozos. Era la definición de la tragedia, parecía que me hubiera pasado algo digno de publicar en la sección de sucesos del periódico.

—Madre... ¡Madre!

—¿Qué?

—¡Dónde están las croquetas!

Mi madre me miró asombrada.

—Están ahí, las tienes junto a tus piernas.

Paré de llorar y miré donde me indicaba. Eran croquetas ultraprocesadas, de esas que es imposible distinguir qué llevan. En la bolsa ponía que eran de jamón, pero a algún sitio debían de ir a parar las cajas de refuerzo que los supermercados contrataban en Navidad.

—¿Crees que a esto se le puede llamar croquetas, madre? ¡No lo son, parecen de plastilina!

Mi madre se puso las manos en las caderas.

—Vaya, tienes el paladar muy fino para no saber freír un huevo.

No esperaba que me diera esa contestación, el zasca se oyó en Singapur. Vale, era verdad, ni siquiera intentaba aprender. Pero era un hecho contrastado que a mi madre le chiflaba la cocina, coleccionaba las recetas de las revistas.

Se cruzó de brazos y me soltó:

—Tu padre y yo ya hemos trabajado suficiente, ¿no crees? Nos toca disfrutar un poco de la vida. Si queremos comer fuera, lo hacemos. Si queremos irnos de crucero, pues también.

—¿Os vais de crucero? ¡A dónde!

Me quedé de piedra, se iban de vacaciones en medio de mi crisis laboral. Mientras yo me peleaba con las aplicaciones de búsqueda de empleo. Mientras lloraba con la nariz aplastada en los escaparates de las zapaterías. Se quitaban de en medio mientras yo me debatía entre la vida y la muerte.

Bueno... más o menos.

—Se llama Diamantes del Báltico. Veremos Estocolmo, Helsinki, Yohannesburgo...

—San Petersburgo —la corregí—. ¿Puedo ir?

—No.

Estaba sola, mi hermana tenía una nueva familia y mis padres querían vivir una segunda juventud. Todos tenían nuevas vidas y proyectos en el horizonte, yo era la única que se había quedado atrás.

Suspiré con resignación y, algo más tranquila, me levanté del suelo.

—¿Cuándo os vais? —le pregunté.

Lo que más me extrañaba no era que mis padres quisieran pasárselo bien, era que no les creía capaces de pasar más de veinticuatro horas sin ver a mi sobrino. Pero estaba visto que me había equivocado, aquel bebé rechoncho y adorable no tenía nada que ver con que hubieran cambiado su forma de actuar. Sentí un poco de vergüenza, quizá era verdad que estaba celosa de mi sobrino.

—Todavía no lo sabemos, a Max le va a salir un diente.

Extendí el dedo índice hacia ella y exclamé:

—¡Lo sabía!

—Es el primero, no podemos perdérmolo. —Sonrió y me dio un cariñoso pellizco en la mejilla—. Todavía tengo guardado el primer diente que se te cayó. Bueno... puede que lo tirara cuando cambiamos el mueble del salón.

La miré asombrada.

—¡Es broma! Lo tengo guardado junto al primer ricito que te corté. —Frunció el ceño, ladeó la cabeza y me preguntó—: Por cierto, ¿te has comprado una bicicleta?

—No... ¿Por qué?

—Parece que hayas tenido puesto un casco.

Puse los ojos en blanco y resoplé. ¿Por qué tenían que meter todos el dedo en la yaga? ¿Qué necesidad tenían de recordarme que hacerme un corte bob había sido el mayor error de mi vida? Me toqué el pelo, pensativa. Quizá era buena idea comprarme una bicicleta, podía ser la excusa perfecta para salir a la calle con la cabeza enfundada en un casco.

—Llévate las croquetas. Puede que no lleven jamón, pero tampoco sabemos qué es exactamente lo que llevan. A lo mejor es algo comestible.

Miré la bolsa de croquetas en mis manos.

—Da igual, me haré un bocadillo de berberechos.

Lo dije de broma, pero en realidad era lo único que tenía en la despensa, latas de conservas. Había confiado en «el cáterin» de mi madre y ni siquiera había ido a comprar una triste loncha de mortadela.

Mi madre negó con la cabeza, sintiendo compasión por mí. Me dio un par de palmaditas en la cara y dijo:

—Es tarde, hija, vete ya.

La miré perpleja mientras salía de la cocina. ¿Me acababa de echar?

De camino al metro, el aire fresco me sentó bien. Mi enfado fue evaporándose y, por

primera vez en días, sentí que mi mente se despejaba. Supongo que llegué a un punto de inflexión, que la nueva dinámica de mi familia me hizo reflexionar.

Podía ser que hubiera estado sobreactuando, que hubiese perdido la perspectiva real de las cosas. Era un fastidio tener que buscar trabajo, sí, pero no era el fin del mundo, yo no era la agorera Chus. Caí en que algo bueno tenía que me hubieran despedido, ya no tendría que volver a oír sus presagios catastróficos. Había días en los que salía del trabajo pensando que la vida era tan incierta que no tenía sentido comprar packs de bragas. ¿Para qué? Podía ser que la mitad se me quedaran sin estrenar.

Bajé las escaleras del metro y, mientras esperaba en el andén, tuve una especie de momento místico, ocurrió algo que interpreté como una señal. Tenía frente a mí un enorme cartel publicitario de MacGavin Finest y la corriente de aire que anunciaba que el metro estaba a punto de llegar me devolvió a la mente la voz de mi cuñada, como si viajara con el viento:

«Piénsalo bien, Cris... ¿Qué tienes aquí? ¿Un piso de alquiler? ¿Un coche que está para el desguace? ¿Un trabajo en el que te quedan dos días...? Sinceramente, yo ni me lo pensaría».

Capítulo 4

Me mudé a Escocia un día soleado, el invierno estaba despidiéndose y se notaba en la temperatura. Me quité la cazadora para sentarme en el avión y a pesar de no llevar otra manga debajo de mi vestido de punto no tenía frío. Por el buen aspecto de mi pelo sabía que la humedad relativa del aire rondaba el cuarenta por ciento, desde que me lo había cortado no necesitaba consultar el tiempo en la aplicación del móvil. Si mi mini melena estaba lisa y brillante, los chubascos eran improbables. Si amanecía con la forma de una seta shiitake, debía meter un paraguas en el bolso. Si parecía que llevara un pulpo cocido sobre la cabeza, era mal día para tender. Me había convertido en Rafiki, el mono sabio de *El Rey León*, mis vecinos me consultaban antes de lavar el coche. Aunque supongo que debería decir mis exvecinos, acababa de devolver las llaves de mi piso.

En Edimburgo me esperaba un piso compartido. Lucía, una antigua compañera de la empresa, había pedido el traslado hacía cosa de un año. No había tenido contacto con ella desde entonces, aparte de alguna llamada de teléfono suya relacionada con el trabajo que había tenido que atender. Pero, al comentarle que íbamos a volver a trabajar juntas, me dijo que su compañera de piso tenía intención de mudarse y, casi sin pensármelo, acepté quedarme con su habitación. No conocía a nadie más allí y era la manera más sencilla de instalarme, siempre tendría la opción de alquilar mi propio piso más adelante. No quería tomarme ningún paso que diera como algo definitivo, me sentía mejor pensando que todas las decisiones que tomara eran reversibles. Pero tampoco era que me dirigiera a Edimburgo con el corazón roto, estaba animada, mi cuñada me había descubierto las maravillas que escondía Escocia.

Desde que había empezado a considerar la oferta de trabajar en la central, no había parado de ver películas y series ambientadas allí. Había descubierto que había escoceses inmortales, si se le podía llamar así a alguien que estiraba la pata cuando le cortaban la cabeza. Existían otros que viajaban en el tiempo, como cuando te pones a planchar la ropa que se acumula encima de la secadora y encuentras un vaquero que un día te podías abrochar. Y después estaban los que criaban ovejas, comían pastel de riñones y tocaban la gaita. Pero no todo a la vez. Es imposible correr detrás de una oveja mientras sujetas una gaita bajo la axila y la haces sonar con el brazo, las piernas se te descoordinan, ruedas colina abajo y la oveja se te escapa. Bromas aparte, los paisajes me parecieron preciosos y su folclore me fascinó. Estaba deseando empaparme de la cultura celta y tomarme una cerveza con amigos en un pub. Mudarme a Edimburgo había empezado a parecerme una aventura excitante, además de una buena oportunidad para perfeccionar mi inglés. Pero también tenía algún punto negativo, estaba segura de que echaría de menos a mi familia.

Sin embargo, ellos no parecía que fueran a echarme mucho de menos a mí, como ya había comprobado durante los últimos meses. De hecho, casi llego tarde al aeropuerto por culpa de mis padres, que habían ido a acompañar a mi hermana al pediatra. Tres personas adultas en la sala de espera por una visita rutinaria, como si fueran a hacerle un trasplante multiorgánico a mi sobrino. La enfermera debió de pensar que mi hermana era tutora de mis padres por alguna razón médica. A pesar de ello, se me pasó el enfado cuando vi a mi padre aparcar el coche en la puerta de mi casa, mi madre se asomó por la ventanilla, sacudió un táper de croquetas en la mano y sonreí desde mi ventana. Me las comí todas de camino al aeropuerto. Intenté olisquearlas nada más, levantar ligeramente la tapa y meter la nariz, pero el calorcito que desprendían en mis manos era

demasiado tentador y, de todas formas, iban a ponerse blandas. Dejar que una croqueta casera se ponga pocha está tipificado como delito en el Código Penal. Mi madre también me había comprado jamón de bellota envasado al vacío que iba viajando conmigo en la bodega del avión, en una de mis dos maletas. Solo llevaba lo indispensable, cosas materiales que se podían sustituir. Pero, sobre todo, iba cargada de ilusión, estaba dispuesta a darle la vuelta a mi despido y a convertirlo en algo súper positivo.

Capítulo 5

La primera impresión es la que cuenta. O puede que no, es uno de esos dichos que son completamente fiables al cincuenta por ciento. Tanto es así que no estaba segura de si debía quedarme con la idea de Escocia que me había hecho en casa o con la que se estaba gestando en mí nada más llegar. Tendría paisajes de ensueño, no lo discutía, pero el suelo del autobús que acababa de coger en el aeropuerto estaba encharcado y echaba de menos otra manga debajo de mi vestido. Tenía frío, había dejado atrás el día primaveral de España y mis botines rojos de piel estaban manchándose por culpa de la lluvia. Me subí la cremallera de la cazadora, metí las manos en los bolsillos y me encogí en el asiento con el culo mojado, alguien se había sentado allí antes que yo y esperaba de corazón que no padeciera incontinencia urinaria.

Un cambio de autobús después, llegué a Dalkeith, la localidad a tres cuartos de hora de Edimburgo en la que vivía Lucía. Estaba irascible e incómoda. No es tan sencillo tirar de dos maletas bajo la lluvia sin conocer el lugar, después de eso, una no está precisamente dando saltos de alegría. Durante mi recorrido de las dos manzanas que había de la parada del autobús a la calle de Lucía, había llovido y dejado de llover dos veces. Parecía que las nubes se estuvieran riendo de mí, cada vez que me daban una tregua paraba para mirar mi localización en el móvil y en ese instante se ponía a diluviar. Empecé a sospechar que el tiempo en Escocia era tan cambiante que la meteorología se consideraba un arte adivinatorio, algo así como las cartas del Tarot.

Miré el número de la casa que tenía junto a mí, el dieciséis. Resoplé aliviada al darme cuenta de que la de Lucía era la siguiente. Era bonita, de estilo clásico. Tenía tres plantas que en otro tiempo habrían estado conectadas, pero que más tarde habían convertido en pisos independientes. Una marquesina triangular enmarcaba la puerta principal y tres ventanas que pertenecían a la buhardilla sobresalían de su tejado a dos aguas. Arqueeé las cejas, gratamente sorprendida. Me encantó que fuera pintoresca, tuve la sensación de haberme colado en una película.

—¡Cris! —Lucía abrió los brazos y me achuchó, sonriente.

Hice un esfuerzo para devolverle la sonrisa y el abrazo. Me faltaba el oxígeno y estaba chorreando. Su piso era el de la segunda planta, no había ascensor y tenía los dedos doloridos, todavía sentía en ellos el peso de las maletas.

Me agarró por los hombros, se retiró un poco para mirarme y dijo:

—Estás fuerte, ¿eh? Se nota que te zampas los bocadillos de chorizo a pares.

Me quedé aturdida. ¿Lo de «fuerte» lo decía porque había subido las dos maletas a la vez o estaba llamándome gorda? No lo sabía, lo del chorizo me había despistado.

Pasé por alto el comentario y exclamé:

—¡Estás genial, el traslado te ha sentado de maravilla!

Lo dije por decir. Estaba igual que siempre: el mismo pelo liso y teñido de rubio por encima de los hombros, la misma figura aprobada por la OMS, el mismo estilo clásico-pijo de vestir... Incluso me sonaba su jersey con la etiqueta del cocodrilo y sus pantalones rectos de tergal. Pero quería ser agradable, hacía un año que no nos veíamos.

—Sí, bueno, zona horaria nueva, vida nueva. —Se puso una mano en la cintura y ladeó la cadera.

Solo había una hora de diferencia entre Escocia y España, pero lo dijo convencida, como si

creyera que ese era el motivo de su supuesto cambio físico. La observé con más atención, por si hubiera algo nuevo en ella que se me hubiera pasado.

—Entra, debes estar deseando cambiarte de ropa. Te has puesto empapada, ¿a que sí? Hace un día asqueroso. —Bajó la vista a mis pies y añadió—: Oh, eso sí, quítate los botines, Cris, el suelo está recién fregado.

Giró sobre su propio eje, haciendo una especie de remolino, y miré sus pies. Estaba pisando un trapo, se deslizaba por el suelo sobre él como si estuviera abillantándolo. Era un trabajo inútil, fuera estaba cayendo la mundial.

Me quité los botines y los dejé en el recibidor. Levanté el asa de las maletas, tiré de ellas y empecé a hacerlas rodar. Lucía, que iba patinando sobre el trapo delante de mí, se giró y dijo:

—¿Te importaría coger las maletas a peso? Las ruedas van a dejar marcas.

—Claro... Perdona, no había caído en eso.

Levanté las maletas como pude y seguí a Lucía. Al cruzar la puerta de la que iba a ser mi habitación, no sabía qué hacer con ellas, si sería apropiado que tocaran el suelo. Me quedé en medio de la habitación con la postura de un forzudo de circo, esperando indicaciones para soltarlas.

—Tienes un armario de dos puertas, una mesilla de noche y un espejo de cuerpo entero. Está un poco desangelada porque tu predecesora se ha llevado el nórdico y las cortinas. Dice que lo compró todo ella. Pero yo no lo recuerdo, si te digo la verdad. La gente tiene mucho morro.

Asentí con la cara fruncida, como si no pudiera estar más de acuerdo. Pero, en realidad, tenía esa expresión porque estaba haciendo una fuerza que me faltaba. No podía más con el peso de las maletas, temí forzar tanto el suelo pélvico que fuera a sufrir un escape de orina.

—¿Todo bien? ¿No te gusta la habitación?

—¿Puedo dejar las maletas en algún sitio? —le pregunté.

—¿Qué? Oh... —Miró a su alrededor y respondió—: Sí, déjalas encima de la cama.

Puse las maletas sobre la cama y me apoyé en el colchón con una mano. Me habría tirado en plancha para descansar, pero enseguida Lucía dijo:

—Ven, te enseño el resto del piso.

Me quité la cazadora y la seguí. Caminaba en calcetines y el agua del pelo me goteaba en los hombros. Pero Lucía se deslizaba con el trapo bajo sus pies con tanta decisión que no pude negarme, parecía una patinadora artística profesional.

Derrapó frente a una puerta y dijo:

—El cuarto de baño. He hecho un *planning* para utilizarlo, luego te lo enseño. Tenemos el mismo horario de trabajo, así que hay que organizarse.

—Tienes razón, supongo que nos levantaremos a la misma hora.

No solo íbamos a compartir piso, íbamos a trabajar en la misma empresa. Las dos éramos administrativas, de modo que nuestras funciones iban a ser las mismas. Se podía decir que estábamos a punto de convertirnos en siamesas. Lo único que no nos iba a unir era el trapo con el que Lucía abillantaba el suelo, yo no pensaba hacer eso ni de broma.

—Tienes que dejar correr un poco el agua de la ducha para que salga caliente. Pero está bien, ¿verdad? ¿No te encanta la decoración *vintage*?

Yo no la habría llamado así. No es que el cuarto de baño tuviera decoración *vintage*, es que era de cuando el difunto duque de Edimburgo jugaba a las canicas. Pero, sí, tenía encanto. El suelo era de madera, como el del resto del piso, y los sanitarios, a pesar de ser antiguos, estaban bien conservados. La grifería parecía también la original, era de color cobre. Y Lucía había colocado algunos detalles que quedaban bien, me gustaba el cuadro del gato vestido de antiguo

lord que colgaba sobre el inodoro.

—¿Me dejas una toalla? —le pedí, suplicante—. Tengo el pelo chorreando, tiraba de una maleta con cada mano y no podía sujetar el paraguas.

—Oh, ¿no has traído tus propias toallas?

Me pareció detectar reproche en el timbre de su voz. No pensaba utilizar sus cosas como si estuviera hospedada en un hotel, pero no iba a ir cargada desde España hasta Escocia con el ajuar, pensaba comprar lo necesario allí.

—Me haré con ese tipo de cosas mañana —respondí.

Lucía abrió el mueble del cuarto de baño y cogió una toalla. Se dio la vuelta y me la dio, me pareció que con una sonrisa sincera.

—Gracias. —Le devolví la sonrisa y me pasé la toalla por el pelo.

Quizá había sido malpensada, a lo mejor me había hecho la pregunta sin maldad. Acababa de llegar de viaje y estaba incómoda porque me había caído el lago Ness encima, el problema podía estar en mí.

—Este es el salón. Como habrás podido notar, hay calefacción en toda la casa, lo que en invierno es de agradecer. Aunque también en otoño y en primavera, no te creas. Ah —añadió—, cuando vayas a comprar toallas, harías bien en comprar una manta para ver la televisión. Sé que esta es muy apetecible, pero resulta que es la mía. —Cogió la manta que estaba doblada en el sofá, sonrió y me guiñó el ojo.

Le podía tener cariño porque se la había regalado su abuela, podía ser que ella misma hubiera esquilado las ovejas y tejido la manta. A lo mejor una de esas ovejas estaba domesticada y era como de la familia, no quería sacar conclusiones precipitadas.

—Sí, tiene buena pinta —dije.

Miré a mi alrededor y le di otro aprobado al salón, tenía un aire acogedor. Las paredes estaban pintadas en color blanco roto, láminas decorativas de plantas tropicales colgaban de ellas y el sofá parecía en el punto de mullidito exacto para echarse una siesta. Dos ventanas dejaban ver las casas de la acera de enfrente, algunas construidas con el típico ladrillo escocés. Unos rayos de luz se colaban entre las nubes grises e iluminaban los tejados de pizarra, hacían un contraste espectacular. Era una estampa encantadora, pero a la que debía acostumbrarme, estaba intuyendo que los cielos escoceses eran tan poéticos como exasperantes. ¿En qué momento había salido el sol?

—La cocina. Aquí también tendremos que turnarnos, Cris, es lo que tiene compartir.

Había seguido a Lucía hasta allí, que no había dejado de patinar con el trapo, y le di otra puntuación alta a la cocina. Los fogones eran antiguos pero estaban como nuevos, había una barra de desayuno, tres taburetes metálicos y una nevera de dos puertas. El fregadero era de la misma época que el cuarto de baño, con su correspondiente grifo retro, y justo encima de él había una ventana que daba a una calle sin salida.

Lucía miró a través de la ventana y agitó la mano en el aire. Se abrazó a sí misma, cerró los ojos y puso morritos.

Me acerqué un poco para cotillear, quería saber a quién le dedicaba tanta pasión.

—Es Matt, mi novio. Vive en esa casa de ahí atrás. Ya te lo presentaré.

Arqueeé las cejas y sonreí.

—Vaya, parece que ya tienes hecha tu vida aquí.

—Sí. Este es mi sitio, Cris, no tengo intención de volver a España. Has tenido suerte con que te despidieran, yo tuve que esperar meses para conseguir el traslado.

Era una ironía, Lucía había suplicado que la enviaran a Edimburgo y a mí me habían

mandado allí de una patada. Pero la vida era así. Y en ese momento ya no lo recordaba con rencor, me hacía ilusión descubrir qué sorpresas me deparaba el lugar.

Volví a mirar por la ventana y vi al novio de Lucía poniendo morritos con los ojos cerrados, igual que ella. Pero él parecía estar besándola de verdad, hacía el movimiento con la boca como un mimo. Me pareció un tontolaba. Así, sin más. Para qué lo voy a suavizar.

—¿Te apetece un té?

—Oh... —No sabía si coger el monedero y sacar un par de libras antes de aceptar, por si acaso me decía que el té lo había comprado ella. Pero me había gastado todo lo que llevaba suelto en los autobuses y en una chocolatina, así que dije—: Sí, gracias. Pero voy a darme una ducha antes, ¿vale? He cogido frío y me apetece ponerme ropa de estar por casa.

—Ah, ¿piensas pedir una pizza para cenar?

Ladeé la cabeza y dije:

—No... ¿Por qué?

Tardé un par de segundos en coger su indirecta. En serio, mi intención no era aprovecharme de ella, simplemente iba haciendo las cosas sobre la marcha porque estaba desubicada. Ni siquiera había pensado en la cena, era algo tan fácil de solucionar que no tenía necesidad de planificarlo. Pero ¿de verdad? ¿Era tan agarrada que no podía invitarme a un miserable sándwich? Ya le devolvería las dos rebanadas de pan y lo que fuera que pusiera en medio, hoy por ti y mañana por mí. No la recordaba así, aunque, para ser sincera, tampoco es que la hubiera tratado fuera del trabajo.

—Bueno, puede que sí pida una pizza —rectifiqué.

Lucía asintió con la cabeza, como si no pasara nada, y exclamó:

—¡Date prisa, tengo muchas cosas que contarte! Ah, y no te preocupes por el té. Tengo una caja sin empezar, no me corre prisa que me lo devuelvas.

—Oh... Es un detalle, gracias.

No es que fuera tacaña, es que era costalera de la Virgen del Puño.

Entré en mi habitación y me senté en la cama. Estaba mojada, las maletas estaban chorreando y el agua había calado la manta. Sintiéndome estúpida por haberle hecho caso a Lucía, las puse en el suelo, donde siempre debieron estar.

Miré a mi alrededor con más atención y mi habitación me pareció de lo más sosa. La ventana daba a la calle pero pedía a gritos unas cortinas, los vecinos de enfrente iban a verme en ropa interior. Los muebles no estaban mal, a pesar de ser blancos y sencillos, eran actuales, pero las paredes eran un lienzo en blanco y la cama no tenía edredón. Necesitaba decorarla con urgencia para sentirme en casa, tenía un aire demasiado frío e impersonal.

Cogí una sudadera y unas mallas, me fui a la ducha e ignoré las pequeñas señales negativas de mi llegada. No había sido la ideal, pero no iba a desanimarme, solo era un problema de adaptación. Al día siguiente lo vería todo de otro color, estaba segura. No pensaba permitir que unos incidentes sin importancia me desestabilizaran.

Capítulo 6

Estaba discutiendo con mi cuñada cuando unos golpecitos en la puerta de mi habitación me despertaron, estaba armándole un escándalo en sueños por haberme convencido de que me comprara el robot de cocina. No sé por qué motivo estaba obligada a llevármelo a Edimburgo y ocupaba tanto espacio en mi maleta que no me cabía la ropa, una de esas cosas absurdas que pasan en los sueños.

—¿Sí? —pregunté.

—Estás incumpliendo el *planning*, Cris, vamos a tropezar por toda la casa —dijo Lucía al otro lado de la puerta.

Arrugué la nariz. ¿Que estaba incumpliendo el qué?

—De siete a siete y media te toca el cuarto de baño. La cocina de siete y media a ocho, ¿recuerdas?

Lo recordaba, había visto esa misma planificación en alguna película basada en el ejército.

Cogí mi móvil de la mesilla de noche y miré la hora. Solo eran las siete y cinco, tenía tiempo de sobra para utilizar el cuarto de baño sin pasarme del horario establecido. Me había duchado hacía unas horas, solo necesitaba entrar para lavarme la cara y cepillarme los dientes.

—Perdón, no he oído el toque de diana —bromeé.

—¿Qué?

—Que no te preocupes, podrás utilizar el cuarto de baño y la cocina a la hora que te corresponde.

Oí una especie de «hm» como contestación y unos pasos que indicaban que Lucía se alejaba de la puerta.

Me levanté de la cama y cogí mi neceser. Hice un par de gestiones en el cuarto de baño y me dirigí a la cocina. Casi me da un microinfarto al ver una pelambreira asomando al otro lado de la ventana, unas manos se posaron en el alféizar y quien fuera que estuviera agarrándose a él quería entrar.

¡Era un ladrón!

Cogí un trapo de cocina y le di latigazos al cristal con él. Todo el mundo sabe que ese es el método más efectivo para ahuyentar ladrones, es ver un trapo de cocina y se entregan inmediatamente a la policía.

—¿Qué haces! ¡Baja el trapo, por piedad! —El intruso echaba la cabeza hacia atrás, como si el trapo pudiera atravesar el cristal.

Me pareció reconocer su cara...

¿Era el novio de Lucía?

¿Qué hacía intentando entrar por la ventana?, ¿se creía el Hombre Araña?

Di un paso atrás, alcé la barbilla de manera desafiante y le ordené responder:

—Cómo te llamas.

—Matt. Matt Smith, de los Smith de Dalkeith, un ilustre linaje que seguro te sonará.

Lo miré como una vaca viendo pasar un tren. ¿Por qué me tenía que sonar? ¿Era cantante? ¿Actor? ¿Había inventado algo de importancia como, por ejemplo, las patatas bravas?

—¿Por qué no entras por la puerta? ¿Qué habría pasado si no nos separara el cristal y te hubiera hecho la raya a un lado con el trapo?

Madre mía, tenía el pelo mucho más encrespado que yo, era un cabezudo de los que

desfilaban por las calles de los pueblos durante las fiestas. ¿Qué podía significar levantarse con el pelo así en aquella parte de Europa? Sentí un poco de miedo, temí que se avecinara una borrasca.

Matt abrió la ventana y saltó al suelo desde el fregadero. Seguía sin comprender por qué había trepado por la fachada, no me parecía ni medio normal.

—Hay una escalera de incendios, la utilizo para no dar la vuelta a la manzana. —Se puso dos dedos en la sien, me señaló con ellos y añadió—: Soy una persona resolutiva.

—Ya lo creo, será por lo del linaje.

Me quedé a cuadros escoceses. Había dado en el clavo la primera vez que lo vi, era un tontolaba de primera categoría.

—Bueno... —dijo con falsa modestia— mis antepasados eran afamados herreros, alguno incluso fue condecorado. Durante siglos, no hubo boina escocesa que no colgara de un perchero Smith.

Me imaginé a su tatarabuelo posando con un martillo de forja sobre el pecho, vestido con un kilt y una boina escocesa. A su bisabuelo, posando orgulloso con un fuelle bajo el brazo, su kilt correspondiente e idéntica boina. Y a su abuelo, posando abrazado a un perchero, luciendo un kilt y una boina ladeada. Todos tenían la misma cara que Matt, pero alguno no solo tenía el pelo de una alpaca, también se le encrespaba el bigote.

Me crucé de brazos y asentí con la cabeza, mirándole sin expresión alguna. Estaba colgado, no cabía otra posibilidad, de ahí que sus antepasados fabricaran percheros.

—Veo que ya has conocido a Matt.

Lucía entró en la cocina, se colgó de su cuello y le besó de manera apasionada. Tuve que darme la vuelta, fue una escena casi pornográfica. Parecían dos ciervos en celo, la berrea. Cuando se cansaron de montárselo, Lucía se pasó el dorso de la mano por los labios y me dijo:

—Puedes coger algo para desayunar, ya me lo devolverás.

—No te preocupes, no tengo hambre.

Se me había revuelto un poco el estómago, solo hay que imaginarse a dos vacas compartiendo un manojo de pasto para entenderlo. Prefería desayunar fuera, en algún lugar que no me recordara lo que acababa de ver.

—Será porque quieres, después no vayas a llamarme tacaña —bromeó.

—Qué va, no se me ocurriría...

Le dio otro apasionado beso de tornillo a Matt y le pasó los dedos por el pelo. Él sonrió como un bobo y le susurró:

—El pequeño Smith está poniéndose contento, quiere salir de excursión.

—Es tarde, el pequeño Smith tendrá que esperar hasta esta noche —susurró Lucía.

¿Quién era el pequeño Smith? ¿Matt tenía un hijo de una relación anterior? ¿Había perpetuado la estirpe de ese apellido que él creía tan especial pero que era más corriente que García en España? ¿Quién no se llamaba Smith en Escocia? Hasta había chicles que se llamaban así. Bueno, no se llamaban exactamente así, pero no había tanta diferencia.

En realidad no me interesaba lo más mínimo saber de quién hablaban, pero estaban besándose delante de la puerta y me cortaban el paso, no podía salir.

—No sé si el pequeño Smith podrá esperar tanto, está tan contento que se me va a escapar por la cremallera del pantalón —dijo Matt.

Los aparté de la puerta sin pensármelo y salí de la cocina, no miré atrás hasta que me encerré en mi habitación. Esperaba que lo que acababa de pasar fuera un incidente aislado, no me apetecía convivir con dos raritos de esos a los que les ponía hacerlo con público.

Un par de minutos después, Lucía dio unos toquecitos en mi puerta con los nudillos.

—Nos vamos, te veo en la oficina —dijo.

—¿Te vas?

—Sí, Matt entra a trabajar antes y vamos en moto. Pero la parada del autobús está a dos manzanas de aquí, te dejará en Edimburgo en tres cuartos de hora.

—Sí, lo sé. Vale.

Me sentí aliviada, necesitaba espacio personal. La noche anterior, Lucía no había parado de hablarme de Matt, parecía que lo tenía idealizado, y mi mente me pedía alejarme de su mundo para poder centrarme en el mío. Antes de dormirme, había decidido hacer humor de todo lo que me molestara, evitar que las singularidades de Lucía condicionaran mi felicidad. Pero, para eso, necesitaba cerrar los ojos un momento, juntar los pulgares con los dedos índice y respirar.

Enchufé la plancha del pelo y me maquillé mientras se calentaba. Me gustó el resultado, mi mini melena había quedado bien lisa y tenía brillo a pesar de la humedad que había en la calle. Salí de casa con música en los auriculares a todo trapo, positiva al máximo. ¡Allá iba, Edimburgo! Comenzaba oficialmente mi nueva vida.

Capítulo 7

El autobús de las ocho y diez apareció por la esquina de la calle con una puntualidad británica. Saqué el paraguas del bolso para buscar el monedero y avancé en la cola para subir. Tenía que comprar una tarjeta de transporte, los billetes sencillos debían acabar saliendo más caros. Pero todavía no sabía dónde hacerlo, no llevaba ni veinticuatro horas en Edimburgo. Me fijé en que todo el que subía al autobús validaba su tarjeta de transporte en el sensor. Esperaba que el conductor tuviera cambio, acababa de recordar que no llevaba dinero suelto. Cuando llegó mi turno, intenté pagarle con un billete de cincuenta libras, él apretó los labios y negó con la cabeza.

—Me harías un favor si hicieras una excepción, tengo que ir a trabajar —le rogué.

—No puedes subir al autobús como si vinieras de atracar un banco.

—Es que no llevo nada más, me lo gasté todo ayer. —Rebusqué en el monedero para que viera que era verdad.

—¿Te lo gastaste? ¿No me engañas? Pues no creo que fuera en la peluquería.

Lo miré aturdida, con la mano metida en el monedero. Giré la cara hacia el cristal del parabrisas y al ver mi reflejo en él me asusté.

No me lo podía creer...

¿Cómo se me había podido poner el pelo así en diez minutos? Era Einstein recién salido de la cama, solo me faltaba el bigote.

Me puse una mano en la cintura y sonreí con sarcasmo.

—Eso ha sido tronchante, de verdad... ¿Tienes una fregona por ahí? Eres tan gracioso que me he meado encima.

El conductor puso sus ojos azules como platos y dio un respingo hacia atrás. Lo hizo de manera irónica, estaba burlándose de mí.

—Vale, empecemos de nuevo. Lo primero es decir buenos días —dijo.

Fruncí los labios y lo fulminé con la mirada. Pero me tragué mi orgullo, necesitaba coger ese autobús.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió—. El billete es una libra con ochenta.

—¡Ya lo sé, te he dicho que no llevo suelto!

—¿Seguro? Mira en el bolso, puede que se te haya caído alguna moneda.

Algún viajero resopló. Y no le culpé, con lo fácil que era darme el estúpido billete y hacerme un favor con el cambio. Sabía que estaba tomándome el pelo, que quería divertirse a mi costa. Pero no tuve más remedio que hacerle caso y buscar en el bolso, no podía llegar tarde al trabajo, era mi primer día.

Me sorprendí, encontré una moneda de un euro y dos de un céntimo en el fondo, esperaba que eso fuera la solución.

Se las enseñé en la palma de la mano y le pregunté:

—¿Te sirve?

Él se rascó la cara.

—Creo que no... En el caso de que aceptara moneda extranjera, con eso solo te alcanzaría para un billete infantil.

—Soy más joven de lo que aparento.

—¿Cuántos años tienes? Yo creo que debes de tener más o menos mi edad, rondarás los

treinta. No te veo poniendo pegatinas de arcoíris y unicornios en las paredes de tu habitación. — Me miró de medio lado, con los ojos entornados.

—¿Vas a venderme el billete o no? Me gustaría llegar al trabajo, a ser posible, hoy mismo.

Se echó a reír y una atractiva línea se formó a cada lado de su mandíbula. Tampoco es que él fuera muy peinado, ahora que me fijaba. Algún mechón de su pelo oscuro estaba disparado, no le había puesto demasiado empeño.

—Arranca ya, por favor. ¿A qué estamos esperando? —dijeron al fondo del autobús.

Me giré hacia donde provenía la voz y el paraguas que llevaba colgado en la muñeca se abrió. Ocupó todo el espacio de la entrada, me quedé pegada al parabrisas como un perro viendo llegar a su dueño. Al intentar cerrarlo le levanté la falda con una varilla a la mujer que tenía detrás y pude ver su braga faja con toda claridad.

—¡Oh, disculpe! —exclamé.

Me dijo algo que no entendí, pero me sonó a «métete el paraguas por el asterisco, pedazo de boñiga seca».

—Pasa —dijo el conductor.

—¿Qué?

Abrió mucho los ojos y dijo entre dientes:

—Que pases...

Miré de reojo a los pasajeros y eché a andar. Me senté junto a una chica que me miró como si hubiera cometido un delito. Me pareció injusto, el conductor había sido el culpable del «imperdonable» retraso de dos minutos, no habría mancillado la puntualidad británica de no haber sido por él.

Lo miré por el espejo retrovisor que colgaba en la entrada y me di cuenta de que él también estaba mirándome por ahí. Levantó la vista un par de veces, riendo. Puse los ojos en blanco y le giré la cara, había hecho que fuera la persona más odiada del autobús.

Capítulo 8

—Cris, ¿te queda mucho?

—Salgo enseguida.

—Estamos perdiendo unos minutos valiosísimos, no me gusta tragarme el almuerzo como un pavo.

—Lo entiendo, Lucía. Será mejor que no me esperes, te veo en el bar.

—Vale. Bueno... si me das dinero te voy pidiendo el almuerzo. No es que desconfíe de ti, Cris, pero ya sabes lo que dice el refrán: el que paga descansa, y el que cobra más.

Puse la misma cara que Jesús en la cruz.

—No te preocupes, lo haré yo, quiero ver qué hay en la carta.

Lo dije por decir, intuía que no me iba a dar tiempo de salir a comer. Pero antes de entrar a trabajar me había comido un sándwich de tres pisos, tenía reservas. La verdad es que prefería no comer que verme el pelo así. Lo había pasado fatal toda la mañana, sobre todo mientras mi nuevo jefe me presentaba a mis compañeros. Parecía un estropajo pinchado en un palo, podría haber limpiado cualquier rincón de difícil acceso de la oficina.

Terminé de plancharme el pelo y fui hasta mi mesa para recoger mis cosas. Todo el mundo había salido a comer menos otra administrativa, una chica llamada Sienna. Era de los pocos nombres que recordaba porque me había dado la sensación de que era simpática. Tenía el pelo color caramelo, las mejillas llenas de pecas y la nariz respingona. Era preciosa, tenía la cara de una muñeca.

—¿Todavía estás aquí? No te va a dar tiempo de almorzar —dijo.

—Lo sé, pero tenía que hacer algo importante en el lavabo que no podía posponer.

—¿Cómo de importante? ¿Notas la diferencia horaria en el tránsito intestinal?

—No, noto la presión atmosférica en el pelo, no me dura planchado ni diez minutos.

—Oh, ya veo. Para que luego digan que el cambio climático es un invento, no hay señal más evidente de que estamos destruyendo el planeta que el encrespamiento del pelo.

Nos echamos a reír. Normalmente no hacía bromas sobre mi pelo, mi corte bob me agobiaba tanto que evitaba mencionarlo. Pero tuve una conexión inmediata con Sienna, teníamos un sentido del humor muy similar.

—¿Quieres medio sándwich? —me ofreció—. Todavía no lo he tocado.

—Te lo agradezco. Pero no te preocupes por mí, voy a salir a comprarme algo de comer.

—No me preocupo por ti, es por mí. Es enorme, le he metido media nevera dentro.

No me apetecía demasiado, era el segundo sándwich que iba a comer aquel día. Pero sentarme a almorzar con Sienna me pareció un plan estupendo, enseguida me cayó bien.

—Vale. Pero yo invito al café, voy a sacarlos de la máquina —dije.

Mientras me dirigía a hacerlo, Sienna me gritó:

—¡Que sea un té! ¡Con una nube de leche!

Sonreí mientras buscaba las monedas, acababa de hacer lo más parecido a mi primera amiga en Edimburgo. Sienna me recordó a mi hermana, pero a la antigua Sonia, la que sabía reírse de todo, y pensar en ella hizo que me acordara de mi sobrino. Era muy chiquitín y no iba a verle crecer... Las videollamadas estaban genial para mantener el contacto, pero no evitaban que te perdieras momentos importantes. Me puse triste, pero supuse que era normal, estaba muy lejos de casa.

Le pasé el té a Sienna.

—Su té, con una nube de leche —dije.

—Su medio sándwich, con extra de todo.

Me senté junto a Sienna y le di un bocado a mi sándwich. Me gustó, pero estaba acostumbrada a comer caliente al mediodía y empezaba a notarlo. Lo único sin refrigerar que había entrado en mi estómago desde que había llegado había sido un té.

—¿Quieres una galleta? Deberías comerlas para integrarte, son típicas de aquí.

—Sí, por qué no —acepté.

Cogí una y la mordí. No tenían nada de especial, incluso me parecieron un poco secas. Aun así repetí, de sabor no estaban mal.

—Se llaman shortbread. Antiguamente se hacían con las sobras de la masa del pan y azúcar, pero María Estuardo, reina de Escocia, las sofisticó en el siglo XVI y desde entonces no pueden faltar en ninguna celebración.

La miré con expresión de admiración y le pregunté:

—¿Podemos decir que María Estuardo fue una de las primeras influencers?

Sienna puso cara de considerarlo y respondió:

—Seguro, algo así.

No eran nuestras torrijas, ni nuestras yemas de Ávila, pero mojadas en el café eran resultonas. Aquel fue el inicio de mi afición a ellas.

Sienna le dio un sorbo a su té y me preguntó:

—Vives con Lucía, ¿verdad?

—Sí, compartimos piso.

Bajó la cara y se aguantó la risa.

—¿Qué? —dije, divertida.

—Nada, es buena chica. Y tiene muchas cualidades. Es extremadamente limpia, sabe administrarse como nadie y siente un amor incondicional por su novio.

Nos miramos bajo las cejas y tuve que hacer un esfuerzo para no reírme. Había resaltado esas «cualidades» de Lucía en plan sarcástico, era evidente.

—Es imposible sentirte sola con ella, tiene mucha presencia —bromeé.

—Así es. Lucía está en todas partes, como Dios.

Sentí que alguien me comprendía, que el problema no estaba en mí. No recordaba que Lucía fuera tan intensa cuando trabajaba con ella en España, solo llevábamos viviendo juntas unas horas y me parecía que hacía una semana. No paraba de reclamar mi atención, y eso me estresaba, no me dejaba organizarme mentalmente y ocuparme de mis cosas sin interrupciones.

Los empleados comenzaron a volver de almorzar. Al ver a Lucía aparecer, me sentí un poco mal por haber bromeado sobre ella. Pero se acercó a mí y se me pasó, porque me puso una mano en el hombro y dijo:

—Cómo te estás poniendo, ¿eh? Pues no se te ocurra explotar y manchar el parqué, recuerda que lo abríllanté ayer.

Se echó a reír, como si lo hubiera dicho de broma, y sonreí para disimular.

¿Había vuelto a llamarme gorda...?

No entendía el porqué, mi peso era el adecuado para mi estatura. Incluso estaba algo por debajo, el estrés que me había provocado el traslado me había hecho adelgazar.

Cuando Lucía se alejó, Sienna se inclinó hacia mí y me susurró:

—Cualquier psicólogo le diría que proyecta sus complejos en los demás, pero qué sabré yo... —Levantó las manos y rodó con la silla hasta su mesa.

Fruncí el ceño y miré a Lucía, estaba peinándose las cejas frente al espejo de un estuche de polvos compactos. Miró de un lado a otro, sacó un donut de su bolso y se lo metió entero en la boca.

Me acomodé frente a mi ordenador y me olvidé del tema. Además de ser la hora de volver a ponerme a trabajar, otras cosas ocupaban mi cabeza. Debía hacer una lista de todo lo que necesitaba en casa y comprarlo, cuanto antes lo hiciera, antes me adaptaría a mi nuevo hogar. El cielo estaba despejado y no tenía nada más importante que hacer, así que decidí hacerlo aquella misma tarde.

Aquella misma tarde llovió y la temperatura bajó en cuestión de segundos. Aprendí que en Escocia se podía pasar por las cuatro estaciones del año en veinticuatro horas. La tormenta del día de mi llegada había sido algo excepcional, la lluvia en Escocia caía de lado y a presión, como si te regaran con un aspersor gigante. Llegué a casa empapada, cargada con un nórdico, unas cortinas, tres toallas y un pelador de patatas. Estuve a punto de cortarme las venas con él por el camino, pero no me llegaba la mano al otro brazo con las bolsas.



Supongo que estarás durmiendo, pero ya escucharás este audio mañana... Solo quiero hacerte una pregunta, ¿en qué novela romántica ambientada en Escocia de esas que tú publicas se advierte de que aquí es imposible mantener el pelo liso? ¿Cómo saben sus irresistibles protagonistas masculinos si sus valientes heroínas están de pie o haciendo el pino cuando se quitan el vestido? ¿Han ido todos a la Universidad de Aberdeen? Imagino que sí, se necesita tener un máster en la cría del conejo para distinguirlo. Nunca he tenido el pelo tan encrespado, Alexia, no puedes hacerte una idea. A veces me miro en el espejo y no lo reconozco, me sobresalto porque pienso que tengo a un depravado detrás. Esta mañana he estado a punto de llamar a la policía, serás la culpable si me detienen por poner denuncias falsas. Solo te pido una cosa, que, cuando sufra un extraño accidente en la cárcel, digas en mi funeral: «Tuvo un pelo precioso, la recordaremos con envidia». Eso y un táper de croquetas de mi madre, envíamelo si puedes.

Capítulo 9

—Buenos días.

Le enseñé con orgullo mi tarjeta de transporte al conductor del autobús y entré. No iba a volver a echarse unas risas a mi costa, la había comprado la tarde anterior.

—Buenos días, detective. ¿Es usted de homicidios? —me preguntó.

—¿Qué?

—¿Qué es eso que me has enseñado?, ¿la tarjeta de tu departamento de policía?

Miré lo que tenía en la mano y fruncí el ceño. Era la tarjeta de puntos del bazar de mi antiguo barrio, por cada veinte euros de compra te regalaban una pulsera de plástico. Era del mismo color que la tarjeta de transporte, le podría haber pasado a cualquiera.

—En efecto, vengo a recoger pruebas —dije.

El conductor asintió, divertido.

Me senté un par de asientos detrás de él y me puse los auriculares. Subí el volumen de la música, crucé las piernas y comencé a ponerme al día con las redes sociales. Me quedé enganchada a un hashtag de lo más interesante, se estaba desarrollando una tremenda discusión sobre la obligatoriedad de ponerle cebolla a la tortilla de patatas.

La mujer que tenía sentada al lado me dio con el codo para llamar mi atención.

Me quité un auricular y la miré.

—El conductor te está hablando —dijo.

Lo miré y, sí, estaba mirándome por el espejo retrovisor de la entrada.

—Te decía que hay tarjetas para residentes más económicas.

—Ah...

—Las hay semanales, mensuales y anuales. Puedes escoger la que mejor te vaya.

No iba a darle las gracias, pensaba contestarle con un simple gesto de cabeza. Pero sonrió de manera agradable y me pareció que quería acabar con «el ambiente hostil».

—Lo miraré, gracias.

Iba a ponerme de nuevo el auricular cuando dijo:

—También es posible pagar los billetes sencillos con tarjetas de crédito y débito, es muy útil cuando no se lleva el importe exacto.

Iba a darle las gracias nuevamente, pero me quedé con la palabra en la boca. ¿Ahora me lo decía?, ¿después de que el día anterior me hubiera hecho rogarle, hacer espeleología en mi bolso y haber provocado que una mujer enseñara las bragas? No quería que fumáramos la pipa de la paz, estaba riéndose de mí otra vez.

—Te aburres, ¿verdad? ¿Y por qué no te metes el dedo en la nariz como todos los conductores?

Él se echó a reír.

—La empresa me lo prohíbe, podría distraerme y hacer que tengamos un accidente.

—Un accidente fue que te contrataran, no sabían lo pesado que eres.

—Ajá. —Dejó de mirarme por el espejo retrovisor y puso su atención en la carretera.

Se había quedado callado, así que me puse el auricular y lo ignoré.

Un par de minutos después, la mujer que tenía al lado volvió a darme con el codo.

—El conductor te está hablando —dijo de nuevo.

Puse los ojos en blanco y le pregunté:

—Qué quieres ahora.

—¿De dónde eres?

—¿Qué?

—Está claro que no eres de aquí.

Dudé si debía contestarle, no quería darle confianza, pero miré mis botines rojos y dije:

—Soy de Kansas, pero un tornado me ha traído hasta Oz.

—¿Un tornado te ha traído a Oz? No tienes cara de llamarte Dorothy.

De repente, sentí nostalgia. Veía *El mago de Oz* una y otra vez cuando era pequeña, mi padre me compró la película unas navidades y tenía la cinta de VHS gastada. Me encantaban los zapatos mágicos color rubí de Dorothy. Mi padre me pedía que hiciera chocar los talones de las zapatillas y fingía que yo había desaparecido, siempre me decía que había aparecido en un parque de atracciones.

Miré a través de la ventanilla. Estaba nublado. El asfalto estaba mojado y hacía frío. Era un día idóneo para ponerse sentimental.

—No todas las habitantes de Kansas nos llaman así. ¿O es que en Escocia os llamáis todos igual?

—Bueno, conozco a unos cuantos Edwin.

—¿Te llamas Edwin? Bien, vale. Ahora que tengo esa información, por fin podré dormir mis ocho horas sin desvelarme.

—Pero puedes llamarme Ed.

—No voy a llamarte de ninguna manera. —Bostecé y volví a mis asuntos del móvil.

—Proviene del gaélico *ead*, que significa riqueza, y *win*, que significa amigo. Soy un dechado de virtudes, como ya habrás podido observar.

Era increíble, no se callaba ni debajo del agua.

—Sí, soy bastante observadora... ya te había visto la cara de soplagaitas.

Había estado deseando soltar esa palabra en Escocia. En España no la utilizaba nunca, pero allí me parecía graciosa.

—¿Cómo sabes que toco la gaita? —me preguntó—. Ah, espera... me habrás visto en el Absolutely Scotch.

¿Qué? ¿¿Lo había dicho en serio??

¿Ed, el conductor del autobús de las ocho y diez, además de ser un tocapelotas también tocaba la gaita? Sabía que «soplagaitas» no tenía el mismo significado en Escocia. De hecho, había tenido que traducirlo con dos palabras porque ni siquiera existía, así que supuse que sí.

Me aguanté la risa y le pregunté:

—Oye, Ed, ¿crías ovejas?

—No me caben en casa, pero mi abuelo sí.

—¿¿Tu abuelo cría ovejas en casa??

—Casi. Vive en un verde paraíso, en el valle de Glencoe.

Lo miré de medio lado y dije:

—Ya solo hace falta que me digas que los domingos cocinas pastel de riñones...

—Solo me los como, es la especialidad de mi madre.

Exploté en una carcajada. Me puse una mano en el estómago y me doblé de la risa. No me lo podía creer, había acertado tres de tres. Ed era un tópico con patas.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me preguntó.

—¿Cómo podéis comeros esa guarrería? ¿Sabes la de cosas desagradables que filtran los riñones?

—Eres española.

—No.

—Sí, una erre te ha delatado.

—La habrás oído mal. Y deja de mirarme por el espejo retrovisor, nos vamos a estrellar.

—¿Ves? Ahí van dos más.

—Que no. —Me puse el auricular para que viera que se había acabado la conversación—. Y no me interrumpas más, por favor, estoy a punto de descubrir cómo se hace la verdadera tortilla de patatas.

Me di cuenta de mi desliz cuando lo miré de reojo en el espejo retrovisor. Estaba sonriendo orgulloso, seguro de que había acertado. La cocina seguía siendo mi talón de Aquiles, la tortilla de patatas había hecho que me delatara. Aunque en realidad me daba igual, solo me resistía a decirle de dónde era para fastidiarle.

Continué leyendo los comentarios con el hashtag de la tortilla de patatas y casi me creí capaz de cocinar una. Quizá lo probaba, no podía ser tan complicado. Solo llevaba tres ingredientes, dos si hacía caso a los odiadores de la cebolla. Apunté las patatas y los huevos en la lista de la compra que tenía en el móvil con la idea de buscar un videotutorial que lo explicara de manera detallada.

Capítulo 10

—¿Qué eso que estás comiendo? —me preguntó Sienna.

—No lo sé, en el recipiente pone que es sopa tailandesa.

—¿Y qué es lo que lleva? Hay algo flotando ahí que es igual que Voldemort con migraña. Me quedé con la cuchara a medio camino de la boca.

—Gracias, eres el recurso perfecto para conservar la línea —dije.

—La inventora de la dieta de la grima, así me llaman.

No hacía falta que Sienna hiciera ningún comentario vomitivo sobre mi sopa para que la aborreciera, era un asco. La había comprado en una pequeña tienda de alimentación con la intención de meterme algo caliente en el estómago, pero era obvio que había sido un error. Tenía sabor a medicamento para el resfriado y la mitad de los fideos estaba hecha papilla, parecía que alguien los hubiera masticado antes que yo.

—No entiendo cómo os mantenéis vivos aquí, coméis fatal —me quejé.

Era un tópico. Pero, como todos los tópicos, se basaba en algo discutiblemente real.

¿Morían de hambre los escoceses? No.

¿Comían algo más elaborado que un sándwich? Sí.

¿Lo que comían era apetecible? *Psí...*

Echaba de menos la comida española, sobre todo la de cuchara. Es decir, la que mi madre sabía cocinar y yo no.

—No comemos fatal, el problema es que no comes lo que debes. ¿Cómo se te ha ocurrido comprar esa sopa envasada? —dijo Sienna—. En Escocia tenemos todo lo que se te antoje comer, como en cualquier otro país occidental.

No estaba tan segura de eso, lo que se me antojaba comer era un cocido, unas croquetas o unas lentejas. Eso sí, las galletas shortbread las engullía sin respirar.

—La cocina no se me da bien, supongo que ese es el problema. Cada vez que he intentado cocinar algo he echado de menos tener un perro para no tener que tirarlo —dije.

Me acordé de los huevos que metí en el microondas. Como cocinera no valía un céntimo, pero alicatar con cáscara de huevo se me daba genial. No entendía por qué no me llamaban para hacer algún programa televisivo de reformas.

—Nuestras sopas caseras están bien. Puedes encontrarlas en casi cualquier sitio y suelen cambiar los ingredientes cada día.

Eso me sonó a música celestial, con la palabra «casera» visualicé mi salvación.

—¿De verdad? Gracias por decírmelo, seguro que las probaré.

Estaba comiendo en la oficina porque no quería salir a hacerlo con Lucía. Resultaba que Matt trabajaba cerca de allí y se juntaban para almorzar cada día sin excepción. Mi idea del almuerzo perfecto no era ver cómo compartían un espagueti mientras se besaban. Prefería mi sopa tailandesa con sabor a antigripal, al menos sabía que me libraría de los virus respiratorios.

—¿Solo me lo parece o estás desanimada? —me preguntó Sienna.

—Estoy bien. Es solo que no es lo mismo ver otro país desde casa que vivir en él, es mucho más... real.

—¿Qué quieres decir con «real»?

Hundí una cosa verde que flotaba en mi sopa con la cuchara, esperaba que se tratara de una hoja de cilantro.

—No importa, solo llevo algo más de una semana aquí.

Había salido de España con el ánimo bien arriba y mi intención era continuar así. A pesar de que todavía me sentía fuera de lugar, seguía en el período de adaptación.

Sienna subió los pies a su mesa y se metió una cucharada de yogur en la boca.

—¿Cómo que no importa? Suéltalo ya, no existe algo lo suficientemente irrelevante que no puedas contarle a la tía Sienna.

Desistí de comerme la sopa de manera definitiva y cogí una galleta shortbread que había llevado de casa. Le ofrecí una a Sienna, pero la rechazó negando con la cabeza y un gesto de su mano.

—Creo que empiezo a tener complejo de robot. Soy como una máquina que la oficina española de MacGavin Finest ha enviado a la oficina escocesa.

—¿Por qué dices eso? La empresa te valora, no se habría preocupado de buscarte un puesto aquí de no ser así.

—Lo sé. Pero necesito tener algún aliciente, hacer otras cosas. Mi vida se reduce a trabajar.

Había decorado mi habitación y ya estaba completamente instalada, me había quedado sin tareas de las que ocuparme. Todavía no tenía amigos con los que salir, así que dedicaba mi tiempo libre a lo mismo que los monjes, a la contemplación.

Sienna dejó su envase de yogur vacío sobre la mesa.

—Estás aburrida —dijo.

—Un poco, sí.

En realidad no se trataba solo de eso, aunque evitara darle demasiada importancia. Estaba sola en un país extranjero, no estaba familiarizada con sus costumbres y empezaba a notar que el clima me deprimía. No estaba acostumbrada a que lloviera tan a menudo y que al despertar y abrir las cortinas de mi ventana rara vez brillara el sol. Esperaba que no hubiera idealizado Escocia por sus paisajes y sus leyendas, confiaba en que mudarme allí había sido la decisión acertada.

—Creo que haré turismo por la ciudad. ¿Existe algún operador turístico que haga excursiones para solteras sexis como yo? —bromeé.

Ni siquiera había visto Edimburgo. Me bajaba del autobús y tenía el tiempo justo para llegar al trabajo, como mucho me sobraban diez minutos para tomarme un café. Estaba descubriendo que la vida del trabajador en Escocia era igual que en todas partes, un peñazo.

—Sí, conozco a la guía turística Sienna.

La miré de medio lado y le pregunté:

—¿Qué me propones?

—Tu problema tiene fácil solución. ¿Te apetece que quedemos este sábado?

Me pareció un plan genial. Con solo oírlo, me animé. El fin de semana anterior lo había pasado dando paseos sola por Dalkeith. Había tenido que huir de casa porque Lucía y Matt se lo habían pasado besándose en el sofá, como si no tuvieran otro sitio en el que retozar.

—Claro que sí, me apetece —acepté.

Capítulo 11

—Cris, ¿vas a tardar mucho en salir?

Puse los ojos en blanco y giré la cabeza hacia atrás. Lo de Lucía llamando a las puertas era para dedicarle un reportaje de investigación. Parecía un gato, no podía verlas cerradas.

—Me quedan unos diez minutos —respondí.

—Me harías un favor si lo redujeras a tres, tengo la vejiga a punto de explotar.

¿Por qué no había entrado antes en el cuarto de baño si tantas ganas tenía de hacer pis? ¿Por qué había esperado a que entrara yo? Acababa de verla hecha un nudo marinero con Matt en el sofá, no parecía que hubiera tenido tanta urgencia por entrar.

—Lo intentaré —mentí.

Necesitaba al menos veinte minutos para hacer lo que tenía entre manos. Que se fuera a hacer pis a casa de Matt, vivía justo detrás. Empezaba a tener la sensación de que vivía de prestado, en casa todo se hacía según las normas de Lucía y comenzaba a sentir la necesidad de rebelarme.

Puse el móvil sobre el lavabo en posición horizontal y le di al play. Estaba siguiendo un videotutorial para hacerme una mascarilla casera que prometía hacer crecer el pelo en un visto y no visto.

—Bate el huevo muy bien, muy bien, hasta que haga espuma.

Puse atención para detectar posibles movimientos en el pasillo y casqué el huevo con sigilo, no quería hacer ruido para que Lucía no me pidiera que lo hiciera en otra parte. Cogí el tenedor y comencé a batir el huevo en el cuenco, pero eso ya era más difícil de silenciar, así que decidí meterme con él en la ducha y cerré la mampara.

—Corta el plátano en rodajas y cháfalas con el tenedor muy bien, muy bien.

—¿Qué?

Ni siquiera yo supe por qué lo pregunté. La del videotutorial no me podía oír, estaba grabado.

Abrí un poco la mampara, saqué la mano y cogí el plátano que había dejado sobre el lavabo. Se me había olvidado coger un cuchillo, iba a tener que cortarlo con la espátula de la cera depilatoria de Lucía.

—Reparte la mezcla por el pelo muy bien, muy bien.

—¿A qué vienen esas prisas? Todavía estoy batiendo el huevo —dije.

No me estaba resultando sencillo hacerlo sin hacer ruido, el cuenco era de cerámica y el tenedor de metal.

—No puedo más. ¡No puedo más! —exclamó Lucía.

Se acababa de colar en el cuarto de baño. Se sentó en el inodoro y, mientras abría las compuertas de las cataratas del Niágara, me preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

Me quedé muy quieta y contesté:

—Nada, me voy a duchar.

Se hizo un pesado silencio.

—Pero... estás vestida. Y he oído un sonido familiar. ¿Estás batiendo un huevo?

No iba vestida precisamente para camuflarme detrás del cristal esmerilado de una mampara de ducha, llevaba puesta una sudadera de color fucsia.

—¿Por qué iba a estar batiendo un huevo en la ducha? —le pregunté.

—No lo sé, dímelo tú.

—El huevo tiene muchas propiedades. Muchas proteínas. Va muy bien, muy bien —dijo la del videotutorial.

Lucía se levantó del inodoro y, a través del cristal de la mampara, la vi acercarse a la ducha con lentitud, extendiendo el brazo hacia adelante. Me dio miedo, se había hecho un moño a cada lado de la cabeza y parecía una versión fallera de Norman Bates.

Hice un gesto involuntario con el hombro y el tenedor tintineó en el cuenco. Lo intenté parar con una mueca de fastidio, pero era demasiado tarde, Lucía lo había oído.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué? —disimulé.

Se quedó inmóvil frente a la ducha. Por un momento, pensé que iba a darse la vuelta y a irse. Pero, de repente, abrió la puerta de la mampara.

—¡Ahh! ¡¡¡Ahhhhhhh!!! —gritó.

Se echó las manos a la cara como si hubiera descubierto un cadáver. Casi me dio un telele, se me fue toda la sangre a las orejas. No sé quién se asustó más, si ella o yo.

—¿Qué haces! ¡No me des esos sustos! —exclamé.

—¡Ni tú a mí, baja el plátano!

Lo había levantado como si fuera un cuchillo. De haber sido necesario, le habría hecho un budín en la cabeza. ¿A quién se le ocurría asustar a una persona armada con un plátano? Solo a una inconsciente como Lucía.

—¿Qué está pasando aquí?

Ya estaba allí el que faltaba, Pelos de Estropajo XVI, el Rey Perchero de Escocia.

—Cris está batiendo un huevo en la ducha —dijo Lucía.

—¡No! —mentí.

—¡Sí, he oído cómo lo batías con el tenedor!

Matt me miró boquiabierto, señaló el lavabo y dijo:

—Tienes razón... la cáscara está ahí.

Madre mía. Pero ¿qué era aquello? Nunca había vivido una situación tan absurda, solo quería hacerme una mascarilla. ¿Por qué estaban montando ese drama? Me arrepentí de haberme escondido para batir el huevo, debía haberle dicho a Lucía que no iba a salir del cuarto de baño hasta que terminara lo que estaba haciendo. Es decir, hasta que me diera la gana.

Solté el cuenco y el plátano en el suelo y me puse las manos en las caderas.

—Pero esto qué es, ¿la Inquisición? Que yo sepa, en Escocia es completamente legal batir un huevo —me quejé.

—Pero no me negarás que es algo muy raro, es la primera vez que veo a alguien hacerlo en la ducha —dijo Lucía.

—Alguna vez tenía que ser la primera —repliqué.

—No sé qué decirte. ¿Por qué no te haces la tortilla en la cocina? —Me miró de medio lado y dijo—: No me habrás cogido prestado ese huevo...

Lo dijo con retintín, estaba acusándome de haberle birlado un huevo. Lo que me faltaba por oír, lo próximo iba a ser que midiera el papel higiénico para saber cuántos centímetros del rollo que comprábamos a medias utilizaba yo.

—No te he robado un huevo —dije, ofendida—, lo estoy batiendo aquí porque estoy haciéndome una mascarilla.

—No me importa que me lo hayas cogido si piensas devolvérmelo.

Iba a tener que comprar un rotulador permanente para marcar mis huevos. O quizá podía entretenerme en tejerles unos gorritos de lana.

—Bien, pues resulta que el huevo no es tuyo, lo he comprado yo —dije.

—Esto es más extraño de lo que parecía a simple vista —dijo Matt—. ¿Qué haces metida en la ducha con un plátano?

Lucía le miró y ambos abrieron los ojos de par en par.

¿Qué estaban insinuando?

Me crucé de brazos y le solté:

—Es un remedio casero para reducir el encrespado, deberías probarlo.

Matt pasó un brazo por los hombros de Lucía, me miró de reojo y se marcharon cuchicheando.

Salí de la ducha y terminé de hacerme la mascarilla. Tenía que dejármela puesta un cuarto de hora para que hiciera efecto y se me estaba haciendo tarde. Era sábado y había quedado con Sienna, pensaba olvidarme de aquel estúpido incidente y pasármelo lo mejor posible.

Capítulo 12

Me dolían los pies, pero sentir la brisa acariciándomelos era una gozada. Habíamos visitado el castillo de Edimburgo, que presidía orgulloso la ciudad desde una colina. Lo veía cada día de camino al trabajo pero había descubierto que las vistas desde ahí arriba merecían la pena. Tenía una panorámica completa de la ciudad, permitía contemplar sus edificios puntiagudos color arena tan característicos, oscurecidos por la lluvia y por el paso del tiempo. Más tarde, aprovechando que el sol brillaba, habíamos paseado por los jardines de Princes Street. Acabábamos de sentarnos en el césped y me había quitado los botines. Sentí que aquel era el mejor momento que había vivido desde que había llegado a Escocia, estar al aire libre, rodeada de un verde tan vibrante, estaba sentándome de maravilla.

—Me gustaría haber visto a Lucía haciendo el remake de *Psicosis*, habría sido una fantasía —dijo Sienna.

—Ahora me hace gracia, pero nunca había visto la muerte tan de cerca.

Cuanto más lo pensaba, más ridículo me parecía lo que había pasado, me había metido en la ducha para batir un huevo y el novio de mi compañera de piso me había cuestionado por encontrarme en compañía de un plátano. Estaba perdiendo la dignidad, si es que me quedaba alguna, ya creía haberla perdido toda con mi corte de pelo.

Sienna se inclinó hacia mí, olfateó el aire y puso cara de asco.

—Siento decirte que hueles a salsa holandesa.

—Lo sé, nunca más volveré a ponerme un huevo en el pelo.

Tenía que encontrar otra pócima para que me creciera con rapidez, la mascarilla de huevo olía fatal. Abrí mi bolso y me puse perfume en el cuello por tercera vez.

Me tumbé en el césped y entrelacé los dedos sobre mi estómago. Unas nubes que parecían de algodón flotaban en el cielo. Hacía un día agradable, ligeramente primaveral.

—No estoy segura de haber tomado una buena decisión...

Era la primer vez que dudaba seriamente de haber hecho bien aceptando el puesto de trabajo en Edimburgo. Hasta entonces, me había sentido orgullosa de mí misma por mi valentía.

—¿Qué quieres decir?

Giré la cara hacia Sienna.

—No lo sé, que puede que me haya ido de España por miedo a encontrarme justo lo que tengo aquí. No había compartido piso desde que terminé de estudiar.

Mi sueldo era el que correspondía en Escocia, en ese aspecto, no tenía queja. Sin embargo, el coste de la vida allí era más alto y no era tan sencillo encontrar un piso de alquiler decente por un precio razonable. No estaba segura de que haber dejado toda mi vida atrás me estuviera compensando, empezaba a preguntármelo.

—Pues yo creo que en España no podrías haber encontrado otra compañera de piso como Lucía —dijo Sienna—. Tiene una cómica escondida muy dentro de ella, debería dedicarse al humor de manera profesional.

—Ya, eso lo dices porque no eras tú quien estaba acorralada en la ducha, sintiendo cómo un sudor frío le recorría la espalda.

Sienna se echó a reír.

—Es agotadora... No descartes que un día de estos entre en tu habitación, salte sobre tu cama y te despierte tocando unos platillos.

—Casi lo ha hecho, llama a mi puerta antes de que me suene el despertador.

—¿En serio?

—Sí, tiene un *planning* que debo cumplir, con su correspondiente horario. Tengo los minutos contados para lavarme los dientes.

Me estresaba la hora de prepararme para ir a trabajar, me parecía estar participando en una carrera de obstáculos. No entendía por qué todo tenía que ser tan cuadriculado con Lucía, por qué era tan organizada y perfeccionista. Necesitaba hacer las cosas a mi aire, no me gustaba que me dijeran lo que tenía que hacer.

Noté que estaba poniéndome un poco dramática, centrarme en lo negativo no iba a hacerme ningún bien. Pero necesitaba desahogarme y sabía que me sentiría mejor cuando compartiera mis preocupaciones con Sienna.

—El problema no es solo Lucía. También está Matt, pasa más tiempo en nuestra casa que en la suya. Y cómo olvidarme del pequeño Smith, es uno más de la familia.

—Espera, ¿Matt tiene un hijo?

—Ojalá, me resultaría más fácil de llevar. El pequeño Smith es el nombre que le ha puesto a, ya sabes, su cosita...

—¿Qué? ¿No estarás refiriéndote a lo que imagino?

Me incorporé y asentí con la cabeza.

—No me lo puedo creer...

Sienna intentó permanecer seria, pero no lo consiguió. Nos miramos en silencio y acabamos explotando en una carcajada.

—¡Madre mía, es lo más antierótico que he oído en mi vida! —exclamó.

—Lo sé, da una grima espantosa.

—¿Solo grima? ¡Es un no rotundo, un anticonceptivo con un doscientos por cien de efectividad!

Lloramos de la risa, de manera literal, temí por la integridad de nuestra máscara de pestañas. Cuando conseguimos calmarnos, me quedé tumbada bocarriba, mirando el cielo. Tenía los músculos del estómago doloridos pero me sentía genial, mis problemas con Matt y Lucía habían dejado de tener tanta importancia al ponerles una nota de humor.

—Siento no poder ayudarte, solo tengo una habitación, pero puedo dejarte mi sofá si alguna noche el pequeño Smith se pone demasiado revoltoso.

—Gracias, lo tendré en cuenta. —Le sonreí, agradecida de corazón.

Suspiré, satisfecha y más tranquila. Quizá mi compañera de piso no era la ideal, probablemente porque éramos demasiado distintas. Podía ser que echara de menos tener mi propio espacio y que necesitara un poco más de tiempo para habituarme a la vida en Escocia. Pero no todo era malo, tenía a Sienna, alguien que me había tendido su mano nada más llegar y a quien ya empezaba a considerar una verdadera amiga.

—Vamos, levántate —dijo.

—¿Por qué?

—Tenemos una misión.

—¿Una misión? ¿Y de qué trata?

Levantó las manos, como si la respuesta fuera obvia.

—De pensar solo en nosotras y pasárnoslo bien.

Capítulo 13

Por fin estaba viviendo lo que había imaginado que sería mudarme a Edimburgo. Íbamos caminando por Victoria Street, una calle con fachadas de colores y calzada de adoquines, a la búsqueda de un pub en el que tomarnos una cerveza. La zona antigua de la ciudad estaba pareciéndome mágica, su aire medieval y misterioso me tenía hechizada.

—Está pasada esa tienda de antigüedades, justo al doblar la esquina —dijo Sienna.

Asentí con una sonrisa, estaba dispuesta a ir a donde Sienna me llevara. Pero, justo entonces, miré hacia la otra acera y leí algo en un cartel que me resultó familiar.

Absolutely Scotch...

Tardé unos segundos en recordar de qué me sonaba. Era un pub, y estaba segura de que se lo había oído mencionar a alguien. Continué caminando junto a Sienna, pero, cuando estábamos a punto de pasarlo de largo, paré de andar.

—Espera, entremos ahí.

—¿Ahí? ¿Por qué?

—Solo será un rato. Vamos, yo invito a esta —dije.

Sienna se encogió de hombros.

—Vale.

Cruzamos la calle y entramos en el pub. Nada más hacerlo, la música en directo nos envolvió. Estaba sonando una canción que era una mezcla de rock y música tradicional escocesa, podía distinguir una guitarra eléctrica y algún instrumento musical menos sofisticado. Pasamos junto a unos reservados de madera y, al doblar la esquina, vi a quien imaginaba que encontraría allí.

Ed estaba tocando la gaita sobre el escenario con una banda de rock. Iba vestido con una camiseta negra de manga corta, un kilt verde y unas botas militares. Me hizo gracia su indumentaria, no me lo había imaginado así.

—¿Barra o mesa?! —me preguntó Sienna.

—¿Barra!

Nos sentamos en unos taburetes y pedí un par de cervezas. Le di un trago a la mía, me giré hacia atrás y miré a Ed. En realidad no sabía bien qué hacía allí, suponía que solo había querido entrar para reírme un poco de él.

—¿Suenan bien! —dijo Sienna.

—¡Sí, no están mal! ¡A uno lo conozco!

—¿Qué?!

La música sonaba tan fuerte que teníamos que gritar.

—¿Que conozco al de la gaita!

Sienna se giró hacia atrás, miró a Ed y, de repente, su cara cambió.

Me pareció que iba a derretirse en el taburete, sonrió como una adolescente viendo a su ídolo musical. Acababa de entrar en el paraíso, cualquiera habría dicho que estaba viendo a Dios.

Fruncí el ceño y miré a Ed. No estaba mal, no lo podía negar, tenía buen físico y un aire gamberro que a algunas chicas podía parecerles atractivo. Pero yo no lo veía como para tener esa reacción tan exagerada, quizá porque no tenía demasiada sintonía con él.

—¡Madre mía! ¿De qué lo conoces?! —me preguntó Sienna.

—¿Es conductor de autobús, me lleva o me trae del trabajo!

—¿De verdad?! ¡Yo estaría deseando que me sonara el despertador cada mañana! ¿Cómo puedes llegar a la oficina con cara de zombi después de haber hecho el trayecto con un tío así?

Me encogí de hombros y miré de nuevo a Ed. A mí lo que me pasaba cuando me sonaba el despertador era que deseaba tener una tía abuela que me dejara una herencia millonaria, en lo último que pensaba era en él.

Un par de canciones después, el grupo dejó de tocar. Ed y sus compañeros se acercaron a una esquina de la barra y pidieron unas cervezas. Quería que supiera que estaba allí, pero no quería mostrarle demasiado interés, así que cogí un puñado de cacahuets y me puse a hacer puntería con su cabeza.

El primer cacahuete impactó contra la barra. El segundo le pasó de largo, ni siquiera le rozó, pero el tercero se le quedó metido entre el pelo.

Se echó una mano a la cabeza y miró a su alrededor. De repente, sus ojos azules se encontraron conmigo y el cacahuete resbaló por su frente.

Le saludé meneando los dedos, con una sonrisa.

—¡Dorothy!

Se acercó a nosotras con su cerveza en la mano y Sienna me dio un pellizco en la pierna, excitada.

Ed se plantó a mi lado y me preguntó:

—¿Qué haces aquí? ¿Te has perdido buscando el camino de vuelta a Kansas?

Sienna frunció el ceño y se echó a reír, confundida, no entendió su pregunta.

—Algo así, sigo atrapada en Oz. —Bajé la vista a su kilt—. Bonitas pantorrillas.

—Sí, no están nada mal... —musitó Sienna.

Ed se quedó mirándome como una estatua. Sonreía, pero no decía nada, así que le pregunté:

—¿Te he dado demasiado fuerte con el cacahuete? Pareces más atontado que de costumbre, espero no haberte provocado un traumatismo craneoencefálico.

—No, solo estoy esperando.

—¿Que estás esperando? ¿El qué?

Se encogió de hombros y respondió:

—¿Qué va a ser? Que me preguntes lo típico.

Me eché hacia atrás y fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

—¿No vas a preguntarme si llevo ropa interior?

Puse los ojos en blanco y le giré la cara.

Sienna extendió la mano hacia Ed.

—¡Hola, me llamo Sienna!

—Ed. —Le estrechó la mano y volvió a poner su atención en mí.

—No necesito preguntártelo —dije—, estoy segura de que llevas unos calzoncillos estampados con la cara de un elefante y una trompa enorme colgando.

Ed se echó a reír.

—¡Ed!

Un chico se acercó a nosotros y le dio una palmada en la espalda.

—Estoy acabado... Me han robado toda la magia —le dijo Ed.

—¿Qué?

—En Kansas ya saben qué hay bajo el kilt de un escocés.

El amigo de Ed lo miró confundido, pero le ignoró enseguida y se le presentó a Sienna de esa manera que a mí me resultaba tan extraña, estrechándole la mano. En España solo le

dábamos la mano a curas, ginecólogos y directores de banco.

Ed le dio un trago a su cerveza, se inclinó de lado hacia mí y me preguntó:

—Y bien, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Ya te lo he dicho, por casualidad, me ha traído el tornado.

—Oh, claro... —Asintió con la cabeza y sonrió con sorna.

Ladeé el labio y dije:

—¿No pensarás que he venido expresamente a verte?

Ed se puso erguido y exclamó:

—¿¿Qué?? ¡Por supuesto que no! ¿Qué locura es esa?

Lo miré y me reí. En realidad, no tenía nada grave en contra de él. Era un pesado a niveles estratosféricos, pero debía reconocer que, a pesar de todo, era simpático.

Necesitaba comprobar el aspecto de mi pelo, hacía varias horas que me había pasado la plancha y no me fiaba de los efectos nocivos de la humedad. Estaba intranquila, me moría por averiguar qué nueva forma había adoptado mi mini melena.

El amigo de Ed pidió una cerveza y se me quedó mirando.

—Tu cara me suena —dijo.

—¿Conoces a Dorothy? —le preguntó Ed.

—Sí, pero no sé de qué...

Lo miré con más atención y me di cuenta de que él me sonaba también. Me pareció extraño, yo no conocía a nadie en Edimburgo aparte de a Mark, Lucía y Sienna. Pero estaba casi segura de que lo había visto en algún sitio, además, no hacía demasiado.

—Oh, tú también eres conductor de autobús —dije al caer.

Podría habérmelo cruzado en cualquier sitio y no me habría fijado en él, su aspecto era demasiado corriente. Tenía los ojos marrones, el pelo castaño claro y una altura bastante normal. Sin embargo, la expresión de su cara era agradable, la de una persona sensible, y recordé que me había saludado con mucha amabilidad al subirme al autobús.

—Te subes cerca de Whitehill, en Dalkeith, ¿verdad? —me preguntó.

—Eso es, nos vimos justo ayer.

—Sí, ayer hice turno de mañana.

—Claro, por eso hice el viaje tan a gusto. —Miré a Ed para que se diera por aludido.

Estaba charlando con Sienna, pero, a la vez, estaba atento a nuestra conversación. Fingió sorprenderse, se señaló a sí mismo y exclamó:

—¿¿Me estás culpando a mí??

—Por supuesto que no... —dije con ironía.

Sienna se inclinó hacia mí y me preguntó:

—¿Quieres otra cerveza?

—¿Aquí? Si quieres cambiamos de sitio, podemos ir a ese otro al que me querías llevar.

—¿Qué? ¡No, este me encanta! —Miró a Ed de reojo y sonrió de manera sugerente.

—Vale, pídelas. Voy al lavabo un momento, tengo que hacer algo importante.

—Te acompaño, yo también necesito ir —dijo Sienna.

Pidió tres cervezas, una de ellas para Ed, y fuimos juntas al lavabo.

Me miré en el espejo y enchufé la plancha de inmediato. Lo que vi fue espeluznante, el plátano de la mascarilla no había funcionado y mi pelo se había encrespado, había adoptado la forma de un orinal. Odiaba mi corte bob, estaba haciéndome pasar la época más ridícula de mi vida.

Por suerte, mi plancha se calentaba en tres minutos, me aseguré de que tenía esa

particularidad antes de comprarla. No podía pasar demasiado tiempo metida en el lavabo cada vez que entraba para peinarme, que eran muchas, la gente podía hacerse preguntas extrañas.

Sienna entró en uno de los cubículos y me gritó desde allí:

—¿Ed me encanta, Cris, estoy en una nube!

—Oh. Sí, me ha parecido ver que te ha impresionado.

—¿Cómo no iba a hacerlo? ¡Está buenísimo! No pienso dejarle escapar...

Sonreí, asombrada. A eso le llamaba yo tener seguridad en una misma.

—Tiene buenos gemelos, puede que corra más que tú —bromeé.

—¿Sí? No lo creo...

Sienna pulsó el botón de la cisterna, salió del cubículo y se lavó las manos junto a mí.

—Esa plancha es maravillosa, te ha alisado media melena en el tiempo que he tardado en hacer un pis.

—¿Has visto? La tecnología china es insuperable.

—China provoca el calentamiento global para encresparnos el pelo y vendernos el remedio, es un país de genios.

—Nunca lo había visto así. Pero, sí, puede que ese haya sido siempre su plan.

Nos miramos en el espejo y nos echamos a reír. Sienna cogió un papel secante del cajón que colgaba en la pared y me miró con una sonrisa afectuosa.

Ladeé la cabeza y le pregunté:

—¿Qué?

—Nada... Que me alegro de que te hayas mudado a Edimburgo. Me encanta que seamos amigas. —Me dio un beso en la mejilla y se marchó.

Mis labios se curvaron en una sonrisa, sentí que estaba construyendo una verdadera vida en Escocia.

Terminé de alisarme el pelo y volví a la barra. Mientras me acercaba, vi a Sienna charlando con Ed. Gesticulaba sonriente, como si estuviera contándole algo divertido. Ed le dio un trago a su cerveza y giró la cara hacia mí.

Me senté en mi taburete y el amigo de Ed me acercó mi cerveza sobre la barra.

—Gracias. —Le di un trago y miré a Ed.

Sonreía mientras Sienna hablaba, pero parecía ausente, como si tuviera la mente en otra parte.

El amigo de Ed me ofreció su mano para que se la estrechara.

—Me llamo Glen.

—Yo soy Cris.

—¿Te llamas Cris? Creía que te llamabas Dorothy.

Bajé la cara a mis botines rojos y miré a Ed bajo mi flequillo.

—No, es una especie de broma entre Ed y yo.

—Bueno, te llamaré Dorothy también, si no te importa. Me cuesta recordar los nombres, estoy seguro de que voy a hacerme un lío con el falso y el real.

Asentí con la cabeza y sonreí. Pero, en realidad, tuve una sensación extraña, no me hizo gracia que Glen pretendiera llamarme Dorothy. Por algún motivo que en aquel momento no comprendí, sentí que solo Ed podía llamarme así.



Oye, Alexia, tú que lo sabes todo... ¿podrías decirme cuál es la esperanza de vida de una persona que se alimenta a base de latas? ¿Es posible llegar con salud a la menopausia viviendo en Escocia? Te lo pregunto porque había pensado aprovechar al máximo los descuentos senior de los balnearios y no me gustaría estar haciéndome falsas ilusiones... ¿Qué comen las protagonistas de tus novelas, Alexia? ¡Qué comen! Una chica que disfruta zampando vísceras de oveja no puede ser sexi, no existe algo más repugnante en este mundo que el haggis. Echo de menos los churros con chocolate. Y la fabada. Aunque no necesariamente en ese orden, en mis circunstancias sería capaz de mojar un chorizo asturiano en un chocolate a la taza. De hecho, a nadie le parecería raro aquí, los escoceses rebozan y frien las chocolatinas. ¿Te lo puedes creer? ¿Qué clase de degenerado haría algo así? Esta gente no es de fiar, Alexia. Y tú menos. Empiezo a sospechar que lo tenías todo planeado, me has enviado a una muerte segura para poder heredar mi robot de cocina.

Capítulo 14

«¡Ya está aquí, el primer diente de Max ya llegó! ¡Nunca había visto algo tan adorable!».

Amplíe la foto en la pantalla de mi teléfono y la observé, enternecida. Mi sobrino babeaba con una enorme sonrisa y un punto blanco asomaba en su encía inferior. Parecía feliz por su gran logro, era el orgulloso propietario de un diente diminuto. Pero mi madre parecía todavía más feliz que él, cualquiera habría dicho que era el primer diente que veía en su vida.

«¿Qué quieres decir, madre? ¿Acaso mi primer diente no era igual de adorable que el de tu nieto? ¿Eh?, ¿no lo era? Dime la verdad, vine a este mundo de penalti. Confiesa que pensaste abandonarme en la puerta de un convento. Deberías haberlo hecho, me habrían criado unas monjas y hoy en día se me daría genial hacer rosquillas».

—¿Quién es?

—Es Max, mi sobrino. ¿No es una monada? —dije, sonriente.

Sienna se inclinó sobre la pantalla de mi teléfono, miró la foto que mi madre acababa de enviarme y sonrió, tan enternecida como yo.

—¡Madre mía, es monísimo! Tiene tu misma nariz.

Miré a Sienna y sonreí con cara de boba. Esa naricita redonda no era mía, ni de nadie de mi familia. Seguramente era igual que la de su padre biológico, quien quiera que fuera.

Dejé el teléfono sobre la mesa, apoyé la barbilla en mi mano y continué mirando la fotografía. Me pareció increíble que mi sobrino hubiera cambiado tanto en unas pocas semanas, lo veía más mayor. Me apeteció pellizcar sus mofletes rosados y gorditos, pero sabía que no podía, nos separaban más de dos mil kilómetros.

Sentí que me iba a emocionar, así que guardé el teléfono y volví a centrarme en el trabajo.

—Cris, ¿puedo hablar contigo un momento?

Lucía acababa de acercarse a mi mesa, estaba cruzada de brazos.

—¿Pasa algo?

—No. Bueno, sí.

La miré intrigada.

—Verás... últimamente he detectado una serie de huellas en los muebles de la cocina. Varias, decenas de ellas. Si no fuera porque sé que esos bichos son incapaces de sobrevivir fuera del agua, diría que en casa se nos ha colado un pulpo.

Lo dijo sonriendo, pero con sarcasmo, y no me gustó que me comentara algo relacionado con las tareas domésticas en el trabajo. No era tan urgente que tuviera conocimiento de esa tontería, podía haber esperado hasta verme en casa.

—¿Un pulpo? Sí, es poco probable, Lucía... Yo tampoco creo que uno haya sido capaz de ir desde la playa hasta Dalkeith, habría tenido que caminar por la autovía y le habría atropellado un camión. Además, de haber conseguido llegar, lo habría hecho agotado. No le habrían quedado fuerzas para subir dos pisos, recuerda que no tenemos ascensor.

Dio un respingo, perpleja. Arrugó el entrecejo y me preguntó:

—¿Me estás hablando en serio?

—Claro que sí. No te preocupes, de verdad, es casi imposible que un pulpo se nos haya colado en casa.

Sacudió la cabeza, aturdida. Se dio la vuelta y volvió a su mesa de trabajo.

Sienna me susurró desde su mesa:

—¿Qué le pasa? ¿Sospecha que le has robado una patata?

—No. Pero seguro que las cuenta, ese momento llegará.

Nos echamos a reír y Lucía nos miró. A Sienna, en concreto, le lanzó una mirada asesina.

No tardé demasiado en arrepentirme de haberle contestado de esa forma a Lucía. No porque pensara que no se lo merecía, sino porque vivíamos juntas, tener una mala relación con ella no me convenía. Supuse que debía intentar ser más templada y conciliadora, era evidente que habíamos arrancado la convivencia con mal pie. Además, mi mal humor no era solo debido al comentario que me había hecho, tenía un día raro. En cierta manera, lo había pagado con ella.

La noche anterior, justo después de enviarle el audio a mi cuñada, mi hermana me había enviado una foto de lo que estaban a punto de cenar. Era una tortilla de patatas que tenía una pinta estupenda. Se trataba de las gordas, estaba ligeramente dorada por fuera y tenía aspecto de estar bien jugosa por dentro. Me sentó mal que quisiera darme envidia. Estaba intentando adaptarme a la vida de otro país, empezaba a sentir morriña, y no entendí que mi hermana, en vez de animarme, se burlara de mí.

—Voy a preguntarle a Ed qué planes tiene para este sábado por la noche, se me ocurre alguno que otro que podríamos hacer juntos... —dijo Sienna. Sonrió de manera sugerente, tecleó en su móvil y lo dejó sobre la mesa—. Oye, ¿por qué no quedas tú con Glen?

—¿Con Glen? ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—No lo sé, porque es un amor.

—Ya. ¿Y?

—Y le gustas, Cris, la otra tarde no se despegaba de ti.

Me puse a hacer memoria. Estuvimos charlando un buen rato, era verdad. Nos habíamos caído bien. De hecho, aquella misma mañana me había llevado al trabajo y nos había hecho gracia coincidir. Pero Glen era así, tenía un carácter muy agradable, no pensaba que me hubiera tratado de una forma especial.

—Parece un buen tío.

—Sí, a mí también me lo parece —dije.

Sienna sonrió de manera traviesa.

—¿No sería genial, Cris? Imagínatelo, dos íntimos amigos saliendo con dos buenas amigas. Haríamos planes juntos, nos lo pasaríamos de muerte.

Me hizo gracia su entusiasmo, pero esperaba que nunca le diera por lanzar una App de citas, no iba a conseguir ni una sola valoración positiva.

—Veo en ti buena voluntad, Sienna, pero siento decirte que se te da mucho mejor archivar documentos que hacer de Celestina. Sigue mi consejo, nunca dejes tu puesto en esta empresa.

—Bueno, al menos lo he intentado. Solo quiero lo mejor para ti. —Acercó la mano a su teléfono y encendió la pantalla—. No me contesta... —murmuró.

—¿Ed? Acabas de escribirle. Ten un poco de paciencia, no lo habrá podido leer.

—Sí, supongo que estará trabajando.

Capítulo 15

Me alegré al ver que ya eran las cinco. Hacía un día gris, la luz en la calle era deprimente y me apetecía llegar a casa. Planeaba tirarme en la cama con un paquete de galletas shortbread y ver alguna serie en la tablet. Ni siquiera pensaba cenar, empezaba a aburrirme de las sopas de sobre, del arroz con tomate y de la pasta. Necesitaba encontrar alternativas acordes con mis conocimientos culinarios, esos tan limitados. Me quedaba medio paquete del jamón que mi madre me había comprado antes de salir de España, pero lo reservaba para momentos especiales, me daba pena que se me acabara.

Me levanté de la silla y fui a coger mi cazadora. En el último momento, me desvié y me acerqué a la mesa de Lucía.

—Perdona por lo de antes —me disculpé—. Limpiaré esas huellas cuando llegue a casa, ni siquiera me había dado cuenta de que había manchado algo.

Lucía suspiró y asintió con la cabeza, parecía dispuesta a perdonarme. Pero le costaba, tenía los labios fruncidos.

—No soporto las huellas de dedos, Cris. Es muy fácil evitar ensuciar las puertas de los muebles de la cocina, solo tienes que limpiarte las manos antes de tocarlas.

—Vale... lo tendré en cuenta.

—Y, ya que estamos, tampoco puedo con las huellas de zapatos. Esto es Escocia, no es España, Cris. Aquí las personas estamos civilizadas, nos descalzamos antes de entrar en casa. —Repiqueteó los dedos sobre la mesa—. Lo que me recuerda que no has abrillantado el suelo ni una sola vez desde que te instalaste. Y es necesario, Cris.

Miré hacia la puerta y agité la mano en el aire.

—¡Espera, bajo contigo! —dije a un ser imaginario.

Cogí mi cazadora y me dirigí a la salida. Jamás, ni en sueños pensaba abrillantar un suelo. Mucho menos, el suelo de un país tan húmedo como Escocia. ¿Qué le pasaba a Lucía? Nunca había conocido a alguien con tantas manías como ella, las reunía todas.

—¡Mándame una postal cuando llegues! —me gritó Sienna.

Me giré en el ascensor y me reí.

—¡Lo siento, me he visto obligada a hacer un simulacro de evacuación!

Salí a la calle y abrí el paraguas, estaba chispeando. El cielo era un enorme manto gris y la lluvia podía apretar en cualquier momento. Caminé con rapidez hasta la parada del autobús, siendo consciente de que mi pelo estaría encrespándose y sabiendo que no podía hacer nada para evitarlo. Me sentí frustrada, era como un pececillo flotando en medio del océano, indefenso, a punto de ser engullido por una ballena.

El autobús llegó a la parada y bajé la cara para reírme a escondidas, lo conducía Ed.

Mientras subía, se puso a cantar. Reconocí la canción al instante, era de la película *El Mago de Oz*.

—*Somewhere over the rainbow...*

—Corta el rollo. Aquí nunca sale el sol, no veis el arcoíris ni por casualidad.

Ed se echó a reír.

—¿Qué tal, Dorothy?

Señalé mi pelo esponjado y horroroso.

—Tú qué crees.

Me senté detrás de él, dejé el paraguas en el suelo e intenté hacerme una coleta. Pero no podía, mi pelo seguía tan corto que la parte delantera no me llegaba a la parte de atrás. Esa era la clave de todo. Utilizaba productos para reducir el frizz, pero mi pelo era ondulado y mi melena tan extremadamente corta que apenas tenía peso. Se me encogía y adoptaba formas imposibles.

—Déjate ya el pelo, lo tienes bien.

Bajé las manos, sacudí la cabeza y resoplé.

—Odio a mi cuñada, esta estupidez de corte fue idea suya.

—Deberías agradecerérselo, te queda muy gracioso.

—Ya... Te hace gracia, ¿verdad?

—La verdad es que sí. Y creo que a ese niño que tienes a tu izquierda, también.

Giré la cara y vi a un bebé mirándome, estaba riéndose y dando brincos en el regazo de su madre. Dudaba que estuviera burlándose de mí, era demasiado pequeño para tener tanta maldad. Pero, por si acaso, me subí el cuello de la cazadora y me escurrí en el asiento.

—¿No os dan vacaciones en esta empresa? Sería maravilloso no encontrarme contigo cada vez que subo al autobús.

—¿Prefieres que te lleve Glen?

—¡Sí, claro que sí!

—¿Por qué?

—Su pasatiempo favorito no es reírse de mi pelo.

Paramos en un semáforo en rojo y Ed se giró hacia atrás.

—Ahora en serio, ¿por qué te preocupa tanto tu pelo? Ese corte te queda bien, te da un aire muy sexi. Es distinto y atrevido, como tú. —Las dos líneas que se le hacían al sonreír aparecieron a los lados de su cara.

Me dejó descolocada, no esperaba que fuera a hacerme un cumplido.

—Bueno, no durará para siempre, algún día me crecerá.

—Sí, es lo que suele pasar. —Comprobó el estado del semáforo y volvió a girarse hacia atrás—. ¿Qué haces el sábado por la noche?

Los ojos se me pusieron como platos.

—¿Qué? ¿Este sábado?

—Sí, eso he dicho. Hago una fiesta en casa, es mi cumpleaños.

Me rasqué la nuca, intentando ganar tiempo. Estaba poniéndome en un aprieto.

—Ya. Pues... no lo sé. ¿Has invitado a Sienna? Creo que te ha escrito hace un rato.

Ed cogió su teléfono y lo manejó con una mano.

—Sí, ya veo. —Se lo guardó en el bolsillo de la camisa—. No hay problema, Sienna también puede venir. —Sonrió de medio lado y añadió—: Yo de ti no me lo perdería.

—¿Por qué?

—Estará Glen...

Capítulo 16

Nunca entenderé el mecanismo por el cual percibes que alguien está mirándote. Pero lo supe con toda seguridad, estaba rodeada de gente y noté los ojos de Ed puestos en mí. Fue como si acabáramos de conectar por bluetooth, recibí esa especie de enigmática señal y lo miré. Por unos segundos, fui incapaz de apartar mi mirada de la suya, me pareció que compartíamos algo que allí nadie más tenía.

—¿Dónde se consigue algo de beber aquí?

Di un respingo que esperé que Sienna no hubiera notado. Al oír su voz, aparté la vista de Ed.

—¿Qué?

—Que necesito una cerveza. ¿De dónde las habrá sacado esta gente?

El piso de Ed debía tener unos cincuenta metros cuadrados y él más de veinte amigos, era complicado moverse. Sienna y yo estábamos atrapadas en la entrada del salón, había un atasco delante de nosotras y una decena de escoceses que reían a carcajadas ocupaban el pasillo, justo detrás.

Un chico pasó junto a Sienna y estuvo a punto de derramarle encima el contenido de su vaso de plástico.

—Oh. ¡Perdona! —se disculpó.

Sienna señaló su vaso y le preguntó:

—¿De dónde has sacado eso?

—De la cocina, la puerta de la izquierda.

Sienna salió del salón con dificultad, metiéndose como pudo entre la gente. Iba a acompañarla, pero vi que Ed estaba acercándose a mí.

Se me plantó delante cruzado de brazos. Ladeó la cabeza y sonrió.

—Hola. Feliz cumpleaños.

—Te habría visto entre un millón de personas...

Lo miré pasmada, sin parpadear. No supe qué decir.

Empecé a sentirme incómoda, a necesitar unos centímetros más de separación entre Ed y yo. No había suficiente espacio en su casa para tanta gente y eso implicaba que estuviéramos solo a un par de palmos de distancia.

—Ya... ¿Qué quieres decir?

—¿Me lo preguntas en serio? Es imposible no verte, eres como un enorme caramelo de limón. —Jugueteó con el lazo del pañuelo amarillo de mi cabeza y se echó a reír.

Le aparté la mano de un manotazo. Más aliviada que enfadada, la verdad.

No entendí qué me acababa de pasar, por qué había reaccionado así. ¿Había pensado que Ed estaba tonteando conmigo? Menuda estupidez, era evidente que el amarillo limón era un color llamativo, era imposible pasar desapercibida con él.

—Oye, ¿por qué te ríes de mí? Acabas de crearme una nueva inseguridad, me encantaba mi lazo. Eres tonto o qué.

—¿Quién se está riendo de ti?

Glen acababa de unirse a nosotros. Me sonrió y miró a Ed.

—No estoy riéndome de ella —dijo Ed.

—Sí que lo haces —repliqué.

—No, me río de tu lazo, es algo muy distinto. Y solo porque me cuesta no hacerlo. Me pareció que iba a volver a echarse a reír.

—Sí, estás riéndote de Dorothy... —dijo Glen. Me pasó un brazo alrededor de los hombros, protegiéndome de Ed.

—Te juro que no —dijo Ed.

Me puse las manos en las caderas.

—Claro que sí, estás a punto de partirte de risa —le solté.

No estaba enfadada con él. De hecho, estaba punto de echarme a reír yo también. Sabía que se metía conmigo en plan de broma y, aunque no lo reconociera, me divertían nuestras discusiones absurdas. Es más, no había hecho que me sintiera insegura, lo había dicho para salir del paso, me gustaba mi pañuelo amarillo atado a la cabeza con una lazada. Disimulaba un poco mi encrespado y resaltaba con mi pelo oscuro y mi vestido negro, era por la rodilla y tenía mangas de murciélago. Incluso me había pintado las uñas de amarillo para ir combinada, me veía genial.

—Estás guapísima, no le hagas caso —dijo Glen.

Ed asintió con la cabeza, me guiñó el ojo y sonrió.

—¡Medre mía, qué bien te sienta cumplir años! —exclamó Sienna. Pasó los brazos alrededor del cuello de Ed y le plantó un gran beso en la mejilla—. ¡Felicidades!

—¿Has visto, Glen? Esto es lo que me pasa todos los días en cuanto salgo a la calle —dijo Ed.

Sienna se giró hacia mí y me dio un botellín de cerveza.

—Toma.

—Ah, sí. Gracias.

Se puso seria y dijo:

—Eres una traidora.

Me quedé con la boca abierta, era lo último que esperaba escuchar. ¿Por qué me había dicho eso? Que yo supiera, no había hecho nada para merecerlo.

Sacudí la cabeza y le pregunté:

—¿Por qué...?

Sienna me miró en silencio y, de repente, se echó a reír.

—Pensaba que ibas detrás de mí, he ido hablando sola hasta la cocina. ¿Qué te pasa? Te has puesto pálida.

Me quitó un peso de encima. Sin embargo, me sentí estúpida. Por un momento había barajado la posibilidad de que Sienna estuviera acusándome de querer quitarle a Ed, o algo así. ¿Por qué había pensado esa tontería? Sabía que no había motivo, no lo había intentado en ningún momento.

Era la segunda vez que me llevaba un susto estúpido a cuenta de Ed en menos de media hora. Me enfadé conmigo misma. Decidí relajarme y disfrutar de la fiesta, estaba viendo fantasmas donde no los había.

—Una foto —dijo Ed. Levantó su teléfono móvil y los cuatro acercamos nuestras cabezas. —Vamos, decid haggis.

—¿¿Qué?? —exclamé.

El flash saltó en ese momento, mientras miraba a Ed con cara de asco.

Miró la foto en su teléfono y, por su sonrisa, supe que no había salido favorecida.

—Has quedado genial.

—Déjame verla —le exigí—. ¿Por qué has tenido que decir eso? Odio el haggis, me da un

asco tremendo.

Glen me miró con semblante serio.

—Perdona, ¿qué es lo que has dicho? —me preguntó.

—No puedes decir eso en Escocia, Cris, es de muy mala educación —dijo Sienna.

—Sí... —dijo Ed—. ¿Cómo te sentirías si un escocés te dijera que la paella parece vómito de cabra? Además, en tu propia casa. Te mereces nuestro desprecio, Dorothy, creo que deberías volver a España.

Los tres se miraron y asintieron con la cabeza.

Sabía que estaban vacilándome. Me crucé de brazos y les solté:

—¿Por qué no os compráis un terreno de turba y os perdéis? Podríais escoger zona tranquilamente, es lo único que tenéis en esta porquería de país.

Estallaron en una carcajada, a Sienna le hizo tanta gracia mi insolencia que se puso una mano en el estómago y se dobló de la risa.

—Déjame ver esa foto —volví a pedirle a Ed.

—Dame tu teléfono, te la envío.

Miré a Sienna, seguía riéndose del tema del haggis con Glen.

Le di mi teléfono a Ed y él me envió la foto. Tenía los ojos cerrados y el labio torcido, estaba haciendo un mohín. Quería que la borrara, no me apetecía nada que Ed la tuviera.

—Bórrala. No me fío de ti, a saber qué haces con ella.

Ed entrecerró los ojos.

—Qué inocente eres, Dorothy... ¿Es eso lo único que te preocupa?

Lo miré de medio lado.

—¿Por qué otra cosa me tendría que preocupar?

Sonrió con malicia y respondió:

—Ahora tengo tu teléfono.

—Ya... ¿Y qué?

Ed miró de un lado al otro, acercó su cara a mi oído y susurró:

—Has caído en la trampa, lo del autobús es solo una tapadera, Dorothy... En realidad soy un comercial de fibra óptica encubierto, voy a freírte a llamadas todo el santo día.

El trago que acababa de darle a la cerveza casi se me sale por la nariz.

—Eres tontísimo. ¿Cuántas cervezas te has tomado ya? —dije, riendo.

—No lo sé. ¿Tenía que contarlas?

En el fondo, Ed me recordaba a mí. No estaba segura de si eso era bueno o era malo, pero era agradable sentir algo de familiaridad al estar tan lejos de casa. Hacía que no me sintiera tan extraña, tan fuera de lugar.

La luz del salón se apagó y todos nos pusimos a cantar.

—Es un muchacho excelente, es un muchacho excelente, es un muchacho excelente... y siempre lo será.

Glen y Sienna se habían escapado a la cocina y habían vuelto con una tarta de cumpleaños, Sienna era quien la llevaba en las manos. Glen me había dicho un par de días antes que no iba a tener una y habíamos acordado comprársela entre los tres. Tenía cuatro pisos, era de chocolate y estaba rellena de frambuesa. La cobertura brillaba, sabías que la había hecho un buen profesional. Se me hizo la boca agua. Tenía hambre todo el tiempo porque me alimentaba fatal y mis picos de azúcar en la sangre eran una montaña rusa, comía y mi cuerpo enseguida me pedía más.

—Pide un deseo, a lo mejor te lo puedo conceder —dijo Sienna.

Sonó de lo más sensual, como si fuera una bola de helado derritiéndose sobre un crepe.

¿Lo había entendido bien? ¿Estaba ofreciéndole sexo como regalo de cumpleaños?

Levanté las cejas y recorrí con los ojos todo el salón.

—¿Eres un hada madrina o algo así? —le preguntó Ed.

Sienna, que llevaba puesto un jersey negro con el escote ancho y desbocado, levantó el hombro salpicado de pecas que le asomaba. Eran del mismo color que el brillo de sus labios, anaranjadas, le daban un toque muy sexi.

Aleteó sus pestañas y respondió:

—No puedo decírtelo, tendrás que descubrirlo tú mismo...

Ed dio respingo hacia atrás. Arqueó una ceja y sonrió.

No le dio tiempo de soplar las velas, una pelirroja con la máscara de pestañas corrida y un equilibrio bastante deficiente apoyó un brazo en su hombro y lo hizo por él.

—¡Lo siento, no he podido evitarlo!

Ladeé la cabeza y le dije a Ed:

—Vaya, qué pena. Te has quedado sin deseo.

—¡Silencio, que nadie se mueva! Voy a dedicarle unas palabras a Ed.

Un chico bastante atractivo, con una melena a la mitad del cuello que ya hubiese querido yo para mí, acababa de subirse a la mesa. Me sonaba, lo había visto tocando en el Absolutely Scotch con Ed.

Las voces se convirtieron en un murmullo y todos lo miramos con atención.

—Hoy, hace exactamente treinta años, llegó a este mundo el gaitero con más talento de Escocia. Un virtuoso. Un gran maestro. Todo un fenómeno, estoy hablando de mi buen amigo Ed. —Señaló a Ed y él asintió, fingiendo sentirse profundamente orgulloso—. Desde su más tierna infancia, Ed ya mostraba señales de que iba a ser un fuera de serie con la gaita. Las madres se lo rifaban, no había fiesta de cumpleaños a la que no estuviera invitado el pequeño Ed. Lo sentaban en un rincón y se pasaba la tarde entera inflando globos. Porque, sí, Ed era un fuelle andante, amigos, se hinchaba como un sapo y, con el aire retenido en sus pulmones, era capaz de derribar una vaca.

Estallaron un montón de carcajadas. Entre ellas, la mía.

—Pero eso no es todo —continuó—, si aquello no era suficiente para adivinar la extraordinaria capacidad que Ed iba a tener para tocar la gaita, solo tenías que verlo correteando por valles y montañas, persiguiendo pequeños roedores. Se metía los pulgares bajo las axilas y aleteaba como una gallina. Obviamente, así fue cómo desarrolló su habilidad para desinflar la bolsa.

Me dio la risa tonta, empecé a reír y ya no pude parar.

—Su madre no podía creer que Dios la hubiera elegido a ella para traer a este mundo a semejante personaje... —Miró a Ed y negó con la cabeza lentamente—. Pero le cogió cariño con el tiempo, no tenía más remedio que criarlo. En fin... que eso mismo nos ha pasado a todos, al final te hemos cogido cariño, Ed. Te queremos, feliz cumpleaños.

Se hizo una ovación. Todos nos pusimos a aplaudir, incluido Ed. Le gustaba reírse de todo el mundo pero también era verdad que encajaba bien las bromas, eso había que reconocérselo.

Se puso las manos a los lados de la boca y gritó:

—¡Yo también te quiero, anormal!

Capítulo 17

—Estoy cansada, creo que me voy a casa.

Eran cerca de las tres de la madrugada. Me dolían los pies de estar de pie sobre mis tacones y hacía calor, necesitaba que me diera el aire. Tanta gente reunida en un espacio tan pequeño había hecho subir la temperatura y estaba sudando, mi pelo debía estar encrespándose hasta un límite que prefería no conocer. Estaba evitando ir al cuarto de baño por ese motivo, no quería vérmelo y sentir la necesidad de pasarme la plancha.

Sienna estaba bailando con Ed. Estaba contoneándose muy pegada a su espalda, con una mano puesta en sus pectorales. Cantaban y se reían, estaban pasándose bien. Como la mayoría allí, iban bastante perjudicados, la fama que los escoceses tenían de beber como esponjas no era una exageración.

—¿Tienes sueño? —dijo Glen—. Venga, te llevo a casa.

—No. No te preocupes, voy a coger el autobús.

—Ni hablar, no voy a dejar que te vayas en el nocturno. Además, yo también tengo sueño, he hecho turno de mañana.

Nos acercamos a Ed y Sienna y Glen le dijo a Ed:

—Nos vamos.

—¿Ya?

—Sí. Dorothy está cansada, la llevo a su casa.

Ed me miró un instante.

—Bien... —Le dio un trago a su cerveza y se alisó la camiseta con la mano.

—Me voy —le dije a Sienna.

Pasó un brazo alrededor de mi cuello, acercó su mejilla a la mía y exclamó:

—¡Creo que yo no!

Era evidente que tenía otros planes, no pensaba dormir en casa.

—Vale, nos vemos el lunes. Que te diviertas.

Al salir a la calle sentí un alivio tremendo, corría aire y una lluvia fina refrescaba mis mejillas. Había pasado tanto calor en la fiesta que no me importó que el pelo se me mojara. Por primera vez desde que llegué a Edimburgo, la lluvia me pareció un regalo.

—¿Cómo es que tiene tantos amigos?

—¿Quién?, ¿Ed? —dijo Glen.

—Sí, había bastante gente ahí arriba.

—Bueno, algunos son conocidos del pub. Pero la mayoría son amigos de siempre. Ed es un buen tipo. Es generoso, divertido y tiene un gran sentido de la lealtad.

Apreté los labios y asentí.

—¿Cómo le conociste?

—Hará unos cuatro años, en el trabajo. Ese es mi coche —dijo.

Bajé de la acera y fui directa a la puerta del lado derecho.

—¿Quieres conducir tú?

—¡No! Ha sido la costumbre. Ya sabes, el volante está al otro lado en España.

—Bueno, podrías llevarte tú misma, para variar. ¿Seguro que no te apetece?

Fruncí el ceño, considerándolo.

Glen asintió con la cabeza, animándome a aceptar.

—Vale, conduzco yo.

Me senté al volante y me puse el cinturón. Comprobé el estado de mi pintalabios en el espejo retrovisor y, satisfecha con lo que vi, me lancé un beso.

Glen me miró de reojo, en silencio.

Miré hacia abajo y murmuré:

—¿Cuál es el pedal del freno? ¿Es el de la derecha? Sí... y supongo que el de la izquierda es el acelerador. —Pisé los pedales varias veces seguidas—. Bueno, qué más da... ya iré probando por el camino.

Glen abrió la boca, como si quisiera decir algo y no encontrara las palabras.

—¿Te molesta que abra la ventanilla?

—No... adelante —dijo.

—Me gusta que me dé el aire. Me despeja, ¿a ti no? Una vez me quedé dormida al volante y desperté pasados dos kilómetros de mi casa.

—¿¿Qué??

Accioné el limpiaparabrisas, miré dentro de la guantera y pulsé el claxon.

—¿Dónde están los chalecos salvavidas? Son necesarios, podríamos caer a un río.

—Bájate de ahí ahora mismo.

Eché la cabeza hacia atrás y solté una carcajada. Glen había estado dudando entre quitarme el sitio por seguridad y echarse a reír. No había estado seguro al cien por cien de que estuviera de broma.

—¡Casi te da un soponcio!

—Cámbiame el sitio, ya no me fío de ti.

—¿Por qué? Soy buena conductora. ¿Cuál es el problema? ¿No sabes nadar?

Glen sacudió la cabeza, me giró la cara y se echó a reír.

Me puse en marcha a la primera, sin ninguna dificultad. Obviamente, sabía conducir. Incluso tenía coche. Bueno, lo había tenido, se lo había quedado mi hermana. No era ninguna maravilla, pero le iba bien tener otro en casa ahora que Max había hecho crecer la familia.

Max, mi rechoncho y precioso sobrino. Tenía tantas ganas de verlo...

Aun así, no me parecía buena idea visitar tan pronto a mi familia. ¿Y si lo hacía y me daba cuenta de que no quería seguir viviendo en Edimburgo? Necesitaba adaptarme antes, aprender a sentirme allí como en casa. A pesar de que empezaba a tener un entorno que me gustaba, todavía tenía la sensación de que mi verdadero hogar estaba en España.

—Así me gusta, que conduzcas con seriedad.

—¿Qué esperabas? Soy una chica responsable. Además, necesito poner toda mi atención en la carretera, es la primera vez que conduzco por la izquierda.

Eso sonó fatal, pero era la verdad.

Sin embargo, no estaba costándome hacerlo, se me daba bastante bien. Había estado practicando mentalmente en el trayecto del autobús y había llegado a la conclusión de que no era tan difícil. Sentía que era capaz. Además, conocía el camino, era casi el mismo que hacía todos los días para volver a casa desde el trabajo. No había motivo para preocuparse.

—¿Qué tal te va aquí? ¿Crees que podrás vivir con nosotros por mucho tiempo?

No sabía qué contestar. A veces me lo preguntaba a mí misma y siempre me obligaba a pensar en otra cosa, me decía que no tenía necesidad de saberlo.

Me encogí de hombros y suspiré.

—La verdad es que no lo sé... Se podría decir que acabo de llegar. Pero es extraño, nunca

pensé que echaría de menos tantas pequeñas cosas.

Glen me miró con una sonrisa.

—¿Pequeñas cosas? ¿Como qué?

Lo analicé por un momento. Eran detalles que antes de mudarme a Escocia ni siquiera valoraba, cosas insignificantes que ahora me parecían importantes. Ni siquiera sabía por qué pensaba en ellas, me había mudado allí con ilusión. Lo había visto como un reto excitante, como una aventura.

—Pues, verás... echo de menos desayunar en una terraza. Y las sobremesas, mi familia nunca tiene prisa cuando nos juntamos para comer. Echo de menos oír el arrullo de las palomas en mi ventana, me gustaba oírlas al despertar. Echo en falta el carácter extrovertido de la gente, la playa en primavera, que la cajera del supermercado me llame guapa... Y el sol, no sabes la felicidad que da ver brillar el sol...

Sin esperármelo, los ojos se me empañaron. Pero me controlé, no era cuestión de ponerse a llorar por unas palomas, me dejaban la ventana hecha un asco.

Glen se dio cuenta, apretó mi hombro para consolarme.

—Lo siento, no era mi intención ponerte triste.

—No lo estoy, es que acabo de recordar que dejé a deber dos cañas en un bar.

—¿Por qué has hecho eso? Estarán buscándote.

—Sí, puede que la Interpol esté en ello.

—Deberías habérmelo dicho antes, te he prestado el coche. Acabas de meterme en un lío, creerán que estoy ayudándote a huir.

Nos echamos a reír, mi fugaz momento de melancolía ya solo una anécdota tonta.

Glen se cruzó de brazos, pensativo.

—Vamos... algo habrá que te guste de Escocia. No deberías pensar en lo que no tienes, piensa en todo lo que puedes disfrutar aquí. Por ejemplo, tenemos vacas peludas. ¿Has visto alguna vez una vaca con flequillo?

Sonreí, las había visto en fotografías y las envidiaba a muerte. No entendía cómo lo hacían para estar mojándose todo el día y que su pelo se mantuviera tan liso. El mío sentía una pizca de humedad y se ponía como un manojo de cables pelados.

—Las conozco, pero nunca las he visto en persona —respondí.

—Pues deberías ir a verlas a las Tierras Altas, son adorables.

—Sí... me gustaría visitar algunos sitios. Apuntaré las vacas con flequillo en mi lista de deseos.

—¿Lo ves? Solo por eso, ya merece la pena que estés aquí.

En cierto modo, Glen tenía razón. Uno de los motivos que me habían empujado a aceptar el puesto de trabajo en Edimburgo había sido que el país me parecía precioso. Iba a tener ese detalle más presente. No era que eso hubiera dejado de importarme, era solo que había ciertas cosas de mi vida allí que no acababan de convencerme.

Paré el coche en mi puerta, habíamos llegado. Glen señaló la casa y me preguntó:

—¿Vives aquí?

—Sí, en la segunda planta.

Asintió con expresión de admiración.

—Es bastante bonita, ¿no crees? Debe ser una casa antigua que han convertido en apartamentos.

La miré a través de la ventanilla. A mí también me gustaba la casa, lo había hecho desde el primer momento. Era acogedora y tenía encanto. Además, estaba en una calle tranquila. El único

problema que le veía era que tenía que compartirla con Lucía y Matt, siempre estaba metido allí. Era un incordio, ni siquiera podía tumbarme un rato en el sofá.

—Gracias por traerme. Bueno, por dejarme conducir.

Hacerlo me había sentado bien. Había sentido que tenía el control, que era capaz de hacer cualquier cosa que me propusiera.

—De nada, ha sido un placer —dijo Glen.

Para mí lo había sido también, charlar con él era muy sencillo. Glen era sensible y considerado, se preocupaba de que estuvieras bien.

—Nos vemos pronto —dije.

—Sí.

Bajamos del coche y Glen se sentó al volante. Abrí el bolso y saqué las llaves.

—Dorothy —me llamó.

Me di la vuelta y lo miré.

Estaba asomado a la ventanilla. Iba a decir algo que reconsideró.

—Nada... Que duermas bien.

Los dos sonreímos.

—Gracias, tú también.

Entré en casa y Glen se fue.



Alexia, ¿recuerdas cuando me comentaste que los escoceses están macerados en whisky?, ¿que por eso es habitual que crean ver monstruos? Pues te quedaste corta. Y mucho. Verás... si un escocés común saliera ardiendo, podrías ponerle una rejilla encima y asar una granja entera de pollos. No se apagaría nunca, lo ha demostrado la ciencia. Deberían llevar una pegatina que dijera «INFLAMABLE» cosida al jersey, no sé cómo los dejan subir a un avión. Son una panda de borrachos, Alexia. Gente de mal vivir. Y, sí, ya sé que vas a decirme que los españoles también nos bebemos hasta los charcos. Yo misma he llegado a sorber restos de caipiriñas de varios desconocidos en un chiringuito de la playa. Pero no es lo mismo, Alexia, el calor de España da sed. Aquí se bebe por vicio, fin... Todavía no sé qué pretendías enviándome a Edimburgo, pero quiero que sepas que si llego a necesitar un trasplante de hígado por patologías relacionadas con el alcohol, voy a quedarme con el tuyo.

Capítulo 18

—¿¿Se carda el pelo??

—No, su pelo es así. Tiene tendencia al frizz, como el mío.

—No sé qué decirte, el tuyo no parece un nido de gaviotas... —dijo Sienna.

Miré a Matt de reojo, me eché hacia delante en la mesa y susurré:

—Lo sé, puede que ahí viva una pareja de perdices con sus cinco polluelos. Pero no hables tan alto, nos van a oír.

Habíamos salido de la oficina para comer y habíamos coincidido con Matt y Lucía en una cafetería. El sitio era pequeño, así que su mesa estaba demasiado cerca de la nuestra. Me sentía incómoda hablando de ellos, literalmente, a sus espaldas. Pero Sienna no paraba de encontrar cosas destacables que comentar sobre Matt.

—¿Qué tal acabaste la fiesta? —le pregunté.

Estaba deseando cambiar de tema, Lucía nos miraba de vez en cuando y tenía miedo de que nos leyera los labios.

Sienna revolvió las lentejas de su sopa, como si entre ellas estuviera la respuesta.

Me gustaba aquella cafetería. Nunca había visto alguna que sirviera sopas pero, en Edimburgo, existían. Las iban variando durante la semana, eran las sopas del día. Fue un descubrimiento maravilloso, me quedaba cerca del trabajo y por fin iba a poder comer caliente cuando lo necesitara.

—Pues... no fue como esperaba —dijo Sienna.

—¿Por qué?

—Bueno, no fui la única que se quedó a dormir.

Levanté las cejas, sorprendida.

¿Cuántas chicas habían dormido con Ed el sábado por la noche? ¿Ofrecerse como regalo de cumpleaños era una arraigada tradición escocesa?

Me imaginé a Ed tumbado en la cama con su kilt. Estaba mordiendo una pata de cordero asada mientras un grupo de chicas le rodeaba haciendo twerking. Iban vestidas con unos camisones blancos y largos, de la época medieval. Ed le levantó el camisón a la que tenía más a mano y en sus bragas pude leer «Recuerdo de Inverness».

—Dormí con una maestra de educación infantil aficionada a la astrología.

—¿¿Qué??

—Sí, tal como suena. Iba a meterme en la cama de Ed. Quería darle una sorpresa, ya me entiendes... Pero ella estaba durmiendo allí cuando entré en su habitación. Iba tan borracha que ni siquiera podía andar, no conseguí sacarla de la cama y que diera dos pasos.

La miré patidifusa.

—¿Cómo sabes que era una maestra de educación infantil aficionada a la astrología? ¿Llevaba algún tipo de acreditación colgada al cuello?

—Claro que no, me lo dijo ella.

—¿Cómo? Has dicho que ni siquiera podía andar.

—Pero podía hablar, Cris. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? No se necesitan tantos músculos para mover la boca, no es indispensable ponerse de pie.

Me imaginé a Sienna arrastrando el cadáver de la maestra de educación infantil, una géminis con ascendente leo que tenía la mesilla de noche llena de piedras de cuarzo. Su familia

estaba buscándola, no sabían que Sienna la había enterrado bajo una montaña de vasos de plástico usados en casa de Ed. Estaba momificándose en la cocina.

Estaba a punto de soltar una carcajada, el relato de Sienna me parecía surrealista. Pero a ella no se le veía contenta, así que aparté de mi mente la imagen de los pies de esa chica sobresaliendo con sus botas de tacón entre la montaña de vasos de plástico. No quería herir los sentimientos de Sienna.

—Vale —dije—, estamos de acuerdo, incluso hay personas que hablan en sueños. No es tan extraño, con una cogerza se puede balbucear.

Sienna sacudió la cabeza, todavía enfadada por lo que le había tocado vivir.

—Menuda desilusión. Qué asco, Cris... Tenía a Ed a tiro, era la ocasión perfecta. Quién me iba a decir que una desequilibrada que cree que debes dedicarte a la podología por haber nacido en septiembre me la iba a fastidiar.

Bajé la vista a mi sopa y me mordí el labio, intentando que no se me escapara la risa.

—Quería irme a casa, pero estaba lloviendo a cántaros. Y yo tampoco estaba demasiado sobria, que digamos. No me veía capaz de llegar.

Asentí con la cabeza, intentando mostrarme comprensiva. Carraspeé para intentar ponerme seria y le pregunté:

—Y, a todo esto... ¿dónde estaba Ed? ¿Durmiendo en el sofá?

—El sofá también estaba ocupado, había gente durmiendo por todas partes. Ed durmió en el pasillo, sobre una manta de Bob Esponja.

Llegué a mi límite, no pude seguir conteniendo la risa y exploté.

—Adelante, no te cortes... riéte de tu amiga. Qué más da lo que haya podido sufrir.

Por suerte, Sienna empezó a reír también. Por fin le vio el lado gracioso a la historia.

—Acaba de cumplir treinta años, por favor. ¿Por qué tiene una manta de Bob Esponja? —dijo.

—Vete a saber, Ed es así.

Lo dije como si le conociera de toda la vida. Incluso sacudí la cabeza y sonreí. No fui realmente consciente de ello hasta que levanté la vista de mi bol de sopa y miré a Sienna.

Me miró de medio lado.

—Oye, Cris... no estarás riéndote de que Ed se me haya escapado.

Me quedé helada. Fue una pregunta tan extraña como incómoda que, para mi sorpresa, me hizo dudar.

¿Era eso lo que me había hecho tanta gracia? ¿En el fondo me alegraba de que Ed no se hubiera acostado con Sienna?

Preferí no ahondar en la cuestión, me inquietó lo que eso podía significar.

Sienna se recostó en su silla, se cruzó de brazos y resopló.

—Me gusta, Cris.

—Ya...

—No, quiero decir que Ed me gusta de verdad. Me vuelve loca. Me encanta. Hacía mucho tiempo que no me sentía así por alguien.

—Vale. Bien...

—Sí... Espero que lo entiendas.

—Claro. Sí...

En realidad no lo estaba entendiendo. ¿Estaba diciéndome que le había dolido que me hubiera reído de ella o estaba advirtiéndome de que no se me ocurriera fijarme en Ed? Suponía que se trataba de lo primero. Podía ser que me hubiera pasado con las bromas, quizá debía

haberle hecho sentir que entendía su frustración.

Sienna sonrió y dijo excitada:

—Bueno, cuenta, ¿qué tal te fue a ti con Glen?

Me sentí mala persona. Una mala amiga. Yo me había reído del fracaso de Sienna mientras ella estaba entusiasmada con la idea de que Glen y yo hubiéramos acabado la noche juntos.

—Glen es un encanto, me dejó conducir.

—Qué bien. ¿Y?

—Y tuvimos una conversación agradable.

—Una conversación agradable... ¿Nada más?

—Sí, nada más.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? No me atrae, Sienna, hay cosas que no se pueden forzar.

—No estoy de acuerdo, no puedes decir que algo no te gusta si no lo has probado. La vida está llena de sorpresas. ¿Quién te dice que Glen no es el hombre de tu vida, Cris?, ¿que el destino no te trajo aquí para unirme a él? El frote hace el cariño, nunca lo olvides —sentenció con el dedo índice levantado.

—¿Qué quieres decir con «el frote»? Deja de decir tonterías. Aunque pueda parecerlo por mi pelo, no soy un estropajo. No voy a frotarme con Glen.

—*Bon appétit*.

Matt acababa de hacer una inclinación de cabeza, se marchaba con Lucía. Me temí lo peor, estábamos riéndonos del tema del frote y la situación podía desmadrarse en cuestión de segundos, ya estábamos metidas en situación. ¿Por qué Matt había tenido que decir «*bon appétit*»? Era absurdo, ninguno de los cuatro era francés.

Sienna se echó hacia atrás y dijo:

—¿*Pardon, monsieur...*?

Levanté una mano y me apresuré a traducirla.

—Solo ha dicho «perdón, señor».

Sí, intuía que Sienna iba a crear un conflicto diplomático entre Francia y Escocia. Era posible que Francia acabara declarándole la guerra a Reino Unido y que España se viera salpicada.

Matt arqueó las cejas y ladeó la cabeza con aire de superioridad.

—Lo sé... estudié en un colegio francés.

Lucía, que había estado mirándolo embelesada, dijo:

—Matt estudió en un colegio francés.

—Sí, nos lo acaba de decir —le informé.

—Bueno, por si acaso.

—Matt... —dijo Sienna—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Qué? ¿Una pregunta? —Miré a Sienna con los ojos muy abiertos, intentando transmitirle que no necesitaba tener más problemas con Matt y Lucía—. No podemos estar aquí de charla todo el día. Date prisa con la sopa, vamos a llegar tarde a trabajar—. Cogí la cuchara y me puse a terminar la mía a toda velocidad.

—Vale, me quedaré con la duda para siempre —dijo Sienna.

Matt miró de Sienna a mí.

—Bien, chicas... *Au revoir*. ¡*Bon voyage!*

Madre mía, es que era muy difícil no reírse de ellos. ¿Cómo era posible que ninguno de los dos se diera cuenta del ridículo que hacían? Uno, vale, pero ¿los dos? Vivían en un mundo

paralelo, uno que parecía haberse inventado Matt...

Empecé a considerar que Lucía hubiera cambiado por culpa de Matt, estaba segura de que no era así cuando trabajábamos juntas en España. Por aquel entonces, parecía una chica más sencilla. Era bastante despreocupada y simpática.

Matt y Lucía se marcharon cogidos del brazo. Antes de cerrar la puerta, Lucía miró a Sienna y le lanzó una mirada de desprecio. No era la primera vez que la veía haciéndolo, no había química alguna entre las dos.

—Te he cortado porque no quería problemas, prefiero ignorarles.

—Lo sé. Pero creo que no deberías dejar que te subestimen, Cris. Te tratan como a una extraña que solo está ahí para que puedan ahorrarse la mitad del alquiler. Tú misma me has contado que se hacen dueños del salón todo el fin de semana. Te pasas la vida en tu habitación, como si vivieras en una casa de huéspedes.

No quería pensar en eso, me daba una rabia tremenda y estaba intentando relativizarlo. Quería centrarme en lo positivo, como me aconsejó con mucho acierto Glen. Si empezaba a quejarme de todo lo que me molestaba de Matt y Lucía, iban a sentarme mal las lentes. De hecho, ya no me gustaban tanto, mi madre las cocinaba mejor.

Miré la hora en mi teléfono.

—Es tardísimo.

Sienna miró la hora en el suyo.

—Sí... Pero, en serio, Cris, deberías haberme dejado que le diera un buen corte a Matt. Me he quedado con las ganas, es tonto con avaricia.

—Sí, en otra situación habría estado bien. Yo misma me he quedado con las ganas unas cuantas veces. —Me subí la cremallera de la cazadora y cogí el bolso—. ¿Qué le ibas a preguntar?

—Nada, algo inocente.

—¿Inocente? ¿Qué exactamente?

Sienna se encogió de hombros.

—Solo quería saber si alguna vez se le ha enganchado la rama de un árbol en el pelo, podría pasarle con el viento.

Nos miramos con los labios apretados y nos salió la risa por la nariz.

Capítulo 19

Estaba aprovechando que Lucía estaba en el gimnasio para hacerme una mascarilla. Había encontrado otra pócima en internet que prometía que mi pelo crecería en un santiamén y, aunque sabía que era mentira, quería mantener la esperanza. Estaba en la cocina y ya tenía el café soluble, el aceite de coco y el bol preparados en la encimera. Estaba mordisqueando mi cuarta galleta shortbread. Comenzaba a notar que la goma de las bragas se me clavaba en las ingles. Pero prefería pensar que era culpa de la lavadora, una vez metí un vestido largo de lana que al sacarlo se había convertido en un top para hacer spinning.

Miré la receta en el móvil, no había memorizado cuántas cucharadas de cada cosa tenía que mezclar para la mascarilla. Cuando iba a dejarlo de nuevo en la encimera, un mensaje iluminó la pantalla.

Solté el teléfono como si me hubiera dado una descarga eléctrica. Respiré hondo y, con el corazón acelerado, leí el mensaje.

«¿Estás en casa? Estoy en Dalkeith».

Me puse tan nerviosa cuando lo leí que me entraron unas ganas terribles de hacer pis. Fui corriendo al cuarto de baño con el teléfono en la mano y me senté en el inodoro.

«¿Estás en Dalkeith? ¿En el Dalkeith de Edimburgo, Escocia?».

Fui consciente de la estupidez que acababa de escribir mientras pulsaba la tecla de enviar.

«No, en ese no. Estoy en el de Pernambuco, Brasil. No vayas a confundirlo con el otro Dalkeith, el de Madagascar».

Me puse la mano en la frente, asustada. Necesitaba encontrar una excusa para no verle, pero, por culpa de los nervios, no se me ocurría ninguna que sonara bien. De todos modos, no me dio tiempo a hacerlo. Él fue más rápido que yo y, mientras tecleaba un vago pretexto para salir del paso, me llegó otro mensaje suyo.

«Te traigo algo que creo que te va a gustar. Lo he visto y me he acordado de ti».

Me quedé sin fuerza de voluntad. Apreté el botón de la cisterna y puse los ojos en el remolino de agua con la mirada perdida. Por ahí se iba la excusa que estaba a punto de enviarle. Y quién sabía qué más... Tuve un mal presentimiento, pero fui arrastrada por la corriente, como ese trozo de papel higiénico que estaba llevándose el agua.

—¿Desde dónde me has escrito? Solo has tardado tres minutos en llegar.

—Desde la parada del autobús, no podías vivir muy lejos de ahí.

Asentí, todavía nerviosa por la situación. No había tenido tiempo de calmarme.

Me hice a un lado.

—Pasa, estaba en la cocina.

—Qué detalle, estás haciéndome de cenar —dijo Ed.

—No podría aunque quisiera, no sé cocinar.

Entramos en la cocina y apoyé la espalda en la encimera. Ed retiró un taburete de la barra y se sentó en él, frente a mí.

Con algo de esfuerzo, conseguí serenarme. Ed ya estaba allí y no iba a echarle de mi casa, no tenía ningún motivo. Sonreí de manera simpática y le pregunté:

—¿Qué me has traído?

Sacó un paquete del interior de su chaqueta, extendió el brazo hacia mí y sonrió.

Cogí el paquete y lo miré con recelo, no me fiaba de él. Podía tratarse de cualquier cosa que había encontrado por ahí, un pasamontañas para que pudiera esconder mi pelo. Sabía que le encantaba meterse conmigo.

Sacudí el paquete cerca de mi oreja.

—En serio, ¿qué es?

—¿Por qué no lo abres? Así lo sabrás.

Rasgué el envoltorio y saqué el regalo. Era algún textil plastificado. Lo desdoblé. Tenía una capucha. Era un chubasquero.

—Vaya...

Ed hizo un círculo con la mano.

—Dale la vuelta —dijo.

Miré la parte trasera del chubasquero y en ella pude leer: «No existe el mal tiempo, solo la ropa inadecuada».

—Es un refrán escocés. Bueno, los noruegos dicen que es suyo. Pero a saber qué dicen realmente, no se les entiende cuando hablan.

Volví a leer el texto, complacida.

—Me gusta. Me gusta mucho, sí.

No lo dije por compromiso, realmente me gustaba. Era de color rojo y el texto, en una tipografía femenina y en cursiva, era de color negro. Alguna vez se me había pasado por la cabeza comprarme uno, me parecían prácticos. Pero, por lo que fuera, nunca había llegado a hacerlo.

—Me había dado cuenta de que no caías en que el paraguas, aquí, tiene poca utilidad. Suele hacer viento y acabas mojándote igual. Supongo que habrás visto que hay quien ni se molesta en cubrirse con nada, estamos tan acostumbrados a mojarnos que ya no sentimos la lluvia.

—Sí, es verdad, siempre acabo con el pelo mojado.

—Se te mojará un poco también con el chubasquero. Pero, al menos, el paraguas no se te dará la vuelta.

No sabía decir las veces que el paraguas se me había dado la vuelta con el viento mientras caminaba por la calle, me pasaba prácticamente cada día. Siempre acababa mojándome. Daba igual el cuidado que tuviera, si no era el pelo, era el pelo y todo lo demás.

Doblé el chubasquero con una sonrisa. Lo puse en la encimera y le di unas suaves palmaditas.

—¿Tú eres de los que camina bajo la lluvia sin paraguas ni chubasquero?

Ed se hizo el interesante.

—Claro... Me ofende que me hagas esa pregunta, Dorothy. No tenías por qué saberlo, pero provengo de un valiente clan escocés.

—Ya... ¿Cómo de valiente?

—Bueno, no es por presumir, pero mis antepasados cazaban a los ciervos matándolos con sus propios dientes. Y eso que la mayoría estaban mellados.

No pude evitar imaginarme a un montón de escoceses barbudos y sin dientes, riendo a carcajadas con jarras de whisky en la mano. Eran un cuadro, casi lloro de la risa.

—¿Por qué eres así? —le pregunté.

—Así, ¿cómo?

—Estás casi más tarado que yo.

—No estamos tarados, Dorothy, tenemos sentido del humor.

Estaba de acuerdo, eso era lo que había echado tanto en falta de mi hermana desde que había nacido Max. Se había convertido en una persona demasiado responsable, había perdido su fantástico sentido del humor.

Ed se quitó la chaqueta, llevaba una camiseta blanca de manga corta debajo que pensé que le sentaba muy bien. En realidad, Sienna tenía razón, debía reconocer que a Ed le sentaba bien hasta la falda. Se levantó del taburete y echó un vistazo a todo lo que había dejado desperdigado en la encimera, los ingredientes de la mascarilla.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Una mascarilla para el pelo. Seguramente no sirve para nada, pero se supone que hace crecer una melena larga y sedosa de manera instantánea.

No era así, por descontado, pero me parecía más graciosa esa explicación.

Ed se frotó la frente con la mano.

—Un momento... ¿Me estás diciendo que haces ungüentos crecepelo? ¿Con qué finalidad? No tendrás intención de venderlos...

—No, no tengo intención de ponerme a gritar sus beneficios en la Royal Mile, subida a una caja de madera con un megáfono, créeme. Es para uso personal.

Ed me miró con la punta del pulgar entre los dientes y comenzó a desternillarse, como me pasó a mí. Estuvimos un rato así, riendo sin parar. Cada vez que uno de los dos conseguía serenarse, nos mirábamos y vuelta a empezar.

—No entiendo por qué pierdes el tiempo en esto, sabes que no va a funcionar. Has dicho que no sabes cocinar. ¿Por qué no dedicas la tarde a aprender a hacer eso, por ejemplo?

No le faltaba razón. Había comprado patatas y huevos unas semanas atrás porque me había propuesto hacer tortilla de patatas y los había gastado sin haberlo intentado. En su lugar, estaba haciendo potingues que lo único que conseguían era dejarme el pelo con olor a comida, no me funcionaban.

Me sentí genial después de nuestro momento de risas, se me había pasado por completo el nerviosismo y la incomodidad. Di un alegre respingo y le pregunté:

—¿Te apetece jamón?

—¿Jamón español o escocés?

—Español, de bellota.

La cara de entusiasmo de Ed me dijo que sí.

Abrí la nevera y saqué el medio paquete de jamón que guardaba con tanto cariño. Era el medio paquete que reservaba para momentos especiales y, aunque no sabía bien por qué aquel lo era, sentí que debía hacerlo.

—Me lo compró mi madre. Sé que puede enviarme más, pero creo que no sería lo mismo.

Ed me miró atentamente.

—¿Por qué? Seguiría siendo jamón.

—Ya, pero sé que este jamón se compró mientras vivía en España. En serio, no sería lo mismo. —Me quedé en silencio, mirando el paquete de jamón en mis manos.

Ed me observó sin decir nada. Casi una eternidad. Estaba tan en mi salsa con él que eso no

me molestó. Al contrario, sentí que me arropaba con su mirada.

—No estarás pensando que te quieres ir...

Me tomé unos segundos antes de contestar.

—¿Irme de Edimburgo...? No. Ni hablar.

Sonreímos aliviados, como si nos hubiéramos quitado un gran peso de encima.

Lo dije de verdad. Convencida. Aquella tarde, dejé de pensar que quizá debería volver a España. A pesar de los inconvenientes que tenía para mí vivir allí, me di cuenta de que no me estaba yendo tan mal. Había hecho amigos, tenía personas a mi lado que me querían en sus vidas. Y, ahora, además, tenía un chubasquero con un refrán escocés en la parte trasera. Lo demás ya se iría solucionando. O podía ser que no. Pero no quería darle más vueltas, estaba cansada de hacerlo.

—No te he dado las gracias por el regalo, pero me encanta. Puedes estar seguro de que me lo pondré en cuanto llueva.

—Será mañana mismo.

Me reí y dije:

—Claro, cómo no. —Le pasé una loncha de jamón—. Lo siento, no tengo pan.

Se giró y ocurrió lo que tenía que ocurrir. Era irremediable, todas nuestras acciones provocan reacciones y estaba cantado que algo así sucedería más pronto que tarde. Fue uno de los momentos de mi vida en Edimburgo que jamás olvidaré, lo tengo grabado con todo detalle a pesar de que fue muy fugaz. Recuerdo perfectamente el brazo de Ed cogiendo impulso hacia atrás y extendiéndose hacia adelante a toda velocidad. Y cómo su puño cerrado impactó con fuerza contra la cara de Matt.

Capítulo 20

—Creo que le has matado.

Estaba horrorizada, no sabía qué hacer. Solo podía andar en círculos por la cocina, con las manos puestas en las mejillas. Me parecía estar viviendo una pesadilla, no podía creérmelo.

—Solo está atolondrado, Dorothy, se recuperará.

—No lo creo, Ed. Siempre tiene esa cara de tonto, no encuentro la diferencia.

—Tranquila, puede que le haya roto la nariz, pero nada más. Mira, hasta tiene pulso. — Levantó una mano de Matt y la sacudió hacia arriba y hacia abajo, parecía de goma.

—No pienso tocarlo. ¿Y si ya está frío? Míralo ahí, metido en el fregadero. Está muñeco, Ed, es como un besugo que lleva horas fuera del mar.

¿Cómo podía haberme pasado algo así? Yo solo quería hacerme una mascarilla. Tan solo quería que mi pelo creciera lo más rápido posible y ahora no solo iba a seguir teniendo el pelo corto, se me iba a llenar de piojos.

Las cárceles estaban plagadas de ellos...

¿Qué iba a pensar mi sobrino de mí cuando creciera? Mi hermana era capaz de decirle que había desaparecido, no iba a permitir que tuviera contacto conmigo nunca más.

—No le pasa nada, créeme —dijo Ed.

—No te creo, lo dices para tranquilizarme.

—No, pero tranquilízate, te va a dar algo. Estoy mucho más preocupado por ti que por él. Por favor, deja de respirar así.

Fruncí el ceño y le pregunté:

—¿Cómo estoy respirando?

—No lo sé exactamente, puede que como una ardilla con bronquitis. —Me miró y se echó a reír.

—No es momento de bromear. ¡Tengo un muerto en mi casa, Ed! ¡Dentro de un rato olerá y acudirán las moscas! Tenemos que pensar en algo, debemos trazar un plan.

No pensaba ir a la cárcel por Matt, no merecía la pena. Quiero decir, no es que su vida no valiera nada. Valía lo que valía, como la de cualquier otro idiota que entraba en casa de su novia por la ventana de la cocina. Pero tenía muchas cosas que hacer todavía, no quería pasar el resto de mi vida entre barrotes.

Ed explotó en una carcajada.

—¿Trazar un plan? ¡Solo está inconsciente! Esto se soluciona rápidamente, ahora lo verás.

—Abrió el grifo del fregadero y el chorro de agua comenzó a caer sobre el torso de Matt.

No tardó ni dos segundos en abrir los ojos. Ed le cogió la cara con una mano y se la sacudió. La cara de Matt, quiero decir, Ed no se bajó la cremallera en ningún momento.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Matt nos miró aturdido.

—¿Qué ha pasado...?

—¿No lo recuerdas? —le preguntó Ed.

—No... ¿Qué...? Esa poderosa luz que se acerca...

—Matt, es el fluorescente —dije.

Ed me miró y volvió a mirar a Matt.

—¿Estás seguro de que no recuerdas nada? —volvió a preguntarle a Matt.

—No... ¿Qué es lo que tengo que recordar?

Ed meneó la cabeza, fingiendo que sentía una enorme compasión por Matt.

—Has resbalado y te has estampado la cara contra el fregadero —dijo.

—¿Qué?? —exclamé.

Ed se giró hacia mí, puso el dedo índice sobre sus labios y abrió sus ojos azules de par en par.

—No vuelvas a entrar por la ventana, amigo, ya ves lo peligroso que es.

Lo miré con la boca abierta, no sabía si reírme o darle una fuerte colleja.

—Sí, lo sé... No es la primera vez que me resbalo —dijo Matt.

—Pues tienes suerte de que estuviera aquí. No quiero ni pensar en lo que podría haberte pasado si no llego a agarrarte a tiempo —dijo Ed.

Ayudó a Matt a salir del fregadero y a sentarse en un taburete. Me seguía pareciendo de goma. No tanto como antes, pero tenía un brazo apoyado en la barra y la cabeza se le iba ligeramente a un lado.

Aunque me caía fatal, estaba preocupada por él. Le puse una mano en el hombro y le pregunté:

—¿Seguro que estás bien?

—¡Matt! —gritó Lucía desde la puerta de la cocina—. ¿Qué te ha pasado? ¿Qué es lo que ha pasado!

—Tranquila, Lucía, solo ha sido una caída tonta —dije en tono calmado.

Ed me miró, negó con la cabeza y vocalizó sin sonido:

—Qué mentirosa.

Fruncí el ceño y abrí la boca, no podía creerme su cinismo.

Matt miró a Lucía como si acabara de tener una revelación.

—¿Cómo es que llegas tan tarde...? —le preguntó.

—Estaba en el gimnasio, Matt.

Matt miró su reloj.

—¿A estas horas?? Son cerca de las ocho y media.

—Son y cuarto, aún queda un poco para la media —dijo Lucía.

Matt arrugó el entrecejo y sus cejas cobraron vida, parecían dos orugas peludas a punto de besarse.

—Te he escrito antes, ¿por qué no me has contestado? —la cuestionó.

Era la primera vez que veía a Lucía y a Matt discutiendo. O, más bien, que veía otra cara de su relación. La actitud de Matt me produjo rechazo, me pareció que ser tonto de remate no era su mayor defecto.

Ed miró a Matt con desagrado y me dijo:

—Salgamos de aquí... este ya se encuentra genial.

Dejamos a Lucía y a Matt discutiendo y nos fuimos a mi habitación. ¿Para qué iba a llevarme a Ed al salón si en un momento esos dos iban a acampar allí? En mi habitación estábamos mejor, teníamos privacidad.

Nos sentamos en mi cama, frente a frente.

—De verdad, qué susto...

—Ha sido en defensa propia, Dorothy, creí que era un ladrón que entraba a robar.

—Lo sé, me pasó lo mismo la primera mañana que pasé aquí. Pero yo no fui tan radical como tú, le aticé con un trapo de cocina.

Eso le hizo gracia.

—¿Le atizaste con un trapo?

—Sí, y la ventana estaba cerrada, así que ni siquiera le hice cosquillas.

Ed se rió y me cogió la nariz.

Me quedé cortada, nunca había tenido contacto físico con él y su gesto me sorprendió. Pero me gustó su olor mezclado con el perfume que utilizaba, descubrí que olía bien.

—No deberías haberte preocupado tanto, no le he pegado tan fuerte. He presenciado puñetazos mucho más salvajes a la salida del pub.

Pues no quería ni imaginármelos, menudo viaje interestelar le había metido a Matt.

—No mientas, casi lo teletransportas a su casa. Vive aquí detrás.

—¿Vive ahí detrás? ¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—¿Lucía y Matt? No lo sé exactamente, pero ella lleva algo así como un año viviendo en Edimburgo. Es española, trabajamos en la misma empresa.

—¿Y por qué no viven juntos? No le veo demasiado sentido a que comparta piso contigo en vez de hacerlo con él.

Me incorporé en la cama, estaba apoyada en un brazo y me puse derecha como si tuviera un muelle en el codo.

Nunca lo había pensado...

Miré a Ed con expresión de admiración. Además de tener un gancho mortal, era muy observador.

—La verdad es que no tengo ni idea. Pero, sí, es raro. Me has hecho pensar...

¿Podía ser que a Lucía y a Matt les pareciera precipitado vivir juntos?, ¿que quisieran conocerse más antes de dar ese paso?

No. Rotundamente, no. Y argumentaré el porqué.

Matt se pasaba la vida entera metido en nuestra casa, incluso tenía un cortapelos de nariz en el cuarto de baño. A veces lo veía rodando por la repisa y no quería tocarlo, le daba con el mango del cepillo para apartarlo de mi vista. Matt era un misterio. Un misterio estúpido, pero un misterio al fin y al cabo. Nunca había logrado entender qué necesidad tenía de equiparse con un cortapelos de nariz para pasar la noche fuera de casa, era imposible que le creciera tanto mientras dormía.

—Así que aquí es donde duerme Dorothy... —dijo Ed. Miró a su alrededor, observando mi habitación—. No es como la imaginaba, creí que tendrías un muñeco de hojalata, un espantapájaros y el peluche de un león.

—Bueno, yo tampoco imaginaba que dormirías con una manta de Bob Esponja.

Me miró confundido, como si no supiera de qué le estaba hablando.

—Oh... —dijo al caer—. Alguien se la dejó en el autobús y nunca la reclamó. Era nueva, estaba metida en su funda. Supongo que la acababan de comprar. —Frunció el ceño y me preguntó—: ¿Qué más te ha contado Sienna?

—¿Sobre qué?

—Sobre nada en especial, no hay nada más que merezca la pena contar. —Sonrió de manera sugerente—. Parece ser que eres buena conductora... Me han dicho que se te da bastante bien conducir por la izquierda.

—Sí, la verdad es que no se me da nada mal. ¿Qué más te ha contado Glen?

—¿Sobre qué?

—Sobre nada, no hay nada más que merezca la pena contar.

Sonreímos de medio lado y cada uno miramos a un punto distinto de la habitación.

De repente, me di cuenta de lo que estaba haciendo y borré la sonrisa de mi cara.

¿A qué había venido eso...?

¿Estaba tonteando con Ed?

Lo miré de reojo y me pregunté qué estaba haciendo en mi casa. Me había llevado un regalo, sí, pero podría habérmelo dado en el autobús. Lo veía casi cada día, no hacía falta que cogiera su coche y fuera hasta Dalkeith. Es más, no sabía por qué me había comprado un regalo. ¿Había visto el chubasquero en un escaparate y había pensado en mí?

No iba a preguntárselo por nada del mundo. No quería saberlo, era algo que podía complicarme la vida. Sienna, mi amiga, me había dicho que estaba loca por él. Además, también podía ser que Ed no pretendiera nada con su actitud, los amigos se hacían regalos. Pensándolo bien, no tenía nada de extraño que estuviera en mi casa, yo había estado en la suya.

Me pareció que Ed también estaba haciéndose preguntas. Me miró un par de veces, abstraído.

Suspiró y se puso de pie.

—Bien, pues ya me voy.

Le acompañé a la puerta, iba caminando de brazos cruzados detrás de él.

—Avísame si Matt empieza a tener convulsiones. No lo dejes pasar hasta que tenga el latido del corazón demasiado débil, ¿vale?

Me eché la mano al pecho, impresionada.

Ed puso los ojos en blanco.

—Es broma, Dorothy. Está como una rosa.

Mientras Ed bajaba la escalera, me asomé por la barandilla.

—¡Ed!

Paró y miró hacia arriba.

—Eres idiota —le susurré.

Sonrió, me guiñó el ojo y se fue.

Cerré la puerta y fui directa a la cocina. La había dejado desordenada y no me apetecía escuchar otro de los sermones de Lucía. Seguramente ya estaba preparándolo, estaría haciendo un borrador con un bolígrafo y un papel. Moví un taburete para colocarlo bien bajo la barra y, al coger el de al lado, vi la chaqueta de Ed.

Fui corriendo a mi habitación con la chaqueta en la mano. Me asomé a la ventana y lo vi en su coche, justo debajo.

—¡Ed! —grité.

Pero ya había arrancado el coche. Subió el volumen de la música y se marchó.

Estábamos en primavera. No era una noche demasiado fría y probablemente creyera que tenía la chaqueta en el asiento de atrás. Era escocés, no le daba miedo pasearse por ahí en manga corta. Supuse que tendría más chaquetas, así que no vi la necesidad de hacerle volver.

Cerré la ventana y me senté en la cama. No debí hacerlo, pero la tentación fue más fuerte que yo. Cerré los ojos, enterré mi cara en la chaqueta de Ed y respiré para oler su perfume.

Capítulo 21

—Dios, es que está tan bueno... No me digas que no le harías un favor...

Ed estaba tocando con su banda en el escenario del Absolutely Scotch y Sienna y yo estábamos sentadas en una mesa justo enfrente. Sienna estaba extasiada, no podía quitarle a Ed los ojos de encima. Ni siquiera me había mirado al hablar. Pensé que, quizá, solo estaba pensando en voz alta.

Me dio con el codo y se giró hacia mí.

—Dime la verdad, Cris, ¿no le harías cualquier cosa que te pidiera? Dime que sí, por favor, no puedo entender que no veas lo guapo que es.

Miré a Ed. Era guapo, claro. Se le hacían esas líneas tan seductoras al sonreír y el azul de sus ojos resaltaba con su pelo oscuro. Era masculino a pesar de llevar esa falda, tenía buen físico. Era un gamberro simpático. Un sinvergüenza con gracia. Olía bien...

Pero no podía decirle todo eso a Sienna, no quería que pensara que me gustaba.

Porque Ed no me gustaba, ¿verdad...?

—Vamos a ver, ¿a qué te refieres con «cualquier cosa»? —le pregunté.

—De verdad, Cris. ¿Qué va a ser? ¿Tan mojigatos sois en España? Me refiero a que si te dejarías que te regara el helecho. Que te despeinara la cotorra. Que te pusiera del revés el peluche. Que te metiera el pendrive.

La miré alucinada. ¿Cuántos sinónimos más de practicar sexo conocía? Podía participar en cualquier concurso televisivo de temática porno, iba a llevarse el premio final con toda seguridad.

—No me ha quedado claro, Sienna. ¿De qué estamos hablando exactamente?

Sienna puso los ojos en blanco.

—Vale, lo he cogido a la primera. Pero no entiendo lo del peluche. ¿No habrás querido decir ponérmelo bocabajo?

—No, he querido decir que te ponga el peluche del revés.

—No se puede poner un peluche del revés, se le sale el relleno.

Sienna se cruzó de brazos.

—Vas a contestarme o no.

Estaba intentando salirme por la tangente, pero no lo conseguía. Sienna no soltaba el hueso.

Me reí y le pregunté:

—¿Por qué te empeñas en saber esa tontería? ¿Qué más te da lo que piense yo de Ed? Lo único que debería importarte es lo que te parece a ti.

Sienna levantó las manos y se echó a reír.

—No lo entiendo, Cris. ¿Por qué no puedes responderme a esa pregunta tan sencilla? Tú misma lo has dicho, es una tontería.

Me rendí. No iba a dejarme en paz hasta que le dijera lo irresistible que era Ed, necesitaba que se lo confirmara para quedarse tranquila. Volví a mirarlo y resoplé.

Estaba sexi con el kilt. Llevaba una chaqueta negra de cuero sobre una camiseta gris oscuro y le quedaba genial con sus botas negras de cordones. Estaba para hacerle una foto y ponértela de salvapantallas. Para ampliarla, enmarcarla y colgártela sobre la cama. Le habrías dado un beso todas las noches antes de irte a dormir. Porque, sí... gritaba SEXO en mayúsculas... Esa era la pura verdad.

Un momento, ¿había dicho «SEXO en mayúsculas»??

Esperaba que no lo hubiera hecho en voz alta.

—Pues no, no dejaría que me despeinara la cotorra ni nada que se le pareciera, Sienna. Ed no es mi tipo. No me pone.

—Aquí tenéis —dijo Glen.

Volvía de la barra con nuestras cervezas, haciendo, sin saberlo, un acto heroico. Sentí que acababa de rescatarme.

Sienna me miró, sonrió levemente y asintió con la cabeza.

Quise pensar que eso significaba que le había convencido mi respuesta. De no ser así, su insistente pregunta habría sido una especie de trampa para comprobar mi reacción, porque, por algún motivo, no se fiaba de mí. Y no quería dar por cierta esa posibilidad, sentía mucho aprecio por Sienna, me negaba a verle un doblez.

—¿No os cansáis de ver a este desvergonzado tocando la gaita? —bromeó Glen—. De Dorothy lo entiendo, imagino que a ella le parecerá algo exótico. Pero ¿a ti, Sienna? Tú eres una lugareña.

—No me parece tan exótico, Glen, en España también tenemos gaiteros —me apresuré a decir—. En el norte son típicos, estoy cansada de verlos. Además, no toca solo, mira qué bien lo hace el de la guitarra eléctrica.

Era el chico que le había dedicado unas palabras divertidísimas a Ed en su fiesta de cumpleaños. No sabía si tocaba bien o lo hacía mal. Pero una cosa la tenía clara, seguía dándome una envidia espantosa su pelazo.

—Da igual que sea escocesa, Glen. Me gusta el sonido de la gaita con más razón aún. Me emociona no sabes cómo, es oírla y se me pone la piel de gallina.

Ya... estaba tan emocionada que le lloraba hasta el buñuelo, seguramente lo tenía empapado en lágrimas... Y qué decir de su piel de gallina, incluso la había oído cacarear. Estaba segura de que Sienna había puesto un huevo.

Miré hacia otro lado y desconecté de la conversación, Glen y Sienna se habían puesto a hablar sobre los distintos himnos de Escocia. Parecía ser que había algún debate nacional al respecto y creía que eso a mí, como española, no me incumbía.

De repente, algo helado se coló en mi canalillo. Di un respingo y metí la mano rápidamente bajo mi jersey. Era un cubito de hielo. Tenía los brazos apoyados en la mesa y el jersey caído en la parte del escote, formando un hueco, cosa que alguien había aprovechado para colármelo.

Miré a mi alrededor y, de manera instintiva, puse los ojos en Ed. Era obvio que me lo había colado él, estaba riéndose sobre el escenario.

Miré a Sienna de reajo. Por suerte, seguía debatiendo sobre el himno de Escocia con Glen, no vio lo que acababa de pasar. Pero me sentí incómoda de todas formas. Y eso me molestó.

Tenía que cambiar de mentalidad, no podía seguir sufriendo esa tensión cada vez que estaba con Sienna y Ed. Mi intención no era causar problemas y, mucho menos, hacer daño a nadie. Pero las acciones de los demás escapaban a mi control y yo no era quién para decirles cómo debían actuar. Lo único que podía hacer era darle normalidad a lo que hicieran y seguir a lo mío. Sin más. Sí, existía otra opción, pero me parecía injusta, ¿por qué tenía que cortar toda relación con Ed? En cualquier caso, me habría sido imposible, tenía que coger el autobús para ir a trabajar cada día.

—Te lo debía —dijo bajito. Lo tenía detrás, ligeramente inclinado sobre mí—. Recuerda que me tiraste cacahuets como si fuera un vulgar mono pulgoso. No tienes corazón, Dorothy. ¿No sientes remordimientos?

Me giré hacia atrás y lo miré.

—Pues no. Igual que a ti no te remuerde la conciencia pegarle a un pobre idiota. ¿Qué culpa tiene él de ser un imbécil y un avergüenzamadres?

Ed se puso erguido y me miró con fingido asombro.

—Eres odiosa... ¿Encima quieres hacerme llorar? —Puso su cerveza sobre la mesa y se sentó con nosotros.

Apreté los labios y me reí. Menudo teatrero, Matt no le daba la más mínima lástima. Seguramente le habría dado un segundo puñetazo de no haber sido ilegal, uno por parecer un ladrón y el otro por tonto.

Sienna estiró el cuello hacia Ed y le preguntó:

—¿¿Te has pegado con alguien??

Dejó con la palabra en la boca a Glen. Al ver a Ed aparecer, ya no le interesaba la conversación que estaba teniendo con él.

Miré a Glen y le sonreí, me supo mal que Sienna le ignorara con tanto descaro.

—¿Qué? Claro que no —dijo Ed—. ¿Qué clase de gentuza va repartiendo guantazos por ahí hoy en día? Estamos en el siglo XXI, Sienna. La violencia nunca, nunca debe ser la solución. —Puso énfasis a sus palabras con un conciso movimiento lateral de su mano.

Giré la cara hacia él lentamente y me quedé mirándolo mientras le daba toquecitos con el dedo al arete de mi oreja derecha.

Ed se hizo el sorprendido, me miró como si no supiera por qué le miraba así.

—¿Qué pasa? ¿No estás de acuerdo? —me preguntó.

—Por supuesto. Claro que sí...

¿Qué otra cosa podía decir? No podía contar lo que había pasado con Matt, eso me habría obligado a dar explicaciones que no me apetecía dar.

Pero me alegré de que mintiera a Sienna. No hizo falta que le advirtiera de que no le contara que había estado en mi casa. Ed era listo. Y además se podía confiar en él.

—¿Ed...? —dijo Sienna.

Ed se echó hacia adelante y puso atención.

—Estoy pensando comprarme un coche. Uno de segunda mano. El mío ya está fatal, cualquier día me deja tirada por ahí. Pero no entiendo mucho de esos temas y me da miedo que me timen. ¿Te importaría acompañarme a verlo?

Fue toda inocencia. Si hubiera llevado puesto un babero y unos patucos la habrías acunado y le habrías puesto el chupete.

—Claro, no hay problema —dijo Ed.

Sienna se echó hacia atrás en su silla, dando un respingo.

—¡Vale! Te llamo y quedamos.

Un chico pelirrojo y corpulento se acercó a Ed. Él se levantó para saludarle y nos dio la espalda. Un momento después, la pantalla de mi teléfono se iluminó.

Lo cogí de la mesa y abrí el mensaje, era de Ed.

«Fue un acto reflejo, Dorothy, estrictamente en defensa propia».

Lo miré de reojo. Asentía a lo que el chico le decía, pero debía de tener el teléfono en las manos. No podía vérselo, pero su mensaje estaba recién enviado.

Apoyé mi teléfono en el borde de la mesa y escribí:

«Ya lo sé, estaba de broma. Cualquiera habría hecho lo mismo o algo parecido».

Un momento después, volvió a escribirme.

«¿Te das cuenta de que podríamos haber pasado la eternidad juntos, Dorothy...? Habríamos compartido una celda estrecha y oscura, dormido sobre un colchón lleno de excrementos de ratones. Habría sido TAN maravilloso... Debería haberle matado».

Se me escapó un poco la risa. Bajé la cara y escribí:

«Eso jamás habría pasado. Pensaba delatarte en cuanto llegara la policía. Es más, iba a decirles que no te conocía de nada».

Miré a Ed y lo vi asintiendo con la cabeza, incluso la ladeó como si pusiera atención en su interlocutor. Pero no era así, pronto me llegó otro mensaje.

«No te creo, Dorothy, sé reconocer a una asesina sanguinaria como tú en cuanto la veo y recuerdo bien que querías trazar un plan... Me gusta tu lealtad. ¿Has pensado alguna vez que tú y yo podríamos hacer el mal en este mundo como no se había conocido antes? Piénsatelo y dame una respuesta... tengo cinta aislante y una pala en el maletero del coche».

Apoyé el codo en la mesa y media cara en mi mano para esconderla, muerta de risa.

—¿De qué te ríes? —me preguntó Sienna.

Me sobresalté, pero conseguí inventarme algo con rapidez.

—De mi madre, mis padres se van de crucero y está llenando la maleta de cosas inservibles. Ahora vengo, voy a por más cervezas.

En cuanto llegué a la barra, le pedí a Ed que, por favor, parara ya. Una cosa era relacionarme con él con normalidad y otra distinta hacerlo a espaldas de Sienna con nocturnidad y alevosía. No podía hacerle eso, era mi amiga.

Miré a Ed. En cuanto le envié el mensaje, le dio una palmada en el hombro al chico con el que estaba hablando y volvió a sentarse como si nada. Nadie habría dicho que habíamos estado escribiéndonos. Era el cómplice perfecto para cometer un asesinato, podía ser verdad que tuviera cinta aislante y una pala en el maletero del coche.

Mientras sacaba la tarjeta de crédito para pagar, el guitarrista de la banda de Ed se apoyó en la barra junto a mí.

Levantó la mano y exclamó:

—¡Una pinta, Mel!

Sonreí y lo miré, todavía recordaba su discurso en la fiesta de Ed. Me hizo reír con tantas ganas que quise hacérselo saber.

Me giré hacia él y lo saludé.

—¡Hola!

—Hola. ¿Te conozco?

—No, pero yo a ti sí. Estuve en la fiesta de cumpleaños de Ed. Solo quiero decirte que tu discurso me pareció divertidísimo, me hiciste llorar de la risa.

Me observó unos segundos. Frunció el ceño y, lentamente, sonrió.

—Oh... —Miró hacia la mesa que ocupada con Ed y volvió a mirarme—. Creo que yo también te conozco, tú eres la famosa Dorothy... Sí, Ed no para de hablar de ti.

Miré hacia Ed con la boca entreabierta.

—Sí... Bueno, no... —titubeé—. Me llamo Cris. Pero, sí... Ed me llama así.

Por mi manera de reaccionar, se dio cuenta de que había metido la pata.

Se rascó la nuca y apretó los labios. Recorrió con sus ojos verdes todo el pub.

—Bueno, es una película famosísima. Quiero decir, ¿quién no ha visto *El Mago de Oz* alguna vez? Y si no la han visto, habrán leído el libro... Creo que tiene más de un siglo, imagínate la de gente que lo habrá podido leer.

Asentí, todavía asombrada por lo que acababa de descubrir.

—Claro. Puede ser, sí.

—Bueno, me llamo Sam. Encantado de conocerte. —Nos dimos la mano, cogió su cerveza y se marchó como si le persiguiera la policía.

Pagué las cervezas y comencé a llevarlas a la mesa. Glen se me quedó mirando y me preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí...

Dio un respingo hacia atrás.

—¿Estás segura?

—Claro, estoy genial. —Sonreí de oreja a oreja.

—Te ayudo, voy a por el resto de las cervezas.

—¡No! No te preocupes, las traigo yo.

Necesitaba pasar un instante a solas porque no era verdad que estuviera genial. En cuanto di la espalda a la mesa, mi sonrisa desapareció y una expresión de preocupación se instaló en mi cara. Estaba bloqueada, no tenía ni idea de qué hacer con lo que acababa de oír.

Volví a la mesa con las cervezas que faltaban y me senté. Ed me sonrió de manera traviesa, supuse que por los mensajes que nos acabábamos de enviar. Pero algo raro debió ver en mí, porque, poco a poco, se puso serio y su mirada fue de desconcierto.

Esperaba poder encontrar un motivo alternativo y creíble a lo que había dicho Sam, porque, de no ser así, intuía que podía desatarse una tormenta. Iban a llover ranas y sapos, podía ser tan espectacular que ni siquiera mi nuevo chubasquero iba a poder protegerme de ella.

Capítulo 22

—Buenos días, Dorothy.

—Buenos días, Glen.

Le sonreí, pasé mi tarjeta de transporte por el sensor de validación y me quedé de pie, cerca de él.

—¿Qué tal estás? ¿Has dormido bien? —me preguntó, sonriente.

Glen era un encanto, no me cansaba de decirlo. Cuando me llevaba al trabajo, hacía mejores mis mañanas. Era tan agradable que, si me había levantado de mal humor, cambiaba mi estado mental sin darme cuenta. Era una persona excepcional, el mundo era un sitio mejor porque lo habitaba Glen.

—Sí, he dormido como un bebé. Incluso he soñado que me estaban saliendo los dientes.

Glen se echó a reír, podía ser que yo también le alegrara un poco las mañanas.

Me observó por el espejo retrovisor.

—Me gusta tu chubasquero. Te siente bien. Nunca te lo había visto, ¿es nuevo?

Me mordí el labio y bajé la vista al suelo.

—Eh... sí. Lo vi en un escaparate de Princes Street y, bueno, me lo compré. Hacía tiempo que quería tener uno.

Me sentí mal por mentirle. Pero no quería que nadie supiera que me lo había regalado Ed. ¿Por qué? No estaba segura al cien por cien.

—¿Qué es lo que pone detrás? Me ha parecido que tiene un texto.

Me di la vuelta y me señalé la espalda con los pulgares.

—No existe el mal tiempo, solo la ropa inadecuada —contesté.

Glen asintió, complacido.

—Sí, es un refrán escocés. Y deberías tenerlo presente siempre que eches de menos el sol, no me gustaría nada que nos dejaras.

Me sentí todavía peor al oírle decir eso. Glen era amable y tenía buen corazón, se preocupaba por mí. No se merecía que le mintiera.

Apoyé la espalda en la barra del sensor de validación, me crucé de brazos y suspiré. Hacía un día horrible, no había parado de llover desde la noche anterior. Lo de Escocia con la lluvia era inaudito, no había visto caer tanta agua en mi vida como desde que vivía allí.

Miré la carretera, pensativa.

—¿Cuándo llegará la primavera, Glen?

—Estamos en primavera, Dorothy.

—Lo sé. Pero es como si no hubiera llegado, no hay alergias por el polen ni orugas procesionarias, seguro que tenéis unos perros muy sanos.

Glen soltó una carcajada.

—¿A qué viene eso? ¿Quieres que te dé una alergia?

—No.

—¿Quieres adoptar un perro?

—No podría, mi compañera de piso es una maniática de la limpieza. Bueno, de la limpieza y de todo lo que se te pueda ocurrir. Compartir casa con ella es como caminar por un campo de minas, nunca sabes qué nueva molestia le vas a ocasionar.

Estaba convencida de que Lucía no estaba bien. Un par de días atrás, me miró como si

hubiera degollado a un gatito porque creía que había utilizado su manta de ver la televisión. No lo había hecho, por descontado, solo estaba doblada de manera diferente porque la había movido para sentarme en el sofá. No me habría tapado con ella ni aunque hubiera tenido síntomas de hipotermia, Matt la utilizaba y a saber qué hacía ahí debajo con las manos.

—Bien, pues si no quieres adoptar un perro ni te apetece tener un brote de alergia, disfruta de la lluvia, Dorothy. Ya llegará mejor tiempo. Además, el agua es vida, gracias a ella, tenemos esos paisajes tan maravillosos.

—Lo sé... el agua es muy necesaria para la vida.

Me había sucedido algo curioso. Echando la vista atrás, nunca habría pensado que fuera posible, pero así había sido y estaba sorprendida. Había superado mi obsesión, ya no llevaba la plancha del pelo en el bolso. Me la pasaba por la mañana antes de salir de casa y apenas comprobaba mi peinado durante el día. Sí, lo hacía alguna que otra vez. Pero, si me disgustaba lo que veía en el espejo, me retocaba el pelo con los dedos y continuaba con mi vida. Podía ser que ya no me preocupara tanto gracias a Ed, me había comentado que mi corte bob le parecía sexi y quizá me lo había creído. Pero a lo mejor también me había dado cuenta de que luchar contra la humedad de Escocia era una batalla perdida. El caso es que parecía que había hecho las paces con mi pelo y eso me había dado mucha paz.

—¿Qué hay de los sitios que querías visitar? ¿Algún plan a la vista?

—De momento no. Pero, sí, me gustaría hacerlo. Puede que cuando deje de llover.

Glen me miró por el espejo retrovisor.

—Dorothy... sabes que eso no va a pasar. Aquí llueve todo el año. Seguramente menos en verano, pero no es ninguna garantía. Además, recuerda lo que pone en tu chubasquero.

—Ya... No existe el mal tiempo, solo la ropa inadecuada. Y que te falte vitamina C.

Glen negó con la cabeza, divertido.

—Yo nunca me resfrío. ¿Sabes por qué?

—No.

—Por el haggis, los pulmones de oveja dan superpoderes.

Hice un mohín, imaginarme esa cosa rosada y sangrienta me dio un asco terrible.

—¿Por qué has tenido que mencionar esa guarrería? Se me va a cortar la leche del café.

Habíamos parado en un semáforo y Glen se giró hacia atrás.

—Oye... —dijo.

—¿Sí?

—El abuelo de Ed vive en el valle Glencoe. Es un lugar precioso. ¿Lo conoces?

Levanté la cejas y fruncí los labios, pensando si alguna vez había oído hablar de él.

—Pues... no. Creo que no.

Fue decir eso y, un segundo después, recordar que Ed lo había mencionado. Fue una de las primeras mañanas que hablamos en el autobús, me comentó que su abuelo tenía una casa y ovejas en ese lugar. Fue el día que le llamé soplagaitas, ahora me acordaba bien.

—Podríamos intentar cuadrar turnos con los compañeros y pasar un fin de semana allí —dijo Glen—. Bueno, no sería un fin de semana completo, supongo que solo podríamos escaparnos la tarde de un sábado y la mañana del domingo. Pero sería suficiente para que pudieras ver lo bonito que es. Y estoy seguro de que nos lo pasaríamos bien. ¿Qué dices? ¿Te apetece? Podríamos ir los cuatro, Ed, Sienna, tú y yo.

—Pues... no sé qué decir, me has cogido por sorpresa.

No sabía si quería pasar un fin de semana con Ed y Sienna. Podía darme una subida de presión arterial, Ed se pondría a bromear conmigo y probablemente Sienna no me quitaría los

ojos de encima. No iba a poder disfrutar. Por mucho que me hubiera propuesto cambiar de mentalidad respecto a ese asunto, sabía que iba a pasar momentos de tensión.

No, no creía que quisiera ir, podía ser un suplicio más que una escapada divertida.

—Cómo que no sabes qué decir —dijo Glen—. Está a menos de tres horas de aquí en coche y el trayecto es precioso. ¿No era eso lo que querías hacer?

Me puso en un compromiso. No sabía qué excusa darle porque tenía razón, yo misma le había dicho que quería salir de Edimburgo y ver un poco el país.

Encendí la pantalla del móvil y busqué el lugar en internet. Me pareció una maravilla, todas las fotografías mostraban montañas sinuosas, cascadas y verdes prados. Era indiferente que brillara el sol o que el cielo estuviera cubierto de enormes nubes plumizas, todas las fotos eran perfectas. El valle de Glencoe era el paraíso, un paraíso escocés.

Pero seguía sin parecerme buena idea ir los cuatro juntos, tenía el presentimiento de que no debía hacer ese viaje.

—Somos muchos, Glen, no quiero molestar al abuelo de Ed —me excusé.

—No te preocupes por eso, le gusta tener visita, hemos ido un par de veces varios amigos con Ed. Vive apartado y solo. Bueno, con las ovejas. —Me miró y se rió—. Te caerá bien, ya lo verás. Es un poco especial, pero es buena persona.

Ese «un poco especial» me sonó a «no te asustes cuando lo conozcas». Pero ese no era mi motivo para no querer ir. Me gustaban las personas diferentes, me parecían divertidas.

—Bueno, no lo sé. Me lo pienso y te digo algo.

Glen me miró con una sonrisa, sus ojos castaños se llenaron de un afecto que no supe cómo interpretar.

—Espero que sea un sí, Dorothy. Me encantaría pasar ese fin de semana contigo.

Lo dijo de tal manera que me dejó algo preocupada. Lo último que quería era hacerle daño a Glen, no quería que se llevara una decepción.

—Bueno, voy a ganarme la vida un rato. Que tengas un buen día —dije simpática.

Glen se despidió de mí. Bajé del autobús y me dirigí al trabajo.

Capítulo 23

—Me ha escrito Glen.

—¿Qué?

—Que Glen acaba de escribirme. Dice que no quieres ir a Glencoe, ¿cómo se te ocurre? Tienes que ir, vamos los cuatro.

Solo hacía una hora que me había bajado del autobús y Glen ya había escrito a Sienna para convencerme de que hiciera esa escapada. No quería, seguía pareciéndome mala idea.

—Le he dicho que me lo pensaría, Sienna. Y de eso hace solo una hora, no me ha dado tiempo de darle unas vueltas.

Levantó las manos, asombrada.

—Pero ¿qué es lo que tienes que pensar? Nosotras no trabajamos los fines de semana, ellos se lo pueden combinar para coincidir y es un sitio muy bonito. No entiendo lo que quieres decir con «darle unas vueltas». ¿¿Prefieres pasar tu tiempo libre en casa con Lucía y Matt??

Lo dijo tan alterada que Lucía apartó la vista de su ordenador y nos miró.

—Sienna... ¿te importaría bajar el volumen? Te ha oído —dije.

—Ya, y a mí qué —contestó de mala manera.

Eso me molestó. Quizá para Sienna no era un problema tener mala relación con Lucía, pero para mí sí. Compartíamos piso y eso podía empeorar aún más nuestra convivencia. No me apetecía verme en esa situación, por mi paz mental.

Lucía levantó el labio y le giró la cara a Sienna. Estaba claro que no se podían ni ver.

—Vale, lo siento... —se disculpó Sienna. Se inclinó hacia mí desde su silla y susurró—: Es que no te entiendo, Cris. No tienes nada mejor que hacer, no puedo comprender que no quieras pasártelo bien.

—No es que no quiera pasármelo bien, solo le he dicho a Glen que, bueno... ya se vería. No me parece algo tan urgente de concretar, no es cuestión de vida o muerte.

No estaba siendo sincera. Pero sí que era verdad que no era necesario que lo concretáramos con tanta urgencia en caso de que decidiéramos ir, no entendía por qué Sienna se lo estaba tomando casi como un objetivo que alcanzar en su vida.

O sí... Sí que podía ser que lo entendiera...

Si yo no iba, era poco probable que Sienna pudiera pasar un fin de semana con Ed.

Honestamente, no creía que Sienna le atrajera. Me daba la sensación de que Ed le daba largas, pero Sienna no era de rendirse con facilidad. Me fue a la mente aquella frase que pronunció en los lavabos del Absolutely Scotch el día que lo conoció:

«No pienso dejarle escapar».

Suspiré y cambié mi actitud. No quería discutir con Sienna ni que estuviéramos enfadadas. El tema no era para tanto, no merecía la pena. Me puse a bromear para calmar los ánimos.

—No me gusta el campo, vas pisando boñigas todo el día.

Sienna se echó a reír.

—¿Qué dices, Cris?

—Las ovejas me dan miedo. Tienen esa mirada ausente y nunca sabes qué están pensando. Nada bueno, seguro.

—Cris, las ovejas solo piensan en pastar, son lo más mono que hay.

—Pues serán las de aquí, en España son unas confabuladoras peligrosas. Qué poco mundo

has visto, Sienna, deberías viajar más.

Me sentí mejor al verla reír, la pequeña discusión que habíamos tenido ya estaba olvidada.

Tecleé en mi ordenador y le pregunté:

—¿Al final te has comprado el coche?

—¿Qué?

—El coche de segunda mano. ¿No ibas a ir a ver uno con Ed?

Se giró hacia mí, sonrió de medio lado y se me quedó mirando.

Me quedé a la espera de que contestara, desconcertada, no entendí su misteriosa actitud.

—No... no acabé comprándolo.

—¿Por qué? ¿No era lo que esperabas?

—La verdad es que ni siquiera llegué a verlo.

Pensé que Ed no habría podido acompañarla, que habría tenido algo que hacer.

—¿Ed no pudo acompañarte?

—Sí, pero se nos fue el tiempo. Estuvimos haciendo cosas más... cómo te diría... más interesantes.

La velocidad que llevaba dándole a las teclas se redujo de manera drástica.

—Ah...

—Sí. —Sonrió con picardía y se giró hacia su ordenador—. Ya te contaré, Ed es todo lo que promete y más. —Me guiñó el ojo y se puso a trabajar.

Capítulo 24

—¿Cómo que no quieres ir a Glencoe?

Levanté la mano para parar a Ed y dije:

—Déjalo. No hace falta que intentes convencerme. Te lo puedes ahorrar, voy a ir.

Pasé mi tarjeta de transporte por el sensor de validación y me senté de golpe en un asiento cercano a él.

Ed se echó a reír, sorprendido.

—¿Qué te pasa? ¿Es otra vez tu pelo?

—No.

—¿Se te ha echado a perder la mascarilla?

—No.

—¿Nadie compra tus ungüentos?

Lo miré con cara de mala leche a través del espejo retrovisor.

—Ah, ya sé... Esa cara solo puede significar una cosa, Matt ha vuelto a entrar por la ventana y al saltar desde el fregadero ha caído en tu plato macarrones.

Casi me río, giré la cara hacia la ventanilla para que no se diera cuenta.

—No, tampoco es por eso. Además, ¿por qué tendría que haber caído precisamente en un plato macarrones?

—Bueno, no sabes cocinar. Solo puede haber sido en un plato de macarrones con salsa de tomate o de arroz tres delicias. Pedido online, claro.

No quería bromear con Ed, estaba enfadada. Pero no tanto con él como conmigo misma, me había hecho una película que habría sido la envidia de Steven Spielberg. Iban a darme un premio al mejor guion. Me iba a hacer tan famosa que me darían las llaves de mi ciudad. Seguramente me harían hija predilecta. Yo iba a ser quien diera el pregón en las próximas fiestas.

Ed volvió a reírse y me preguntó:

—En serio, ¿qué te pasa?

—No me pasa nada, es solo que soy idiota.

—Venga ya... no lo eres, Dorothy. Pero, haciendo una excepción, voy a dejarte tranquila. No sé... no te veo como siempre.

Saqué mi móvil del bolso y me puse a leer publicaciones de las redes sociales. Hasta que no se me pasara el enfado, no quería hablar con Ed. Me daba miedo soltarle una mala contestación, pero, esta vez, en serio, y que pudiera arrepentirme de ello después.

Miré por la ventanilla y sacudí la cabeza. Me sentía estúpida, había estado pasándolo mal sin ningún motivo, sobre todo desde que Sam me dijo que Ed no paraba de hablar de mí. Había estado cohibida mientras los demás hacían lo que les apetecía a mis espaldas. Pero lo tenía merecido, todavía no había aprendido que no todo el mundo tenía tanta consideración como yo y que sus intenciones no eran siempre tan buenas como las mías.



Alexia, ¿recuerdas cuando te dije que los escoceses eran campeones mundiales hincando el codo en la barra?, ¿que eran propensos a darse a la mala vida a la mínima de cambio? Pues estaba siendo benévola, ese no es su peor defecto, esconden un secreto peor... Es imposible saber qué está pensando un escocés. No son como nosotros, perfectos. Parecen extrovertidos, pero es porque siempre están borrachos. No les sacarías un solo detalle de su intimidad ni aunque les amenazaras con obligarles a ver Eurovisión, creo que el monstruo del lago Ness se esconde allí para no tener que dar sus datos personales a un casero. Dudo que esta gente acepte las cookies de las páginas web, seguramente para ellos es como entregarles como ofrenda a su primer hijo varón. Son muy celosos de su intimidad, no sé qué tienen que esconder, pero seguro que no es algo bonito... ¿Por qué me has enviado a Escocia? ¡Dime! Aunque no hace falta, parece que te esté viendo, me apuesto lo que quieras a que ya te has hecho tu primer salmorejo en mi robot de cocina.

Capítulo 25

Aquella era mi tercera tortilla de patatas. Estaba empeñada en que una me saliera medianamente bien y no pensaba rendirme hasta que eso sucediera. Es que no lo entendía, había visto el videotutorial más de diez veces y creía haberlo seguido a la perfección. Me parecía inexplicable que algo tan sencillo se me diera tan mal. Solo llevaba tres ingredientes, los más humildes del mundo. ¿Por qué me miraban por encima del hombro desde la sartén con esa altivez?

Me limpié las manos en el trapo de cocina y agarré el teléfono.

«¿Madre...? ¿Podrías explicarme por qué mi tortilla de patatas parece que esté reteniendo a un rehén? Se ha atrincherado en el fondo de la sartén y no quiere salir de ahí».

Resoplé, solté el teléfono en la encimera y comencé a despegar la tortilla con una espátula.

En realidad, ni siquiera parecía una tortilla de patatas. Es más, parecía cualquier cosa menos una tortilla de patatas. Era un engendro del diablo, tenía dos cuernos y un rabo. Las patatas de la primera me habían quedado crujientes. No por fritas, por crudas. Con la segunda no me había ido mejor, la sartén había ardido en llamas y la cebolla se me había carbonizado. Y la tercera, bueno... qué podía decir sobre ella... Me daba miedo mirarla, temía que fuera a lanzarme un conjuro.

No podía más, una cuarta iba a ser demasiado para una tarde. Pero no quería darme por vencida, sabía que iba a meterme en la cama sintiéndome una fracasada.

—¡Eh! Ni se te ocurra decir algo —advertí a Matt.

Me giré hacia él, amenazándole con la espátula.

Acababa de entrar por la ventana y se había quedado mirando los desagradables trozos de mi tortilla. No necesitaba su opinión sobre ella, no estaba de humor.

Levantó las manos y se hizo el sorprendido.

—Uh, qué recibimiento... ¿No te alegras de verme?

Salió de la cocina y le seguí con la mirada hasta el cuarto de baño, con los ojos entrecerrados. Sabía qué iba a hacer. Y no lo podía soportar.

Entre las muchas «virtudes» de Matt, se encontraba la de venir a casa a defecar. Sí, a bajar la parte trasera del camión y descargar el hormigón. Se metía allí, plantaba media hectárea de pinos y, seguidamente, salía por la ventana y volvía a su casa. Nuestro cuarto de baño solo tenía una pequeña rejilla de ventilación y el rastro de Matt tardaba en desaparecer. A veces sabía que había estado en casa por ese motivo. Sentía curiosidad por saber el porqué de que hiciera ese viaje tan absurdo solo para eso, podía ser que su váter fuera un agujero en el suelo. Pero me caía tan mal que no quería preguntárselo, prefería quedarme con la duda que hablar con él.

«¿Madre? Veo que sigues ignorándome, ni siquiera la distancia ha hecho que vuelvas a tenerle cariño a tu hija, ¿verdad...? No me necesitas, ya tienes a quién hacerle las croquetas. Tu nieto ya puede masticarlas con ese diente. Pero volverás a mí cuando empiece a escuchar trap latino y te llame “bro”. Recuérdalo, madre, recuérdalo...».

—Oh...

Acababa de recordar que mis padres estaban de crucero, mi madre me había enviado una foto con mi padre, tomándose un cóctel en la piscina del barco. Seguramente no me había contestado por eso. A lo mejor ni siquiera tenía cobertura.

—¡Madre mía, Cris! ¡Qué es todo esto!

Lucía acababa de llegar y, de manera incomprensible, se había echado las manos a la cabeza. El desorden de la cocina no era para tanto, solo había una docena de cáscaras de huevos rodando por la encimera, un chorreón de aceite que caía desde el fogón hasta la puerta del horno, un trapo de cocina tirado en el suelo y una capa de cebolla pegada a los azulejos.

—¿Qué te pasa, Lucía? ¿Te encuentras bien? —Le di con el talón al trapo de cocina y lo metí debajo del fregadero.

Lucía apoyó un brazo sobre la barra y la frente sobre él.

—No puedo. No puedo soportarlo...

Le puse una mano en la espalda.

—¿Te ha pasado algo en la calle? Puedes contármelo, Lucía. Si está en mi mano, te ayudaré.

A ver, la cocina no estaba como las de las revistas, la verdad. Pero tenía solución. Iba a limpiarla en cuanto acabara, no pensaba dejarla así.

Lucía se incorporó y, mirando al infinito, comenzó a picotear trozos de tortilla. Se me habían caído unos cuantos sobre la barra. Estaba conmocionada, no creía que supiera lo que estaba haciendo.

—¡Lucía! ¿Ya estás comiendo?

Giré la cabeza hacia atrás y miré a Matt, estaba abrochándose el botón del pantalón. Le oí, sabía que se había quedado en la gloria. Me apostaba lo que fuera a que había perdido dos tallas de cintura.

Lucía dio un respingo, alarmada.

—No, para nada. Solo quería saber si los huevos son de corral. —Meneó la cabeza y añadió —: Parece ser que ahora Cris compra los mismos que yo...

Me crucé de brazos y la miré con el entrecejo fruncido.

¿Había vuelto a llamarme birladora de huevos?

Estaba segura de que sí.

—Cariño, espero que estés siendo sincera. No quiero que después empieces a quejarte de lo gorda que estás, ¿vale? Ya hemos pasado por eso muchas veces.

Eché la cabeza hacia atrás.

—Oye, Matt... —dije.

Lucía no me dejó terminar, le puso una mano en la espalda y lo sacó de la cocina.

—Vamos, Matt, quiero enseñarte algo. Te he comprado un reposapiés.

Me quedé con la boca abierta. El comentario de Matt me pareció perverso, soltado con mala intención. ¿Estaba metiendo ideas tóxicas en la cabeza de Lucía?

¿Por qué...?

De repente, Lucía se asomó por la puerta.

—Cris.

—¿Sí?

—No me gusta meterme en los asuntos de los demás, igual que no me gusta que los demás se metan en los míos... Pero recuerda esto, Sienna rima con hiena.

Me quedé mirando el vacío que había dejado al desaparecer, pensando en esa especie de acertijo.

Capítulo 26

Había parado de llover. Había estado haciéndolo casi todo el camino, pero las nubes acababan de darnos un respiro. Tenía la ventanilla del coche bajada hasta la mitad. El aire entraba y me daba en la cara. Mi pelo estaba revolviéndose, pero no me importaba, me gustaba aquel olor a turba y a vegetación mojada por la lluvia. Estábamos pasando por una carretera solitaria que cruzaba las montañas, parecía que no había nadie más en el mundo. Era perfecto, solo nos rodeaba silencio y naturaleza espectacular. Me sentí afortunada de poder estar haciendo ese viaje, me alegré de haber dicho finalmente que sí a la escapada.

Miré a Ed por el espejo retrovisor de su lateral y me sonrió, él también acababa de mirarme por ahí. Glen conducía y yo iba detrás con Sienna, que llevaba un buen rato dormida. No lo entendía, estaba perdiéndose las preciosas vistas por echarse una cabezada. Glen tenía razón, el trayecto hasta el valle de Glencoe era precioso. Había verde allí donde miraras y algunas montañas todavía tenían restos de nieve en las cimas, las nubes las envolvían como si fueran algodón de caramelo. Incluso habíamos encontrado ciervos y vacas con flequillo por el camino, estábamos en las Tierras Altas. Todo era como lo había imaginado antes de mudarme a Escocia, estaba viviendo una fantasía.

Glen me miró por el espejo retrovisor del parabrisas y sonrió.

—¿Qué te parece? —me preguntó.

Suspiré, contenta.

—¿Qué podría parecerme? Mágico.

—¿Te lo dije o no? Y tú no querías venir.

Sienna se despertó y preguntó, adormilada:

—¿Queda mucho?

—No, ya casi hemos llegado. Es pasadas las Tres Hermanas —dijo Ed.

—Espero que sea verdad —dijo Sienna—. Tengo el estómago revuelto, creo que me ha sentado mal el café que me he tomado antes de subirnos al coche.

—Avisa con tiempo, por favor. Glen es muy delicado, no le gustan las salpicaduras en los asientos —dijo Ed.

—No, no me gustan —replicó Glen—. Sobre todo sentarme en ellas cuando entro a trabajar.

—Solo era un poco de batido y virutas de chocolate, Glen. No es para tanto. El uniforme del trabajo se lava muy bien, sale como nuevo de la lavadora.

Seguía molesta con Ed, pero me daba rabia sentirme así porque no tenía un motivo razonable. Ed y yo solo éramos amigos, había dicho mil veces que no me atraía y no era nadie para recriminarle que tuviera lo que le apeteciera con Sienna. Además, sabía que Sienna estaba loca por él, era normal que lo hubiera perseguido hasta conseguirlo. Estaba siendo injusta, tampoco tenía derecho a estar molesta con ella.

—¿Qué son las Tres Hermanas? —pregunté.

—Tres montañas, las guardianas del valle —dijo Ed—. ¿Sabes por qué le llaman el valle de las lágrimas?

—No.

—Asesinaron a varias decenas de miembros del clan MacDonald aquí hace siglos. Ya sabes, a los escoceses nos encantan las batallitas. Y contarlas todavía más.

—¿Ese MacDonald no tendrá algo que ver con las hamburguesas? —le pregunté.

—¿Tienes hambre? —dijo Ed.

—Sí. ¿Cómo lo has sabido?

Se giró hacia atrás y me miró, riendo.

—No te preocupes, mi abuelo siempre tiene haggis en la nevera.

Puse los ojos en blanco.

—Siempre igual, qué asco. No debería haber tirado las tortillas de patatas.

Abrí mi bolso, saqué una galleta shortbread y me la metí en la boca. Iba preparada, por si me veía en la obligación de hibernar.

Pasamos junto a esas montañas, las Tres Hermanas. Había una estrecha cascada entre ellas que nacía de la nieve de la cima de la central y que las hacía aún más bonitas y dramáticas. No podía estar disfrutando más, me sentí orgullosa de que aquel fuera ahora mi hogar.

Salimos de la carretera principal y nos adentramos en una zona más cerrada del valle. Allí, en la ladera de una montaña, había ovejas pastando plácidamente cerca de una casa. Era blanca, tenía el tejado de pizarra y un cobertizo detrás. Glen condujo por un camino de tierra y paró el coche frente a la casa.

Bajamos y el abuelo de Ed salió a la puerta. Para ser sincera, me pareció un señor de lo más normal. No entendí a qué pudo venir la advertencia de Glen. Debía rondar los ochenta años, pero era robusto y parecía estar en forma. Iba vestido con una camisa de franela, un chaleco relleno de pluma y un pantalón de pana. Tenía el pelo casi blanco, lo habitual a esa edad. No pude ver nada en ese hombre que estuviera fuera de lugar.

Ed levantó la mano para saludarlo y su abuelo preguntó:

—¿De quién es esa mierda de coche?

Ah... pues sí. Creía que ya entendía por dónde iba la cosa.

—Es de Glen, abuelo. Pero no está tan mal, solo es moderno —dijo Ed, divertido.

El coche de Glen era un modelo nuevo y estaba genial. No era, para nada, una porquería.

El abuelo de Ed sacudió la cabeza.

—Prefiero mi furgoneta con la ventanilla estropeada. Ahí se te deben recalentar las pelo...

—¡Lo sé! —le cortó Ed—. Sé lo que vas a decir, me lo puedo imaginar.

—Tiene aire acondicionado, señor Campbell —dijo Glen.

Me aguanté la risa, la escena me pareció muy cómica. Supe que la estancia prometía.

El abuelo de Ed volvió a sacudir la cabeza y le dijo a Ed:

—Madre mía, hijo... ¿Qué os dan en Edimburgo? ¿Te estás volviendo mari...?

—¡Abuelo! Te veo muy bien —volvió a cortarle Ed—. ¿Estás haciendo dieta? Parece que tienes menos michelines.

Miré a Glen y nos echamos a reír. La única que pareció sentirse incómoda con aquel salto generacional fue Sienna. No entendió que todavía existieran personas que fueran políticamente incorrectas.

—Vale. Lo he cogido, hijo, lo he cogido... Soy de campo, pero no soy tonto.

—Nunca he dicho que fueras tonto, abuelo.

Abrieron los brazos y se saludaron con un cariñoso abrazo.

Sienna le ofreció su mano para que se la estrechara.

—¡Hola, abuelo Campbell! Soy Sienna.

¿¿Abuelo Campbell??

¿Desde cuándo Ed y Sienna compartían abuelo?

¿Eran hermanos? ¿Se habían casado en secreto...?

El abuelo de Ed hizo una inclinación de cabeza y le estrechó la mano.

—Encantado, Sienna.

Le ofrecí la mía y me presenté.

—Yo soy Dorothy. Bueno... supongo que Cris.

—¿Te llamas Dorothy o te llamas Cris? —me preguntó.

—Se llama Dorothy, abuelo. En Escocia siempre la llamaremos así.

El abuelo de Ed me miró de medio lado.

—No eres escocesa, ¿verdad...?

—No, soy española. Llevo poco tiempo viviendo aquí.

—¿Y te gusta?

—Sí, la verdad es que sí. Bastante.

Miró a Ed y dijo:

—Ha dicho que le gustas.

—¿¿Qué?? ¡No! Creía que me preguntaba por Escocia. Yo... yo no...

—Tú lo has oído igual que yo. ¿O no, hijo? Incluso ha añadido un «bastante».

—Abuelo... se refería a Escocia.

—No, hijo, te he señalado con la cabeza mientras se lo preguntaba.

—¡No! Bueno, no sé... ¡Pero yo no lo he visto! —dije, asustada.

—Te he hecho una señal muy clara, no has podido perdértela, Dorothy.

Estaba mintiendo, no había señalado a Ed. Abrí la boca como un pez fuera del agua, no me salían las palabras.

Me miró a los ojos un instante y se echó a reír.

—Tranquila, hija, no pasa nada. Solo estaba bromeando. —Me dio un afectuoso pellizco en la mejilla y dijo—: Pasad.

Entramos en la casa y Ed se quedó regazado unos pasos con él.

—Sí, hijo... a esa chica le gustas —dijo su abuelo en voz baja.

Casi me muero. No supe si Glen y Sienna lo oyeron, pero no abrieron la boca ni sonrieron mientras duró la corta conversación. No les hizo ninguna gracia que el abuelo de Ed me emparejara con él. Sobre todo a Sienna, su cara fue un poema de Edgar Allan Poe.

Respiré hondo y me eché aquel incidente a la espalda. No aprendía, por mucho que me lo proponía, siempre respondía alterada cuando se trataba de Ed. En vez de seguirle la broma a su abuelo y tomármelo con humor, había reaccionado como si me hubieran descubierto cometiendo un delito.

—Enséñales sus habitaciones, hijo, estoy preparando la cena.

Ed nos llevó a la zona de los dormitorios. Estaban en un pasillo lateral, pasado un salón con chimenea. Había una segunda planta, pero debía ser un desván.

—Solo hay tres habitaciones libres. Yo dormiré en el sofá cama del salón —dijo Ed.

—¿No quieres dormir conmigo? Podría darte cariño —bromeó Glen.

Sienna sonrió y se apresuró a decir:

—O conmigo. A mí no me molesta, Ed.

Levanté la mano rápidamente.

—A mí no me mires —dije.

—Vaya, qué poco compañerismo, Dorothy... Os lo agradezco, pero son camas individuales.

La casa no era demasiado grande. Era una casa familiar de campo, no un casoplón de gente adinerada. Me imaginé al abuelo de Ed viviendo allí con su abuela, su madre y sus tíos durante una parte de su vida. Sabía que el señor Campbell era el padre de la madre de Ed.

Ed llevó a Glen y a Sienna a sus dormitorios y dejó la mía para el final.

Abrió la puerta de par en par.

—Esta es para ti, era de mi madre. Cuando dormía aquí, yo ni siquiera existía.

—Debió de ser una época negra en Escocia, ¿quién llevaba a la gente al trabajo?

—No lo sé. Pero estoy seguro de que estaba predestinado a conducir ese autobús justo ahora que has llegado tú, ¿no te lo parece?

Me miró con una sonrisa que me pareció demasiado sugerente.

—Sí, es el karma. Algo malo habré hecho en otra vida...

Ed bajó la cara y acercó su cabeza a la mía.

—No podemos librarnos el uno del otro, Dorothy, es nuestro destino. En esta, tenemos que hacerlo bien... —Levantó las cejas un par de veces seguidas.

Miré hacia la cama de manera instintiva.

—¿Hacerlo bien? ¿¿El qué??

Ed me miró sorprendido.

—¿Qué va a ser, Dorothy? Ser mejores personas.

Salió de la habitación, riendo, y me quedé allí con la boca abierta.

Cerré la puerta y me senté de golpe en la cama. Me tapé la cara con las manos y resoplé, avergonzada.

Capítulo 27

—¿Te ha gustado la puesta de sol?

—Sí, es todo muy bonito, Glen. Gracias por haber organizado este viaje.

—No me des las gracias, es lo que te mereces.

Sonreí, tan agradecida como preocupada por el exceso de atención que me dedicaba.

Habíamos salido a dar un paseo antes de cenar, aprovechando las últimas horas de luz. Estaba lloviznando, pero después las nubes se habían abierto y habían dejado asomarse al sol. Verlo poniéndose entre las montañas, haciendo brillar el manto verde del valle salpicado de flores, había sido un espectáculo precioso. Tenía el teléfono lleno de fotografías, nunca iba a olvidarlo.

—Prueba el haggis —me pidió Ed.

Negué con la cabeza.

—No.

—Dorothy, no hagas eso... le estás haciendo un feo muy grande a mi abuelo.

—Lo siento, pero no puedo. Es superior a mí.

Estábamos los cinco sentados a la mesa con el abuelo de Ed presidiéndola. Había preparado otros platos, no era necesario que me sirviera precisamente haggis. De hecho, nadie se habría dado cuenta de que no lo había probado si no lo hubiera mencionado Ed.

—Dorothy, no puedes irte de casa de mi abuelo sin probarlo, es una tradición —insistió.

—Id comiendo vosotros, ya me serviré un poco más tarde. Si es que queda.

—Venga, Dorothy, solo un bocado. ¿Ni siquiera vas a hacerlo por mi abuelo?

—Ay, no es para tanto, Cris. Prueba un bocado ya, no eres una cría —me soltó Sienna.

Su manera de decirlo me molestó, lo hizo como si fuera culpa mía que Ed no parara de insistir. Pero decidí ignorar su feo detalle y contesté:

—Bueno, a lo mejor más tarde.

Sienna miró al abuelo de Ed, se puso erguida y sonrió.

—Abuelo Campbell, el haggis está delicioso. Casi me gusta más que el que se hace en mi familia, fíjese.

—Oh, me alegro. Pensé que se notaría, pero veo que no. Es del supermercado.

Sienna bajó la vista a su plato con la mandíbula tensa.

—Mi abuelo no sabe cocinar, tiene un arcón congelador lleno de táperes de mi abuela que datan del siglo pasado —bromeó Ed.

—Hijo... te voy a dar una hostia que van a tener que ponerte el yodo con rodillo.

Ed se echó a reír de tal manera que deduje que le había hecho ese comentario a su abuelo porque esperaba que le contestara algo así. Lo había provocado con toda la intención.

—No se preocupe, señor Campbell, yo tampoco sé cocinar —dije, divertida.

—Pero no es verdad lo que ha dicho este sinvergüenza, claro que sé hacerlo. Jamás se te ocurra hacerle caso, Dorothy, es un golfo.

—Nunca le hago caso, señor Campbell, ya lo voy conociendo.

Ed me miró de medio lado.

—Oh... así que no me haces caso... —Miró a su abuelo y dijo—: Abuelo, Dorothy es peor que yo, es una vendedora de crecepelo.

—Eso es mentira, son para uso personal —me defendí.

—Sí, abuelo, sube al autobús con un megáfono y una bolsa de plástico llena de brebajes y ungüentos. Siempre intenta timar a los pasajeros, ya he tenido que echarla varias veces.

—Deja tranquila a la pobre Dorothy, Ed. Dale un respiro, siempre estás metiéndote con ella —me defendió Glen.

—¿Acaso no ves cómo me provoca, Glen? —replicó, haciéndose el ofendido—. Le ha dado la razón a mi abuelo cuando me ha llamado sinvergüenza y golfo. ¡Ella! Una invitada a la que abro las puertas de mi casa y que ni siquiera se digna a probar el haggis que ha hecho tan famosa a mi familia en este bendito país.

—Es del supermercado, payaso —le recordó su abuelo.

—Bueno, pero... mi familia compra mucho ahí. Ya es como si fuera nuestro —dijo Ed.

Glen y yo estallamos en una carcajada. Me di cuenta de que él sentía la misma debilidad que sentía yo por Ed, nos resultaba imposible enfadarnos con él.

—Eres muy tonto, Ed. Para ya de beber vino, no te sienta bien. —Cogí la botella y me serví la tercera copa.

¿Tenía razón o no cuando le dije a mi cuñada que los escoceses eran unos borrachos que se daban al vicio a la mínima de cambio? Ahí estaba la prueba.

—Te lo he dicho, hija, no tiene vergüenza. Es un tunante, una rata de ciudad.

Sienna se agarró al brazo de Ed y apoyó la cabeza en su hombro.

—No es ninguna rata, abuelo Campbell, Ed es un chico maravilloso —dijo, sonriente.

—Bueno, está bien, solo estoy bromeando. Además de ser un pedazo de maricón, también es un buen chico —dijo su abuelo.

Lo había arreglado por completo. Su frase lapidaria me hizo tanta gracia que solté una carcajada, me pareció muy cómica por ser tan incorrecta. Sin embargo, a Sienna no le gustó que se pusiera en cuestión la «virilidad» de Ed.

—No le llame así, abuelo Campbell, eso está mal hoy en día —dijo Sienna—. Además, no es verdad en absoluto, a mí Ed me parece muy hetero. —Giró la cara hacia él y le miró con una sonrisa sugestiva.

El abuelo de Ed pinchó unas verduras de su plato y miró a Sienna con el gesto torcido.

—No le he llamado así por el motivo que crees, Sienna. Me da exactamente igual con quién se acueste mi nieto. Otra cosa es con quién decida compartir su vida, eso sí que me preocupa. —Dejó de mirar a Sienna y miró a Ed fijamente—. Pero me fío de él. Sé que Ed, aparte de gustarle mucho la juerga, tiene cabeza. Y, sobre todo, un gran corazón.

Se hizo un silencio y me sentí incómoda. Aunque la forma de expresarse del abuelo de Ed no era la más respetuosa del mundo, estábamos en su casa. Además, Ed era su nieto, debían conocerse a la perfección. Solo ellos dos entendían su manera de interactuar. Y eso sin contar que era indiscutible que a Ed le divertía la manera de atizarle que tenía su abuelo. No, no creía que nadie debiera meterse. Pensé que el abuelo de Ed le había dado un corte merecido a Sienna.

En un gesto cariñoso, el abuelo de Ed lo despeinó con su ruda mano y me comentó:

—Me gusta el chubasquero que llevabas puesto esta tarde, Dorothy. He visto que lleva un refrán escocés en la espalda, veo que te estás adaptando bien.

Miré a Ed un segundo y él hizo lo mismo, me miró fugazmente y bajó la vista a su plato.

—Eh, sí... me lo compré en una tienda de Grassmarket.

Glen giró la cara hacia mí.

—¿En Grassmarket? Creo que dijiste que fue en una tienda de Princes Street —me recordó. Ed volvió a mirarme y negó con la cabeza de manera casi imperceptible.

Su cara seria me sorprendió. Era la primera vez que no le veía sonreír desde que le conocía.

Ed siempre estaba bromeando, no hacía un drama de nada.

—Sí... Es verdad, creo que fue allí —mentí—. Esos días compré más ropa, me habré equivocado de sitio. La verdad es que no lo recuerdo bien.

Glen asintió con la cabeza, pero me pareció que no lo hizo convencido. Algo debió percibir en el ambiente, porque bajó la vista a su plato y se quedó en silencio, pensativo.

Sienna sonrió de oreja a oreja y dijo:

—Abuelo Campbell, hábleme un poco de Ed. Seguro que era un pequeño granuja que correteaba por el valle haciendo travesuras, me gustaría conocer esas historias.

Estaba empezando a resultar cargante y absurda. Me sentía mal por pensar así de Sienna, era mi amiga, pero no encontraba otra forma de describir cómo estaba comportándose. Me di cuenta de que, a medida que iba conociéndola, más detalles chocantes le veía. Casi no me parecía la misma Sienna que había conocido, ni siquiera se expresaba igual. Trataba de disculparla, pero estaba empezando a cansarme de hacerlo.

Sonreí para disimular, no quería que se leyera en mi cara lo que estaba pensando.

—Voy a llevarme unos cuantos platos al fregadero, molestan en la mesa —dije.

Cogí tres platos vacíos, un cucharón y me fui con esas cuatro cosas a la cocina.

Miré a Ed desde allí, su rostro seguía serio. De repente, se levantó de la mesa, cogió una bandeja de verduras medio vacía y preguntó:

—¿Qué hay de postre, abuelo?

—Tarta de zanahoria. Del supermercado.

—Bien, vuelvo con ella.

Entró en la cocina y dejó la bandeja en la encimera.

—Perdona, Dorothy, prefiero que Glen no lo sepa.

Lo miré y le pregunté:

—¿El qué?

Ed se me quedó mirando, pero no respondió. Abrió la nevera y sacó la tarta.

Me crucé de brazos, apoyé la espalda en la encimera y meneé un pie, inquieta.

—Sienna me lo ha contado.

Ed ladeó la cabeza y me preguntó:

—¿El qué?

Lo tenía en la punta de la lengua, estaba a punto de soltárselo. Pero no podía hacer eso, no era asunto mío.

—Lo de aquel día, cuando quedasteis para ver el coche.

Era una estúpida, no podía controlarme.

—¿A qué te refieres? Yo no he quedado con Sienna —dijo.

Mis cejas se arquearon sin haberles dado permiso.

—¿En serio...?

—No. Me llamó para que fuera con ella a ver el coche. Pero le dije que no podía, estaba haciendo turno de tarde.

Fruncí el ceño, analizando lo que acababa de decir.

No había caído hasta ese momento, pero, la mañana que Sienna me contó que se había acostado con Ed, Glen me había llevado al trabajo y Ed me había llevado a casa por la tarde. No podía haber coincidido con Sienna en toda la semana, nosotras salíamos de trabajar a las cinco.

Me puse extremadamente seria y le pregunté:

—¿Estás seguro de que no os visteis en algún otro momento? No sé, a lo mejor en domingo. O cualquier otro día por la noche.

—No, Dorothy. Puedes estar segura de que no.

Giré la cara y miré a Sienna.

Me había mentido.

¿A santo de qué...?

Creí saberlo, empezaba a verlo todo claro. Igual que entendía de manera bastante clara por qué insistía tanto en que tuviera una relación con Glen. No soportaba pensar que Ed y yo pudiéramos llegar a tener algo. Quería evitar que me acercara a él a toda costa.

—¿Dónde está esa tarta? —dijo Glen. Cogió varios platos de postre de un mueble, sacó tenedores de un cajón y me sonrió.

Capítulo 28

«¿Estás despierta? Dime que sí, quiero enseñarte una cosa».

La habitación estaba completamente oscura y la luz de la pantalla del teléfono me deslumbraba. ¿Qué hora era? No podía verlo bien, pero me pareció que el reloj marcaba cerca de las dos de la madrugada en la esquina.

Me restregué los ojos con los dedos y escribí:

«¿Qué haces levantado? ¿Estás contando ovejas?».

«Casi aciertas. Ponte una chaqueta, Dorothy, nos vemos en la puerta».

Me senté en la cama medio dormida. Me levanté y me puse la cazadora. Abrí la puerta de mi habitación y miré de un lado al otro del pasillo. Cerré la puerta sin hacer ruido, me puse de puntillas y caminé así hasta la puerta principal.

Ed estaba en la entrada, en la penumbra, solo veía su contorno gracias a las ascuas de la chimenea del salón. Pero supe que se había puesto el dedo sobre los labios porque oí un «chissst».

Abrió la puerta con sigilo, me miró y cogió mi mano. Supuse que lo hizo para que no tropezara en la oscuridad, pero sentí algo que no me atrevía a confesar al notarla alrededor de la mía.

—¿Dónde vamos? Estoy en pijama —susurré.

—No hagas tantas preguntas y confía en mí.

—Ese es el problema, Ed, que no me fío de ti.

Cerró la puerta y tiró de mi brazo. No veía nada, estábamos en medio de un valle solitario y la única luz era la de la luna medio escondida entre las nubes. Lo estaba presintiendo, además de torcerme un tobillo, iba a comenzar a llover y me iba a poner chorreando.

Pero no fue así, solo caminamos unos metros. Íbamos al cobertizo y Ed se sabía el camino, debía haberlo recorrido miles de veces.

Me abracé a mí misma y esperé a que Ed encendiera la luz.

Sonrió y me hizo un gesto con la mano para que entrara.

—Te presento a Dolly. ¿Dolly? Ella es Dorothy.

Miré a Ed, sorprendida, con una enorme sonrisa. Era un borreguito. Un borreguito precioso, muy chiquitín. Seguramente acababa de nacer.

Me puse las manos sobre la boca.

—Oh... ¡Qué bonito es!

—Sí, estoy seguro de que va a ser la envidia de todo el rebaño. Mira qué pelo más gracioso, tiene un pequeño tupé.

No me lo podía creer, me esperaba cualquier cosa menos eso. En realidad, creía que iba a gastarme una broma, pero me había equivocado.

—¿Has estado aquí esperando a que naciera?

—No, ha nacido esta mañana. Me lo ha comentado mi abuelo.

Lo miré de reojo y asentí con la cabeza.

Podría haberle preguntado cuál era el motivo de que hubiera esperado hasta la madrugada

para enseñarme el borrego si sabía que había nacido hacía horas. Pero no quise hacerlo, porque, verdaderamente, me daba igual.

—No podía dormir y he pensado que quizá todavía estabas despierta —dijo como si me leyera el pensamiento.

—Estaba dormida, pero no me importa. Me alegro de que me hayas despertado.

Le sonreí y Ed me sonrió.

Salimos del cobertizo y apoyamos la espalda en la barandilla de madera de la entrada. Ed metió la mano dentro de su chaqueta y sacó una botella.

—Haz los honores, Dorothy.

—Vaya... es una botella de whisky de MacGavin Finest —dije.

Ed sacó el corcho de la botella y me la pasó. Le di un trago y se la volví a pasar a él. Levanté la vista al cielo y miré las estrellas que se veían entre las nubes.

Pensé que aquel momento debía estar escrito porque, ¿acaso no había sido MacGavin Finest lo que me había llevado a Escocia? Sentí algo parecido el día que vi su cartel publicitario en el andén del metro, cuando todavía vivía en España. Sí, podía ser que todo aquello estuviera planeado desde ahí arriba. En realidad no había sido yo quien había decidido mudarme a Escocia, esa decisión ya había sido tomada por mí.

—¿Te he contado alguna vez la historia de mis antepasados?

—No —contesté.

—¿Quieres que te la cuente?

—Bueno, si te urge...

—Esto es importante, Dorothy, ten un poco de consideración.

—Vale... Perdona, soy toda oídos.

Ed le dio un trago al whisky y miró al frente. Se tomó unos segundos, hizo una pausa dramática antes de comenzar a hablar.

—Una rama de mis antepasados pertenecía al clan de los MacFlury... William MacFlury, el jefe del clan, vivía con su esposa y sus hijos en este mismo valle. Ya sabes que se conoce como el valle de las lágrimas por la carnicería que tuvo lugar aquí, fue un evento sanginario y muy triste.

—Ya.

—Bien... Un día, William MacFlury, volvía a casa después de hacer su ronda de vigilancia con el resto del clan. Eran malos tiempos para Escocia, el ejército del rey Guillermo les acechaba. Pero nadie podía imaginar que aquellos no eran sus mayores enemigos... Al llegar a la aldea y bajar de su caballo, William MacFlury no pudo creer lo que vio.

—¿El qué?

—Todos sus habitantes, incluidos sus hijos y su esposa, habían sido masacrados de la forma más violenta y cruel. —Dejó de mirar la oscuridad que teníamos enfrente y me preguntó—: ¿Sabes por quién, Dorothy?

Lo miré con atención.

—No...

—Por el temible clan de los MacPoyo.

Consideré ese revelador dato un segundo y lo miré con el ceño fruncido.

—A ver... —dije—. ¿El clan de los MacFlury fue aniquilado por el clan de los MacPoyo? ¿Por qué me suenan tanto esos nombres? No tendrán algo que ver con el clan de los MacDonald...

Ed empezó a desternillarse, bajó cara y los hombros le botaban de la risa.

—¿Al clan de los MacFlury se le daba bien hacer helados? ¿El clan de los MacPoyo tenía pollos en un corral? ¡Dímelo, Ed!

Verlo así me impidió enfadarme con él. Me empiné la botella de whisky y no pude tragármelo, me salió de la boca a modo de aspersor. Me dio un ataque de risa tan grande que incluso lloré.

—No me lo he inventado, te lo juro —dijo Ed.

—No, qué va. Anda, cuéntame también la historia de la rama de tus antepasados perteneciente al clan McConaughy, seguro que tenían un espectáculo ambulante y eran unos actores estupendos. Como tú, que eres un teatrero.

—No, esos no me tocan nada —dijo.

No sé cuánto tiempo más estuvimos riéndonos de eso, repasamos todos los apellidos famosos que comenzaban con Mac y Mc, y con cada uno de ellos nos inventamos una historia diferente, a cuál más absurda.

Suspiramos y nos miramos a los ojos. Estábamos felices, sonriendo, pero, poco a poco, fuimos poniéndonos serios.

Miramos al frente sin decir nada. Me puse algo nerviosa y me levanté.

Hacía un poco de frío. Di la vuelta a la barandilla para resguardarme, me crucé de brazos y me quedé de pie, detrás de Ed.

Respiró hondo, miró al cielo un momento y comenzó a cantar casi en un susurro.

—*Oh, Peggy Gordon, you are my darling... Come sit you down uppon my knee and tell to me the very reason... why I'm slighted so by thee...*

No conocía la canción, pero sonaba triste y dulce a la vez en la voz de Ed.

—*I'm so in love that I can't deny it, my heart lies smoldered in my breast... But it's not for you to let the world know it, a troubled mind can find no rest...*

La canción hablaba de un amor no correspondido, la de un hombre locamente enamorado de una chica llamada Peggy Gordon. En secreto, parecía ser...

No pude seguir fingiendo que Ed no me atraía. Ni seguir negándomelo, sabía perfectamente que estaba enamorada de él. No dejaba de enviar señales y todo el mundo se daba cuenta. Sobre todo, yo...

Supe que tenía que hacer algo, no podía volver a la cama como si aquel momento con Ed no hubiera sucedido. Di un paso al frente, apoyé la mejilla entre sus hombros y me abracé a él.

Ed no se movió, continuó mirando al frente.

—¿Qué canción es esa? —le pregunté.

—Es una canción tradicional celta. Tiene varios siglos, pero... el tiempo no importa, su letra siempre será actual. —Me agarró la mano que tenía puesta en su pecho y bajó la cara—. No sé cómo voy a decírselo a Glen.

—Lo sé... Yo tampoco sé cómo voy a decírselo a Sienna.

Por fin, Ed giró la cara y sonrió.

—Me cago en... Me cago en la pu... ¡Me cago en las cuatro letras!

Di un bote que casi estampo la cabeza contra el saliente del cobertizo. Y eso que estaba a dos metros de altura. Ed también se puso de pie de un salto, se llevó un susto espectacular.

—¿Se puede saber qué haces ahí, hijo? ¡Casi te pego un tiro!

El abuelo de Ed bajó escopeta y se dio la vuelta para volver a la casa. Dio varios pasos y se giró.

—¡Ed! —lo llamó.

—¿Sí, Abuelo?

—Esta sí, hijo. Esta sí.

—Lo sé.

Tuve la «ligera» sospecha de que estaban hablando de mí, pero me hice la despistada. Todavía estaba asustada y temblorosa, estaba más preocupada por calmar el latido de mi corazón, había estado a punto de darme un infarto.

—Madre mía... casi me lo hago encima —musité.

Ed, a pesar de haberse asustado tanto como yo, se echó a reír.

—La historia de este valle habría sido muy distinta si mi abuelo hubiera pertenecido al clan de los MacFlury —dijo.

—Sí... estoy segura, el clan de los MacPoyo no habría tenido nada que hacer.

—Bueno, pues yo ya he llegado —susurré.

—Yo voy una puerta más allá, voy a dormir con mi abuelo —dijo Ed.

Había vuelto a cogerme de la mano para hacer el oscuro camino de vuelta y todavía no me la había soltado.

—¿Por qué vas a dormir con tu abuelo? Yo, ahora mismo, le tendría miedo. Recuerda que tiene una escopeta.

—Sí, es para tenérselo. Pero su cama es de matrimonio y Sienna me da aún más miedo que él.

—Oh... Ya, sí.

—Me la encontré en mi cama la noche de la fiesta de mi cumpleaños. No estaba sola pero... sabía qué hacía allí.

—Sí, lo sé.

Empezó a soltar mi mano. Los dos las abrimos y nuestros dedos fueron resbalando en la palma de la mano del otro hasta tocarnos solo la punta de los dedos. Comenzamos a acercarnos, pero, en ese momento, oímos un clic.

Alguien acababa de cerrar la puerta de su habitación. Abrí la mía, Ed dio un par de zancadas y entró en la habitación de su abuelo.

Capítulo 29

Estaba tan feliz... Me había comido cuatro galletas shortbread y todo me parecía bien, que lloviera, que Matt viniera a casa a hundir un zepelín en nuestro cuarto de baño o que se me hubiera vuelto a quemar la tortilla de patatas. No era algo tan dramático, había cortado más cebolla y más patatas. Además, creía que esa segunda tortilla me estaba quedando bastante bien. No se podía decir que tuviera demasiado mérito después de haber tenido que tirar tantas a la basura. Pero, sí, estaba bastante orgullosa de mi progreso.

No podía dejar de pensar en Ed y de sonreír. Habíamos vuelto del valle de Glencoe la noche anterior y solo hacía un par de horas que me había dejado en casa con el autobús. Pero, a pesar de estar tan contenta, sentía que nuestro momento estaba incompleto. Ni siquiera nos habíamos podido besar... De camino a casa aquella tarde, mientras volvía de trabajar, no habíamos parado de mirarnos por el espejo retrovisor, íbamos sonriendo como dos adolescentes. Me habría lanzado al cuello de Ed nada más subir, pero suponía que eso no habría estado bien, estaba trabajando. Sin embargo, eso no era lo único que había impedido que lo nuestro arrancara como debía. Nos faltaba contárselo a Glen y a Sienna y sabía que ese iba a ser un momento complicado. Era posible que acabara de nacer una historia de amor y que se rompiera una amistad. Una amistad, dos, tres o ninguna; estaba por ver.

Suspiré y puse atención a mi tortilla, tenía un aspecto genial y no quería que un giro del destino cambiara su suerte. Un momento después, mi teléfono vibró sobre la encimera. Acababa de escribirme Ed.

«Debería haberme cambiado de cama, mi abuelo ronca y maldice a los vecinos de otras laderas en sueños. Parece ser que no puede soportar a un tal Engelbert Humperdinck».

Sonreí y le escribí:

«¿Por qué? ¿Qué le ha hecho?».

«No lo sé. Pero, si buscas a ese hombre en internet, te darás cuenta de que tiene cara de ser molesto hasta para las ovejas».

Entré en el buscador y busqué al tal Engelbert Humperdinck.

Hice un chasquido con la lengua. Parecía que no lo conociera, no sabía para qué le hacía caso.

«Las duerme cantando, ¿verdad...?».

«Sí, algo así. Sobre todo cuando le da por cantar *Quando, quando, quando*».

Me reí y tecleé:

«Ed, te dejo, estás distrayéndome y se me va a quemar la tortilla».

«Se te va a quemar igualmente, Dorothy, no sabes apagar un fogón».

«Eso lo dirás tú. Pues menuda pinta tiene la que tengo delante. Si me dejas en paz, puede que incluso se pueda comer».

Estaba por sacarla ya de la sartén. Tenía tan buena cara que me daba miedo que la cosa se torciera. Pero no podía hacerlo, seguramente todavía estaba un poco cruda.

«Yo tampoco debería estar entreteniéndome, Dorothy. Solo quería que supieras que la puerta de mi casa está abierta siempre para ti, que te trataré como a una reina si te da por visitarme y que salgo de trabajar a las diez...».

Me abaniqué la cara con el trapo de cocina, apagué el fuego y resoplé.

A pesar de estar deseando acostarme con Ed, me puse nerviosa. No creía que pudiera hacerlo ese mismo día. Había supuesto que sucedería sin planearlo y al ver que ese momento estaba tan cerca sentí vértigo. Estábamos hablando de Ed, te susurraba al oído y el peluche se te daba la vuelta, necesitaba prepararme mentalmente.

«¿Dorothy...? Me encantaría que vinieras, no hay nada que me apetezca más en este mundo ahora mismo que probar esa tortilla...».

No, no estaba preparada para ir. ¿Y si Ed me recibía con el kilt? ¿Y si llevaba puesta esa camiseta gris oscuro y sus botas militares? ¿Y si además se había puesto su chaqueta negra de cuero?

Qué va... no podía.

¡Que no! Ya averiguaría otro día qué llevaba debajo de la falda.

Cogí el teléfono y, directamente, le mentí.

«¡Oh, Dios mío, qué desgracia! Se me ha quemado la tortilla. Vas a quedarte con las ganas de probarla, Ed».

Enseguida me respondió:

«Qué lástima, Dorothy... Iba a ponerme el kilt para recibirte a ti y a tu tortilla. Ya sabes que en Escocia somos así, nos gusta respetar las tradiciones».

Cuarenta y cinco minutos después, había limpiado la cocina, había metido la tortilla en un táper, me había duchado, me había planchado el pelo, había metido unas bragas en el bolso y me había sobrado tiempo para subir una foto de mi tortilla de patatas a una red social. Ya tenía casi ciento treinta likes.

Me bajé del taxi y corrí bajo la lluvia con la capucha de mi chubasquero subida y mi tortilla de patatas en las manos. Crucé la Royal Mile a toda velocidad y corrí escaleras arriba hasta el tercero, el piso de Ed.

—Era mentira... no se me había quemado la tortilla... —dije, asfixiada.

Ed no dijo nada, cogió mi cara y me besó con tantas ganas que el táper se me cayó al suelo y se le abrió la tapa.

—¿Ed...?

—¿Sí?

—No vas a poder comerte mi tortilla, está despachurrada en el suelo.

—Siempre caes, Dorothy, lo que quería comerme era otra cosa...

Se me nubló la vista. A lo mejor había algún edificio quemándose por allí cerca y había entrado humo por la ventana, no encontré otra explicación.

—¿De verdad? ¿¿La querías sin cebolla??

Capítulo 30

—Pasa. —Me hice a un lado y Sienna entró en mi casa.

Me temía lo peor, me había escrito un mensaje bastante seco diciéndome que quería hablar conmigo. Le había preguntado de qué se trataba, pero había insistido en decírmelo en persona. Desde que habíamos vuelto del valle de Glencoe, Sienna apenas me hablaba. Y, sí, debía reconocer que a la salida del trabajo evitaba cruzarme con ella. No porque pretendiera esconderle lo mío con Ed, pensaba decírselo, sino porque estaba esperando que Ed se lo contara a Glen. Sinceramente, no quería que Sienna lo supiera antes que él porque ya no me fiaba de ella y sospechaba que era capaz de contárselo antes de que lo hiciera él. Ed y yo habíamos tardado tanto en decidirnos a estar juntos que la historia se había complicado, había permitido que Glen se hiciera ilusiones. Glen le había confesado sus sentimientos hacia mí y, Ed, de alguna manera, le había traicionado. Algo muy similar a lo que me había pasado a mí con Sienna.

Lucía se asomó al pasillo desde el salón para ver quién había llegado y, al ver a Sienna, casi vomita del asco. Levantó tanto el labio que prácticamente le llegó a la ceja.

—Qué simpática... —dijo Sienna—. Siempre ha sido así, no sé cómo la aguantas.

Ignoré su comentario, estaba en tensión porque quería saber exactamente por qué había ido hasta Dalkeith para hablar conmigo.

—Bueno, siéntate —dije.

Nos sentamos en mi cama con el rostro serio. Sienna miró al suelo y suspiró, parecía que iba a decirme algo importante.

—Me has decepcionado, Cris.

No me gustaba la situación, iba a tener que estar mintiendo todo el rato, deseé que Ed hubiera hablado ya con Glen para no tener que hacerlo. Pero yo no podía hacer nada al respecto, era un tema que le pertenecía a Ed. Solo él entendía la amistad que tenía con Glen.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho para decepcionarte, Sienna?

Me miró como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

—¿Por qué, dices...? Te ofrecí mi amistad cuando llegaste a Edimburgo, Cris. Quedaba contigo para que no te sintieras sola. Te he escuchado siempre que te quejabas de Matt y Lucía, incluso he intentado defenderte de ellos. No me lo merezco, creía que eras mi amiga.

Me sentí fatal, tuve que bajar la cara porque sabía que esas cosas que había dicho eran verdad. Yo también le había tenido mucho aprecio a Sienna. Y aún se lo tenía, aunque solo fuera porque le estaba muy agradecida. Había esperado que, quizá, con el paso de los días y estando las dos ya más calmadas, lo pudiéramos solucionar. O quizá no, pero sí poder tener una relación cordial.

—Lo sé y te lo agradezco, Sienna. Pero ¿por qué me dices todo eso?

Me apartó la mirada y tensó la mandíbula.

—¿Cuántas veces te pregunté si te gustaba Ed, Cris?

El estómago me dio un brinco. La conversación estaba complicándose y sabía que, el día que le confesara que Ed y yo estábamos juntos, iba a quedar todavía peor con ella. Iba a recriminarme que había estado en mi casa justamente para darme la oportunidad de confesárselo y que se lo había vuelto a negar.

—Sienna... Ed no me atrae —dije con la boca pequeña.

—¿No? Pues seguramente él no piense igual. No paraste de llamar su atención en casa de su

abuelo. Cuando llegamos, durante la cena... todo el tiempo. Intentabas monopolizar todas las conversaciones, necesitabas ser el centro de atención. Fue un poco vergonzoso, la verdad. Supongo que deberíamos haber ido los tres solos, sin ti.

Pero ¿qué estaba diciendo?

Estaba mintiendo, si había algo que no hubiera hecho, era llamar la atención de Ed. Era él quien siempre bromeaba conmigo y yo quien intentaba disimular, cohibida. Estaba acusándome de querer quitárselo, como si Ed fuera de su propiedad.

—Estás equivocada, Sienna, yo no he hecho nada de eso. Y sigo sin entender qué estás intentando decirme.

—¿Que no lo entiendes? Cris... te abrí mi corazón y te dije que estaba loca por Ed. Te lo dejé muy claro, te dije que me gustaba mucho. Muchísimo. Te confesé que hacía tiempo que no me sentía así por alguien.

Bajé la cara, sintiéndome culpable.

—Lo sé.

—Dime una cosa.

La miré y me preguntó:

—¿Te has acostado con él?

El corazón se me puso a mil. Iba a soltarle una mentira bien gorda, no tenía otro remedio, pero no me dio tiempo.

—No estaba durmiendo en el sofá en casa de su abuelo, Cris...

—¿No? Pues tampoco estaba en mi cama.

No me creyó. Ladeó la cabeza y dijo:

—¿De verdad, Cris? ¿Y dónde podía estar, si no?

Me encogí de hombros y respondí:

—No lo sé... Puede que en el cobertizo. El abuelo de Ed me comentó mientras preparábamos el desayuno que esa madrugada había nacido un borrego. A lo mejor Ed estuvo allí, ayudando a su abuelo.

No sabía a qué hora habría ido Sienna a la cama de Ed. Y no podía decirle que había dormido con su abuelo, iba a preguntarme que cómo lo sabía.

—¿Estás segura de que no te acostaste con Ed, Cris? Dime la verdad, es la última oportunidad que voy a darte de hacerlo.

No me gustaba nada su actitud. Recordé que ella sí que me había mentado, que me había contado que se había acostado con Ed. Sin embargo, eso tampoco podía decírselo, se habría dado cuenta de que había hablado con Ed sobre eso y que él me lo había negado. ¿Por qué iba a preguntarle si se había acostado con Sienna si me daba igual lo que hiciera? ¿Para qué? Blanco y en botella.

—No, Sienna, puedes estar segura de que Ed no durmió conmigo. No me acosté con él.

Eso sí que era verdad. ¿O no? Pues eso.

Sienna pareció quedarse más tranquila, incluso se le dibujó una pequeña sonrisa. Supuse que mi respuesta le hizo recuperar la esperanza de que todavía tuviera alguna posibilidad de estar con Ed.

Apretó los labios y suspiró.

—Vale... Lo siento, Cris... Entiéndeme, pensaba que me habías traicionado. Eres mi amiga, me dolía que pudieras haberme hecho algo así.

Asentí, sin poder mirarla a la cara.

—Ya... Sí, puedo llegar a entenderlo, Sienna, habría sido una desilusión.

—Sí, una decepción enorme, Cris. Hay personas que incluso cometen asesinatos por cosas así. Ya sabes, los celos son peligrosos.

La miré con los ojos fuera de las órbitas.

¿De verdad conocía a Sienna? ¿Estaba segura...?

Comenzaba a darme miedo.

—¿Eres tonta? No me digas que te lo has creído. Estoy de broma, Cris.

Se echó a reír y solté todo el aire de mis pulmones, lo había estado reteniendo debido a la tensión. Me pareció tan absurdo haber creído que Sienna era una psicópata que yo también me eché a reír.

—Todo ha sido un malentendido, Cris. Y me alegro, te tengo mucho aprecio.

—Sí, yo también a ti.

—¿Amigas? —Me ofreció su mano para que se la estrechara.

Se la acepté y respondí:

—Claro. Amigas.

Nos levantamos de la cama y Sienna me dio un abrazo.

—Bueno, nos vemos mañana en el trabajo. Empecemos de cero, ¿vale?

Me crucé de brazos y sonreí.

Sienna abrió la puerta de mi habitación y la volvió a cerrar. Se quedó mirando el perchero que había atornillado detrás. Cogió lo que colgaba de él y se giró hacia mí.

—¿Esta no es la chaqueta de Ed? —me preguntó.

Noté que todos los poros de mi piel se abrían para expulsar sudor. Me dio un fogonazo de calor y sentí un tembleque interno que fui incapaz de controlar.

—No... ¿De Ed? —disimulé.

Nunca se la había visto puesta hasta aquel día que estuvo en mi casa. Y sabía que Sienna tampoco porque nunca había visto a Ed sin estar yo presente. Era una chaqueta tipo sudadera de color gris. Pero tenía la capucha, el cordón y los bolsillos más oscuros. Era un poco particular.

—Sé perfectamente que es de Ed, Cris, estaba colgada detrás de la puerta de su habitación la noche que dormí en su casa. —Se la acercó a la cara y la olió—. Incluso tiene su perfume, pedazo de zorra.

Me lanzó la chaqueta a la cama y se marchó.

Capítulo 31

—Sienna lo sabe, Ed, estuvo ayer en mi casa y vio la chaqueta que te dejaste. Tienes que decírselo a Glen antes de que se te adelante.

Ed me miró sorprendido, acababa de subirme al autobús y estaba tan nerviosa que ni siquiera le saludé.

Miró al frente y se mordió el labio.

—Iba a hablar con él este fin de semana. Y ya estamos a viernes, Dorothy... No puedo soltárselo así, por las buenas, en el cambio de turno. De todas formas, supongo que ya lo sospecha, está raro conmigo.

Conmigo también lo estaba. Pero pensé que, quizá, era porque aquel fin de semana, en casa del abuelo de Ed, se había dado cuenta de que yo no le correspondía. No es que hubiera dejado de ser amable conmigo, lo era, pero sí que lo veía algo desganado cuando charlaba con él en el autobús.

Me senté donde pude y fui todo el camino hasta el trabajo pensando en el asunto. Estaba preocupada. No solo porque no quería que Glen y Ed discutieran, también porque sabía que, cuando llegara al trabajo, iba a tener que ver a Sienna.

—Cristina, ¿puedo hablar contigo? No nos llevará mucho tiempo.

Giré la cara hacia mi jefe y dije:

—Sí... Claro.

Me levanté de la silla y lo seguí. Abrió la puerta de su despacho y me hizo un gesto con la mano para que entrara.

Se sentó en su silla y yo me senté frente a él.

—Bueno... ¿Cómo estás llevando el cambio? ¿Trabajas a gusto con nosotros?

—Sí, por supuesto. Estoy contenta, siempre he pensado que esta empresa es fantástica.

Mi jefe asintió.

—Y, ¿qué tal te va con tus compañeros, Cristina? ¿Haces buen equipo con ellos?

No entendí el motivo de su pregunta. Podía ser que solo quisiera tener un detalle conmigo por ser nueva y extranjera, hacerme sentir que la empresa se preocupaba por mí. Pero, al mismo tiempo, me extrañaba, no entendía por qué me había llamado a su despacho para preguntarme eso, solía charlar conmigo de cosas similares cuando me veía por los pasillos.

—Sí, no tengo una relación demasiado íntima con mis compañeros, pero me parecen todos muy competentes —dije.

Mi jefe asintió como si estuviera de acuerdo con mi respuesta, pero sus labios fruncidos y sacados hacia afuera me dijeron lo contrario.

—Voy a ser directo, Cristina. No sé qué tipo de comportamiento tenéis en la oficina de España. Pero, en esta, no nos gustan las burlas a los compañeros. Ni tampoco las críticas a sus espaldas, todos somos educados y tenemos empatía, como los adultos que somos.

Me sorprendió lo que acababa de decir, nada de eso tenía algo que ver conmigo. Yo nunca me había reído de nadie, ni había hecho ninguna crítica con maldad...

Bueno, alguna vez me había reído de la talla de pie 52 de Martin. En secreto le llamaba Bigfoot, como el monstruo de las montañas. Y también había criticado la halitosis de Karen en defensa propia, porque me molestaba cuando me hablaba de cerca. Pero nada de eso había sido

con ánimo de ofender. No tenía problemas con nadie allí y esos comentarios míos sobre Martin y Karen no los conocía nadie.

Excepto Sienna...

Me sentí tan avergonzada. No sabía dónde meterme, incluso me tapé la cara con la mano unos segundos, no podía mirar a mi jefe.

—Lo siento, yo...

—Hay otra cosa, Cristina. No sé si creerte cuando dices que trabajas cómoda con nosotros. Y, que no sea así, es perjudicial tanto para ti como para la empresa. He oído decir que sientes que te tratamos como a una autómatas, que te hemos traído a Edimburgo prácticamente a la fuerza. Y sabes que eso no es verdad, en MacGavin Finest cuidamos a nuestros empleados y no tenemos ningún interés en retenerlos. Es más, la puerta está abierta para todo el que se quiera marchar... Supongo que me has entendido.

Estaba a punto de romper a llorar. ¿Cuándo le había dicho yo a Sienna que la empresa me había obligado a mudarme a Edimburgo? ¿En qué momento le había comentado que me trataban como a una autómatas?

Todo eso era mentira. ¡Se lo había inventado!

«Creo que empiezo a tener complejo de robot. Soy como una máquina que la oficina española de MacGavin Finest ha enviado a la oficina escocesa»...

Vale, podía ser que le hubiera dicho algo por el estilo a los pocos días de empezar a trabajar allí. Pero no lo había hecho en ese sentido, me refería a que, aparte del trabajo, no tenía nada más que hacer. Estaba diciéndole que me aburría porque no tenía con quien salir.

No pude contener las lágrimas, una redonda y bien gorda rodó por mi mejilla. Nunca habría imaginado que Sienna tuviera tanta maldad. Había creído que era mi tabla de salvación cuando llegué a Edimburgo y había resultado ser el tiburón que me había arrancado la pierna de un bocado. Deseé no haberla conocido, nunca me había pasado algo ni la mitad de desagradable con un amigo.

—Piensa en todo lo que te he dicho y, después hacerlo bien, dame una respuesta, Cristina.

Me sequé la lágrima con los dedos y dije:

—¿Una respuesta?

—Sí, me gustaría que reflexionaras sobre todo lo que te he dicho. No me gustaría que estuvieras ocupando un puesto de trabajo que alguien pudiera valorar más que tú.

Asentí con la cabeza y salí del despacho. Entré en el cuarto de baño y me sequé las lágrimas que estaban cayéndome. Cuando volvía a mi mesa, Sienna giró la cara hacia mí, sonrió de manera cínica y me guiñó el ojo.

Capítulo 32

Lo último que quería tener delante de mi vista esa tarde era a Matt. Y allí lo tenía, con su pelo de estropajo, comiéndose el fiambre de Lucía y bebiendo directamente del tetrabrik de leche. Acababa de entrar por la ventana y estaba asaltando la nevera como si llevara días sin comer. Le había goteado leche desde la boca al empinarse el tetrabrik y había caído en el suelo. Sabía que Lucía iba a culparme a mí de haberlo ensuciado. Pero no podía hacer nada, yo no tenía ninguna autoridad, parecía que no pintaba nada en esa casa.

—¿Matt?

Me miró con la boca llena de salami.

—¿Sí?

Le colgaba un trozo, más o menos media loncha.

—En España tenemos una expresión que dice «Está más a gusto que un gorrino en una charca».

—Ah.

—Sí. Y ahora mismo te va que ni pintado, eres enteramente un gorrino...

Masticó el salami con ansia y me preguntó:

—¿Y qué quiere decir?

—Bueno, que se te nota que eres de alta alcurnia, Matt. Por si el apellido Smith no fuera suficiente prueba de ello.

Matt se encogió de hombros.

—Vale.

Se metió dos lonchas más de salami en la boca y salió de la cocina. Antes de llegar al salón, eructó tan fuerte que las llaves que estaban colgadas en el recibidor tintinearón.

Le había dicho la frase en español, claro, y no le había traducido «gorrino» al inglés. Lo único que me habría faltado aquel día era un enfrentamiento con Lucía, ya había tenido suficiente con el sermón que me había dado mi jefe. Seguía sintiéndome dolida y avergonzada, no había conseguido recuperarme.

Me serví un vaso de zumo y salí de la cocina. Cuando estaba a punto de entrar en mi habitación, Lucía llegó a casa.

—Oh... contigo quería yo hablar. ¿Tienes un momento? —me preguntó.

—Bueno... ¿Pasa algo?

—Sí, supongo.

Entramos en mi habitación. Lucía se cruzó de brazos y yo le di un sorbo al zumo, sin quitarle los ojos de encima a Lucía ni una milésima de segundo.

Miró al infinito y musitó:

—A ver cómo te digo esto...

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron, intuí que iba a decirme algo que no me iba a gustar.

—¿Quién crees que eres para hablarle a nadie de mí y de Matt, Cris? ¿Con qué derecho te crees para contar nuestras intimidades por ahí? Por qué te ríes de nosotros. ¿Me río yo acaso de ti, Cris, o me meto en tu vida?

No...

Quise que me tragara la tierra. No sabía exactamente qué le habría contado Sienna, pero

daba igual, quería morirme de todas formas.

—¿Qué te ha contado? —le pregunté.

—¿Sienna? De su boca nada. Me ha dejado una carta sobre la mesa del trabajo, sabe que no hablaría con ella ni aunque fuera la última persona que quedara en la tierra.

Miré al suelo, mortificada.

—Lo siento, Lucía... Solo le he comentado algunas cosas para desahogarme, no ha sido con mala intención. Lo siento, de verdad... ahora sé que no debería haberlo hecho.

Lo dije porque así lo pensaba, no es que le hubiera ido a Sienna con chismes sobre Matt y Lucía, tan solo necesitaba contarle mis problemas a alguien. Pero entendía que a Lucía le hubiera sentado mal.

—¿Qué te ha escrito? ¿Puedo saberlo? —le pregunté.

—Poca cosa. Tan solo que soy tacaña, que soy una maniática, que Matt llama pequeño Smith a su pene y que viene a casa solo para entrar en nuestro cuarto de baño y hacer muñecos de barro. Dice que Matt se olvidó de pulsar el botón de la cisterna un día y que tú encontraste uno flotando que llevaba puesto un sombrero cordobés.

Lo del muñeco de barro con el sombrero cordobés me hizo gracia, casi me echo a reír. Pero me aguanté, sabía que no era el momento.

Lanzó la carta sobre mi cama.

—Ahí te la dejo para que la leas. Es preciosa... te va a encantar. Aunque a lo mejor incluso te hace gracia.

—No hace falta, Lucía, no quiero leerla —dije, horrorizada.

—No entiendo cómo no te has dado cuenta de lo manipuladora que es, Cris. Y eso que te lo advertí el otro día. A mí no me costó tanto como a ti saber de qué iba, lo vi en cuanto la conocí. Sienna es así, tiene doble cara, una divertida y amigable, y otra desagradable y agresiva. Te creía bastante más inteligente, la verdad.

Lucía tenía algo de razón, había visto detalles en Sienna que no me habían gustado nada y había elegido ignorarlos. Recordé que ya había empezado a verlos en la fiesta de cumpleaños de Ed y, en vez de pararle los pies, me había acobardado. Quizá porque me sentía sola y creía necesitarla.

Cerré los ojos con fuerza, no sabía qué decir.

—Lucía, yo no lo sabía...

—¿Por qué crees que estaba comiendo sola tu primer día de trabajo, Cris? ¿Por qué piensas que a nadie de la oficina le apetecía compartir ese rato con ella? En fin... era una pregunta retórica, ya no se puede dar marcha atrás. —Frunció los labios y añadió—: Pero sí se puede ir hacia adelante.

Fruncí la cara y le pregunté:

—¿Qué quieres decir...?

—Búscate otro piso, Cris. No digo que te vayas ya, hoy mismo. Pero empieza a moverte, no me apetece seguir viviendo contigo.

Salió de mi habitación y cerró de un portazo.

Capítulo 33

—¿Qué ha pasado exactamente, Dorothy? Vamos, cuéntamelo.

Ed acababa de bajar del escenario y nos habíamos puesto en una esquina de la barra del pub para hablar. Estaba angustiada, no conseguía asimilar todo lo que me había pasado.

—Mi jefe. Me ha invitado a que me vaya. Y Lucía también quiere perderme de vista, tengo que buscarme otro piso.

Ed, que estaba escuchándome con atención, sacudió la cabeza.

—¿Qué? ¿Te han echado del trabajo? ¿Y de tu casa también?

—No. Bueno, sí... Lucía lo ha hecho y mi jefe me ha propuesto que me vaya.

Ed levantó las manos, desconcertado.

—Pero ¿por qué?

Pensé en Sienna y casi rompo a llorar, todavía no podía creer que me hubiera puesto en esa situación tan desagradable con MacGavin Finest y Lucía. Era una arpía, una persona horrible. Me daban arcadas al pensar que me recordó a mi hermana el día que la conocí.

—Sienna le ha contado a mi jefe que me burlo de mis compañeros. Que los critico a sus espaldas... Ese tipo de cosas.

—¿Sienna? Dios... —Puso los ojos en blanco—. ¿Y es eso verdad, Dorothy?

—¡No! Claro que no. Bueno... a Martin le llamo Bigfoot y a Karen Doña Alcantarilla, pero nadie lo sabía. Hasta hoy.

A Ed comenzó a temblarle la barbilla, pero se mantuvo serio.

—¿Y qué pasa con Lucía? ¿Habéis discutido? ¿Por qué quiere que te vayas del piso?

—Me ha dado un rapapolvos que me ha dejado KO. Sienna le ha contado que sabe que cuenta sus huevos, que Matt llama pequeño Smith a su flauta travesera y que viene a nuestra casa a soltar troncos como pianos. Solo me faltaba eso, encima de que tengo que aguantar la peste...

Ed se puso los dedos sobre la frente para esconderse un poco la cara.

—Y... ¿es todo eso verdad, Dorothy?

—¡No! Bueno, sí... Pero lo de su flauta travesera se lo conté en confianza. —Le quité la mano de la cara y le pregunté—: ¿Te estás riendo?

—No. Claro que no.

Claro que sí, estaba muerto de risa. Y eso me molestó, no tenía ganas de bromas.

—A ver, Dorothy, es que lo que me has contado tiene gracia. No me río de ti.

—No tiene gracia, Ed, he sido una bocazas.

—Vale... si tú dices que no tiene gracia, no la tiene, Dorothy. No pasa nada.

¿Cómo podía haberme ido todo tan mal de repente? Era feliz hacía nada, creía haber entendido el porqué de que la vida me hubiera llevado a Escocia. Pensé que había sido para conocer a Ed, pero parecía ser que me había tendido una trampa y ahora estaba castigándome por haber caído en la tentación de estar con él.

—Hombre... estás aquí.

Ed se giró hacia Glen.

—Claro, Glen. ¿Dónde iba a estar? —Suspiró y dijo—: Estaba esperándote, tenemos que hablar.

Glen me miró.

—Sé lo que me vas a contar, Ed. Pero lo vas a hacer un poco tarde, ¿no?

—Bueno, creo que mejor os dejo solos.

—No, no hace falta que te vayas, Dorothy. Y no te sientas mal, tú no tienes la culpa de nada —dijo Glen.

Quería irme igualmente, no me apetecía respirar más mal ambiente en un solo día. Solo quería desaparecer, salir a la calle y evaporarme por arte de magia.

—No me lo puedo creer, Ed, jamás lo habría pensado de ti. ¿Por qué no me lo has contado? Has tenido cientos de oportunidades. ¿Por qué has dejado que todo llegue a este punto?

Ed se encogió de hombros, sin saber bien qué decir.

—No lo sé, Glen... Supongo que porque no sabía que iba a pasar.

Glen sonrió con escepticismo.

—Cómo no ibas a saber que iba a pasar, Ed, si tú mismo has provocado que pasara. ¿Crees que soy tonto? Me apuesto lo que quieras a que el chubasquero se lo regalaste tú, has estado dando mil pasos en esa dirección a escondidas. Te lo vi en la cara durante la cena en casa de tu abuelo, te conozco muy bien.

Había tenido la absurda esperanza de que nadie se iba a dar cuenta de la complicidad que había entre Ed y yo. O de que pensarán que solo teníamos una amistad divertida. Pero era difícil de ocultar, la gente tenía ojos y captaba los detalles. A medida que había ido pasando el tiempo, nos había costado más disimular.

—No es como crees, Glen, no ha sido planeado. Estas cosas pasan, no he podido evitarlo.

—Sí pudiste evitarlo, Ed. Estabas deseando que todos nos acostáramos para ir a buscarla. Y lo hiciste, os oí en el pasillo. Yo también lo habría hecho de haber podido, pero nunca a tus espaldas.

Si hubiera habido un pasadizo secreto bajo los pies de Ed, habría abierto la puerta y ya habría estado en la frontera de Rusia en aquel instante. Glen le había cogido con todo el equipo, ya no tenía una justificación creíble que darle.

—Lo siento, Glen... Solo puedo decirte eso, las cosas han pasado así.

—Más lo siento yo, creía que podía confiar en ti. Pensaba que éramos buenos amigos. Pero no es verdad, Ed, me has demostrado que no es así. —Se dio la vuelta y se marchó, haciéndose paso entre la gente.

Ed se frotó la cara con las manos, visiblemente agobiado.

Miré al infinito y murmuré:

—¿Qué hemos hecho, Ed?

—Nada... Nada malo, Dorothy, solo lo que teníamos que hacer.

—No estoy tan segura, me parece increíble que todo haya salido tan mal.

—No ha salido mal. Es lo normal, dadas las circunstancias. Todo volverá a su sitio, ya lo verás.

—No lo sé... Quizá ese sea el problema, que este no es mi sitio.

Ed frunció el ceño y me preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Que puede que nunca debiera haberme mudado aquí. Yo no quería venir, todo fue culpa de mi cuñada.

Me miró de medio lado.

—No sé si estoy entendiéndote...

—Da igual, Ed... Creo que me voy a dormir, necesito descansar. He tenido un día terrible.

Me observó con atención, con los ojos entornados.

Le di un sentido abrazo que duró una eternidad. Cogí su cara y le besé en los labios de

manera igual de intensa. Me subí la cremallera de la cazadora, cogí mi bolso y me marché.

—¡Dorothy! ¿Dónde vas?

Me había alcanzado mientras bajaba las escaleras de un callejón cercano al pub. Me di la vuelta y, al mirarlo, me pareció salido de una película. Llevaba puesto el kilt y, a contraluz, bajo el arco del callejón, parecía un guerrero escocés.

—A mi casa, Ed.

Tenía un nudo en la garganta que estaba deseando soltar, necesitaba llorar de una vez para desahogarme.

—Ya. Pero... ¿a qué casa? ¿Por qué te has despedido así?

—Así, ¿cómo?

Ed abrió las manos y las separó de sus caderas.

—Como si no nos fuéramos a volver a ver.

—No lo sé... Pero, sí... a lo mejor debería irme.

Ed bajó los escalones hasta llegar a mí.

—Vamos... No lo estarás diciendo en serio, Dorothy.

—Claro que lo digo en serio. ¿Es que no has escuchado nada de lo que te he contado? No sé si voy a ser capaz de volver al trabajo, allí ya no me ven con los mismos ojos. ¡Y Sienna me odia, va a hacerme la vida imposible! Lucía ya no me quiere en su casa. Y yo tengo la mía. ¡Tengo una familia en España, Ed, tengo un sobrino que todavía es un bebé y al que no estoy viendo crecer! Quiero irme, necesito estar con ellos.

Ed acarició mi mejilla con el dorso de su mano.

—Dorothy... todo se solucionará. Puedes quedarte en mi casa todo el tiempo que necesites. Y te ayudaré a encontrar trabajo si no quieres volver al que tienes. Conozco a mucha gente en el pub, correré la voz y enseguida tendrás otro.

Me froté la frente, agobiada.

—No lo entiendes, tú lo ves muy fácil porque estás familiarizado con esto, eres de aquí. Tienes a tus padres cerca, a tu abuelo... Lo tienes todo bajo control.

Se acercó más a mí y sonrió.

—Y tú también, Dorothy, ya eres una más de nosotros. Casi escocesa de pura cepa. Y a mi abuelo le gustas. Te lo presto, va a tratarte tan bien como a mí.

—Eso no es verdad, no soy una de vosotros. Y sigues sin entenderlo, este no es mi hogar.

Ed miró mis pies y se echó a reír. Acababa de hacer chocar tres veces los talones de mis botines rojos, como Dorothy en *El Mago de Oz*.

—¿Qué estás haciendo?

—Quiero volver a mi casa. —Apreté los ojos y rompí a llorar.

—Y volverás, Dorothy, pero de vacaciones. Y no porque hagas ese truco de magia con los zapatos. Irás en avión, en la bodega.

—¡Para de bromear! ¡Hablo en serio, Ed! ¡No puedes tomártelo todo a cachondeo! Siempre te comportas así, como si lo nuestro fuera una comedia romántica. Y a veces hay que ser responsable, la cabeza está para algo.

Le cambió la cara por completo. Dejó de sonreír. Estaba enfadado, noté que le había ofendido.

—Muy bien, Dorothy, vuelve a tu casa. Haz chocar otra vez los talones de tus zapatos color rubí y teletransportate. Puede que lo nuestro no sea una comedia romántica, pero seguramente es la comedia romántica que a la verdadera Dorothy le habría encantado protagonizar. Porque, sí... te has empeñado en hacer un drama de esto, como si no tuviera solución. Y vas a perderte el final

feliz.

Volvió a subir las escaleras y cruzó el arco del callejón.



Alexia, no puedo seguir aquí. Al menos lo he intentado, no me siento una fracasada. Necesito estar con vosotros, no me encuentro bien... Esta vez hablo en serio, vuelvo a casa.

Capítulo 34

—A ver, ¿qué es lo que ha pasado, Cris? —Mi cuñada entró sin que la invitara a hacerlo y taconeó directa al salón.

Me quedé helada, alucinada por completo. Me pareció estar viendo a un fantasma. Hacía poco más de veinticuatro horas que le había enviado el último audio. ¿Qué hacía allí?

Fui detrás de ella, la miré sin poder creérmelo y le pregunté:

—¿Qué estás haciendo aquí?

—A ti qué te parece. —Se sentó de golpe en el sofá, junto a Matt.

Matt tenía puestos unos enormes auriculares de diadema en color blanco y, entre eso y su pelo absurdamente abultado, parecía un marciano. Tenía la cabeza más grande que el cuerpo, estaba descompensado. Me pregunté qué podía ver Lucía en él.

Mi cuñada señaló a Matt con la cabeza y me preguntó:

—¿Y este quién es?

Matt la estaba mirando tan alucinado como yo, era la primera vez que invadía «su» salón desde que vivía allí.

Mi cuñada levantó uno de los auriculares de Matt, se acercó a su oreja y gritó:

—¡Eh! ¿Podrías dejarnos solas? ¡Necesitamos tener una conversación en privado! —Me miró y dijo—: No estarás liada con él...

—¿¿Qué?? Estás loca o qué.

Se puso una mano en el pecho, aliviada.

—Vale... Pensé que iba a tener que llevarte de vuelta a España tirándote de una oreja.

Matt se levantó del sofá sin poner objeción, su única respuesta fue mirar a mi cuñada de arriba a abajo con la cara seria.

—Este no es el tuyo, pero seguro que quieres volver a casa por culpa de un chico. Las aficionadas a los penes sois muy simples, sois todas igual.

—Pues no, todo lo contrario. Si me da pena irme de aquí, es por él.

—¿Entonces? —dijo, extrañada.

Tuve que explicarle todo lo que me había pasado con pelos y señales, mi discusión con Sienna, lo que me había hecho en el trabajo, que Lucía quería que me fuera del piso, el problema entre Ed y Glen... Mi cuñada solo asentía, escuchándome con atención.

—No lo entiendo, Cris. ¿Por qué has dejado que todo llegue a este punto? —dijo, igual que Glen—. No quiero decir que comprenda lo de esa tal Sienna, lo que te ha hecho es muy sucio, solo digo que no sé por qué no te plantaste y gritaste a los cuatro vientos que estabas enamorada de ese chico. Todo habría sido mucho más sencillo, ¿no crees?

Me encogí de hombros, sin saber bien cómo explicarlo.

—Es que no lo sabía... Acababa de conocerle, no me dio tiempo de darme cuenta de que iba a pasarme. No es que Ed no me pareciera atractivo, pero estaba centrada en otras cosas, en intentar amoldarme a esto... A lo mejor no me habría enamorado de él si no hubiéramos empezado a quedar con Sienna y Glen, no lo sé... Después se me hizo muy difícil, a Sienna le volvía loca y no quería quitárselo.

—¿Quitárselo? Las personas no se quitan, Cris, van dónde y con quién quieren.

—Ya lo sé, pero ella me hacía sentirlo así.

Al decirlo en voz alta, fui consciente de cómo Sienna me había manipulado. Y cómo yo me

había dejado, claro. Probablemente, de no haberme enterado de que era mentira que se había acostado con Ed, todavía habríamos estado en la misma situación.

Mi cuñada me apartó la mirada y negó con la cabeza.

—No puedes irte, Cris.

—Sí que puedo, Alexia. Me voy a ir.

—No, busca un nuevo trabajo y otro piso. Vuelve a Intentarlo.

—No puedo... os echo de menos.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, estaba demasiado sentimental. Suponía que había sobrepasado mi nivel de resistencia y valentía. Había llorado mil veces desde el viernes por la noche.

—No debería enseñártelo en este momento, no sé si hago bien... Pero mira qué guapo. — Encendió la pantalla de su móvil y me enseñó una fotografía de mi sobrino.

Estaba sentado sobre una toalla, bajo una sombrilla en la arena de la playa. Iba vestido con una camiseta de tirantes a rayas rojas y blancas y tenía puesta una gorra blanca con visera. Estaba riendo, tan precioso y gordito como siempre. Pero yo también había engordado, no era quién para criticárselo.

Sonreí, enternecida. Señalé la pantalla y le pregunté:

—¿Eso de ahí es otro diente?

—Sí. Cuando acaben de salirle, vamos a tener que poner un candado en la nevera, es un tragón.

Mi cuñada no paraba de mirar la foto, estaba babeando.

Suspiré y dije más convencida que nunca:

—Tengo que irme, Alexia.

—Lo sabía, no sé para qué te la he enseñado.

—Amor de madre, supongo. Siempre hacéis estas cosas, vais enseñando las fotos de vuestros hijos por ahí como si nadie más tuviera. Los vuestros siempre son los mejores y los más guapos. Y no os dais cuenta, Alexia, pero algunos de vuestros hijos son horribles. Son feos con avaricia.

Me lanzó una mirada amenazante y me eché a reír. Me di cuenta de que tener a mi cuñada allí estaba sentándome bien, había vuelto a bromear. Pero, al mismo tiempo, eso también significaba que necesitaba irme para poder estar junto a mi familia.

Lucía salió del cuarto de baño, miró a mi cuñada con recelo y preguntó:

—¿Dónde está Matt?

Llevaba puesto un albornoz y tenía una toalla de baño enrollada a la cabeza. Había estado duchándose y no se había enterado de que habíamos desterrado al tontolaba de su novio.

—Buenas tardes —dijo mi cuñada con seriedad.

—Hola... —Lucía me miró y dijo—: Cris, ¿lo de los zapatos qué? Siempre tengo que repetírtelo, nunca me haces caso.

—¿Eh? Ah, sí. Gracias —dije, sonriendo.

Lucía se sujetó la toalla, me miró enfadada y entró en su habitación.

Levanté el dedo corazón y lo meneé haciendo un círculo. Le hice una peineta tan grande que me dio un tirón. Tuve que hacer varios estiramientos con la mano.

—¿Qué es eso de los zapatos? —me preguntó mi cuñada.

—Yo qué sé, dice que ensucian el parque.

—¿Y qué? ¿No tenéis fregona?

—Sí, pero esta chica está llena de manías, no sé qué le pasa.

Mi cuñada me miró con las cejas arqueadas.

—Cree que le robo huevos —le conté—. Y tiene gracia, porque es su novio el que arrasa con toda la comida que trae del supermercado. No tiene amigos, nunca la he visto quedar con alguien. Solo se relaciona con él. Se hace la disciplinada con la comida, pero come a dos carrillos a escondidas. Y después me llama gorda a mí...

Me incorporé en el sofá. De repente, me pareció entender por qué Lucía se había transformado desde que vivía en Edimburgo. Lo sospechaba desde hacía algún tiempo, pero comencé a atar los cabos que me faltaban. No había que ser Stephen Hawking para deducirlo. Pero yo también tenía una vida, estaba ocupada con mis problemas.

Después de que Ed estuviera aquel día en mi casa y me preguntara la razón de que Matt y Lucía no vivieran juntos, conseguí sacarle a Lucía, con disimulo, que Matt vivía con su madre. Y ese detalle me había ayudado a sacar la conclusión final.

Miré a mi cuñada y le expliqué:

—Ese lerdo que estaba aquí sentado, el bobo de los cascos, es el responsable de todas las manías de Lucía. La presión que tiene puesta sobre ella le está creando trastornos psicológicos. No quiere mudarse aquí para no tener que pagar la mitad del alquiler, vive ahí detrás con su madre y está todo el día metido en nuestra casa. ¿Para qué va a gastarse ese dinero si se lo puede ahorrar? Es un manipulador, le hace pensar que tiene suerte de haberle conocido, porque él es maravilloso... Ya ves tú, casi de sangre azul porque su tatarabuelo hacía percheros. Y encima la controla a todas horas, incluso sube por la escalera de incendios para cogerla desprevenida. Sí, Matt ha convencido a Lucía de que solo puede confiar en él y ha hecho que se sienta insegura repitiéndole que está gorda. Así cierra el círculo. ¿Cómo si no iba a conseguir aprovecharse de ella de esa manera tan descarada? No podría, nadie en su sano juicio estaría con él.

Mi cuñada me miró asombrada.

—¿Te lo estás inventando?

—No, lo acabo de deducir.

Asintió con expresión de admiración.

—Habla con ella —dijo.

—Quizá. Sí... Puede.

—Es probable que no te haga caso, pero puedes plantar la semilla. Quizá le haga pensar en algún momento.

Sí, podía ser que lo hiciera. No había nada que me apeteciera más en el mundo que jorobar a Matt, nunca lo había podido soportar.

—A ver, enséñame a Ed. ¿Tienes alguna foto de él?

—Sí... Tengo una.

Encendí la pantalla de mi teléfono y le enseñé la foto que nos hicimos en su fiesta de cumpleaños.

—Eh, oye... pues no está mal.

—Ya. Yo salgo horrorosa, pero él salió bien.

Volví a ponerme sentimental al mirar la foto, estuve a punto de emocionarme. Era verdad que Ed estaba guapo, tenía una gran sonrisa y el azul marino de sus ojos se veía con toda claridad. Era una lástima que tuviera que dejarlo allí, tan lejos. Posiblemente nunca más iba a verlo... Pero así era la vida.

—Cris.

—¿Sí?

—Vas a cometer un error, no vuelvas a casa. Al menos, todavía.

—Tú tampoco lo entiendes, Alexia. Son muchas cosas. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no me como una croqueta?

Mi cuñada abrió su bolso y sacó un táper.

—Toma. ¿Algo más?

—¿¿Son croquetas??

—De cocido, hechas esta mañana. No te podrás quejar.

Abrí la tapa y las olí. Me pareció estar en el cielo, un cielo lleno de ternera, tocino y pollo. Me vi en bañador, tirándome de cabeza con una maestría espectacular a una olla gigantesca de cocido.

Miré el táper en mis manos.

—Pero se habrán puesto blandas, Alexia, y a mí me gustan crujientes.

Mi cuñada se giró hacia mí y se puso una mano en la cadera.

—Ah, ¿sí? Pues, la próxima vez, te las haces tú.

—Bueno, a lo mejor pruebo a hacerlas. Sé hacer tortilla de patatas, ¿sabes?

—No me lo creo.

—Pues créetelo, ya he hecho unas cuantas.

Mi cuñada siguió sin creerme, curvó la boca hacia abajo y levantó las cejas.

De repente, miró su reloj.

—Bueno, Cris, tengo que irme. Voy a perder el avión.

—¿¿Qué?? ¿Ya te vas?

—Sí, quiero pasarme por una tienda del centro para comprar algunas cosas. Solo he venido a apagar este fuego, no quiero que hagas una tontería.

Se levantó del sofá, cogió su bolso y se dirigió a la puerta con la misma determinación con la que había llegado.

Abrió la puerta y dijo:

—Dime que no vas a volver a casa tan pronto.

—Lo siento, Alexia, necesito hacerlo.

—Cris... deja reposar un poco todo esto. Estoy segura de que estás siendo demasiado impulsiva. Se te han juntado varios problemas a la vez y te has bloqueado. No vuelvas a casa. Al menos, no vuelvas aún. Cuando lleves unos días allí, seguro que te arrepentirás.

Fruncí la cara y resoplé.

—Déjalo ya, Alexia, siempre haces lo mismo. Voy a despedirme en el trabajo mañana. Lo tengo decidido. Por favor, no me lées más.

Mi cuñada me dio un beso y bajó las escaleras. Cuando iba por la mitad, me llamó.

—¡Eh, Cris!

Ya estaba cerrando la puerta. Volví a abrirla y me asomé por la barandilla.

—Piensa en Ed. ¿Cómo vas a dejarlo aquí? Está para comérselo y seguro que te lo van a quitar... —Sonrió de manera sugestiva y se fue.

Capítulo 35

—¿Lucía?

Me miró un instante y continuó preparándose su sándwich sobre la encimera.

—Me gustaría decirte algo. No es asunto mío, lo sé... Y supongo que no vas a hacerme caso, pero he estado viviendo contigo el tiempo suficiente para ver ciertas cosas.

Lucía se giró hacia mí y me miró con desconfianza. Me dio miedo, tenía un cuchillo en la mano lleno de mantequilla y podía restregármelo por el pelo. No quería, lo tenía recién lavado.

—¿Y qué se supone que has visto, Cris?

—Bueno... que te mereces algo mejor que Matt. Cualquiera se merece algo mejor que él, a decir verdad. Sabes que no es tan maravilloso como intenta hacerte creer. De hecho, es un mierda. La boñiga seca de un escarabajo pelotero. Una boñiga redonda y bien gorda.

A lo mejor me había pasado una pizca de nada. Pero me daba igual, volvía a España al día siguiente, no iba a tener que ver más a Lucía.

—¡Cómo te atreves, Cris! ¡Matt es increíble, es el hombre de mi vida! No pienso permitir que nadie hable de él de esa manera —dijo, exaltada.

Me puse las manos en las caderas.

—Pues ya lo he hecho, fíjate. Anda, qué fácil ha sido... Sí, Matt es un mierda. Y deberías dejarlo antes de que te cree un trastorno alimenticio o cualquier otro problema psicológico del que te va a resultar muy difícil salir.

Abrí la nevera, cogí una rodaja de salami de Lucía y me la metí en la boca.

Salí de la cocina, pero no tardé en recapacitar. Supuse que esa no era la forma de hacerle entender la gravedad del asunto y sabía que se lo había dicho en ese tono y con esas palabras porque Matt me caía fatal. Volví a la cocina, había más posibilidades de que lo entendiera por las buenas.

—En serio, Lucía, Matt no está haciéndote ningún bien. Al contrario, está acabando con tu autoestima porque quiere tenerte bajo su control para aprovecharse de ti. Y sé que tú lo sabes igual que yo.

Lucía apretó los labios, bajó la cara y volvió a girarse hacia la encimera.

Capítulo 36

Subí al autobús para ir al trabajo por última vez. Sentí pena al pensar en ese detalle, pero siempre era la última vez de algo, no debía tomármelo con dramatismo. Además, era mejor que lo hiciera ya, antes de que le cogiera más cariño a lo que tenía en Edimburgo. No eran cosas materiales, y por eso me resultaba más difícil desprenderme de ello.

Pasé la tarjeta por el sensor de validación y me quedé de pie, cerca de Glen. Sabía que Ed trabajaba de tarde esa semana y por eso había cogido el autobús. No pensaba hacerlo para volver, quería evitar que coincidiéramos.

—Hola, Glen...

Sonrió con algo de tristeza.

—Hola, Dorothy. ¿Qué tal estás?

Miré la carretera a través del parabrisas.

—Bueno... supongo que mal.

Bajé la cara y jugué con mis dedos, no sabía qué hacer ni qué más decir. Podría haberme sentado al final del autobús, había asientos libres, pero aquella era la última vez que iba a ver a Glen.

—Lo siento, Glen —me disculpé.

—No hace falta, Dorothy, no podemos escoger de quién nos enamoramos. Tú no tienes la culpa de nada, el responsable es Ed.

Noté su enfado al mencionar a Ed, me giró la cara y apretó un poco los dientes.

—No te enfades con él, no me gustaría que dejarais de ser amigos. Sé que estaba preocupado porque no sabía cómo decírtelo. Y, en el fondo, lo entiendo... a mí me ha pasado lo mismo con Sienna.

—Sí, supongo que tampoco se lo habrá tomado bien.

—No sabes cómo, lo tuyo no es nada comparado con lo suyo.

Glen me miró intrigado, pero no me pidió que le contara qué me había pasado con ella. Se lo agradecí, no quería tener que volver a relatarlo.

—Bueno, Glen... de verdad, me harías muy feliz si lo arreglaras con Ed. No merece la pena que os enfadéis por mí. De todas formas, yo ya me voy.

Me miró de repente.

—¿Cómo que te vas? ¿A dónde...?

—Vuelvo a casa. A España. No creo que volvamos a vernos, dentro de un rato voy a despedirme en el trabajo.

—¿Cómo? No lo dirás en serio...

Me rasqué la cabeza y fruncí la cara, agobiada.

—Sí... Ed no lo sabe. Bueno, supongo que se lo imagina. Pero, sí, Glen... me voy.

—No. No te vayas, Dorothy.

—Sí, tengo que irme. —Puse mi mano en su nuca y le di un beso en la mejilla.

Me senté al fondo del autobús. Algo que nunca hacía, me gustaba sentarme delante para bromear con Ed o con Glen. Pero aquel día no me apetecía, prefería estar sola y en silencio.

Nada más plantar el culo en el asiento, la cremallera lateral de mi vestido estalló. Me iba estrecho porque había engordado, no había parado de comer cosas que no debía, como aquellas galletas grasientas escocesas. Además de tener que pasar un día incómodo en la oficina después

de despedirme, lo iba a pasar enseñando un lado de las bragas y media cadera. Me esperaba un día redondo.

Miré por la ventanilla para ver el trayecto a MacGavin Finest por última vez. Recordé la primera vez que subí a aquel autobús. Sin dinero suelto. Ed se había metido con mi pelo y me lo tomé fatal. Era curioso que mi corte de pelo ya no me importara, aun habiéndome crecido solo tres centímetros y encrespándoseme igual. Supuse que aquello era lo que me llevaba de Edimburgo, saber cocinar tortilla de patatas y andar por ahí como una rata despeluchada. No estaba tan mal.

Paramos en un semáforo y miré a Glen. A pesar de que no sentía lo mismo por él que él sentía por mí, sabía que iba a echarle de menos. Era un chico genial.

Apoyé la cabeza en el cristal de la ventanilla y me pasé el resto del trayecto así, mirando el paisaje y con ganas de llorar.

—¡Dorothy!

Asomé la cabeza por encima de los asientos y Glen me hizo una señal con la mano para que me acercara a él.

Me levanté, sujeté el descosido de mi cremallera con una mano y fui hasta la parte delantera del autobús.

—¿Sí?

—Baja. Tienes que bajarte aquí.

Sacudí la cabeza, desconcertada.

—¿Por qué...? Todavía no hemos llegado, faltan varias manzanas. ¿Qué pasa, hay algún problema con el autobús?

Glen señaló hacia la calle.

—Baja, por favor, no me hagas esto más difícil.

Miré a donde había señalado y mi corazón se desbocó.

Volví a mirar a Glen, asustada.

—¿Le has avisado? ¡No, Glen! ¿Por qué me haces esto? No quería. ¡Yo no quería verlo!

—Dorothy, baja ya. Baja o me retrasaré demasiado y me despedirán.

—¡No, Glen!

—Hazlo por mí. ¡Baja de una vez, Dorothy! Hazme ese favor.

Abrió la puerta del autobús y no tuve más remedio que hacerle caso, los pasajeros estaban mirándome con impaciencia. Glen arrancó el autobús y me dejó allí con Ed.

Asintió con cara de enfadado. Sabía qué era lo que estaba pensando, que planeaba irme sin despedirme de él. Y era verdad, pero pensé que era lo mejor.

—Así que te vas.

—No puedo quedarme, Ed.

—Y además pensabas hacerlo sin despedirte. ¿Ibas a decirle a tu jefe que te vas y a mí no?

Bajé la cara, no quería mirarlo.

—Sí. No sé... pensé que era mejor así.

—¿Que era lo mejor? ¿Y a qué es debido? ¿Tienes alguna explicación, Dorothy?

Negué con la cabeza.

—No...

—Sí que la tienes, la conoces igual que yo.

Lo miré bajo mis cejas y vi que acababa de ladear una sonrisa. Supuse que la cosa iba a complicarse. Ed era un granuja, ya lo decía su abuelo.

—¿Crees que si no me miras no voy a darte cuenta de lo que sientes por mí? ¿Tan bien

creías tenerlo todo atado, Dorothy? Pues habrás visto que el plan está saliéndote regular. Glen es un gran amigo. Ya ves, has subestimado nuestra amistad.

—Voy a llegar tarde al trabajo.

—¿Y qué? ¿Tienes miedo de que te despidan? Qué más te da, si piensas despedirte tú misma. ¿O a lo mejor la prisa que tienes es porque te da miedo de que te convenza de que te quedes?

—No, está decidido, Ed. Vuelvo a casa.

—Vale. Y, si estás tan segura, ¿por qué sigues sin mirarme, Dorothy?

Sentí que me retaba. Y eso me molestó. Levanté la cara y alcé la barbilla.

—¿Qué te piensas?, ¿que me da miedo hacerlo, soplagaitas?

—Soplagaitas... Sé lo que significa esa palabra, me preocupé de mirarlo. Muy graciosa, Dorothy. ¿No te da vergüenza?

—No.

—Pues debería dártela, eres una descarada. Pones motes a tus compañeros de trabajo, le quitas el amor platónico a tu amiga, me robas el corazón... Debería azotarte con los zapatos de tu compañero ese del que te ríes en la oficina, Bigfoot.

Casi se me escapa la risa.

—Eres muy tonto, ¿sabes? Siempre lo has sido.

—Y tú siempre has sido una respondona y una sabelotodo. ¿No te das cuenta de que somos tal para cual?

—Sí, así me llama mi madre, sabelotodo. Pero mi madre quería abandonarme en la puerta de un convento cuando nací, no hay que hacerle mucho caso.

—Yo te habría recogido, Dorothy. Te habría mecido sobre mi kilt y te habría dado... ¡No sé! El biberón.

—¿¿Qué quieres decir??

—Exactamente lo que he dicho. Mi abuelo cría ovejas, tenemos leche para abastecer a veinte orfanatos.

No pude evitarlo, me reí. Ed siempre acababa haciendo que bajara la guardia. Y, de todas formas, solo estaba haciéndome la dura, no tenía ninguna intención de discutir con él.

Suspiré, la risa me había relajado, ya no me sentía tan tensa. Me rasqué el cuello y miré hacia otro lado con resignación.

Ed miró mi mano y me preguntó:

—¿Por qué tienes la mano puesta ahí todo el rato? ¿Qué escondes, Dorothy?

—Me ha estallado la cremallera. Se me ven las bragas.

Ed se inclinó hacia ese lado, miró mi cremallera y negó con la cabeza.

—Y seguro que ni siquiera sabes coser...

—No, siempre me lo hace mi madre.

—Ay, Dorothy... podrías aprender a hacer tantas cosas si te quedaras... Se empieza por una tortilla de patatas y se acaba programando para la NASA.

Nos echamos a reír, pero lo hicimos con tristeza.

—Lo siento, Ed, necesito volver a casa.

Ed asintió y sonrió. Abrió los brazos y nos dimos un inmenso abrazo.

—Lo sé, Dorothy, tienes que volver a Kansas. Pero nunca te olvidaré, me acordaré de ti cada vez que alguna chica suba al autobús con zapatos rojos.

—Yo también me acordaré de ti. Todo el tiempo.

No sabía si iba a ser literalmente así. Seguramente no, porque el tiempo hace superar cosas

mucho más duras. Pero sí que iba a recordar siempre a Ed, nunca había conocido a nadie que se pareciera tanto a mí.

Nos mecimos mientras nos abrazábamos como si estuviéramos bailando. Ed me dio un intenso beso en los labios y se marchó. Se marchó sin decirme adiós.

Me quedé un momento allí, sin moverme, asimilando que aquel era el fin de verdad. Miré a Ed mientras se alejaba, perdiéndose para siempre entre los habitantes de Edimburgo. No lo puede soportar y me puse a llorar.

Capítulo 37

—Jamás habría pensado que eras capaz de hacer esto.

—Bueno, no me extraña. Nadie de la familia me tenía en cuenta en los últimos tiempos. Ya teníais a un miembro menor que yo, había pasado a ser la segundona.

—No lo digo por eso, es porque sé que no eras capaz de hervir un puñado de arroz.

—Porque el agua de mi antiguo piso era diferente, Sonia, tenía mucha cal.

—Todavía no me puedo creer que todo esto lo hayas cocinado tú...

—Otra igual. —Puse los ojos en blanco—. Parece que no me conozcas, madre, si me das una cebolla y un par de patatas, soy capaz de gobernar el mundo.

—Bueno, tampoco exageres. Una tortilla de patatas es lo más básico de la cocina que hay, Cris —dijo mi hermana.

Mi padre, que estaba detrás de mí, pasó un brazo alrededor de mi cuello y me dio un beso en la coronilla.

—No les hagais caso, yo sí que sé que eres la mejor. Sabía que ibas a darle una vuelta de tuerca impresionante a tu despido.

Me daba igual lo que dijeran mi hermana y mi madre, sabía el mérito que tenía. Me tenían envidia porque mis tortillas de patatas eran mejores que las suyas, no había más. Y qué podía decir de mi tortillería, no tenía competidores que pudieran hacerle sombra.

Mi madre miró a su alrededor y se echó a reír.

—Es que no me lo creo. No me lo puedo creer, Cristina...

—Ya está bien con la broma, ¿no? —me quejé.

Yo también lo hice, me eché a reír. Entendía que estuvieran asombradas, ni siquiera yo pensé alguna vez que iba a dedicarme a hacer tortillas. Mucho menos, a hacer tortillas de patatas en Edimburgo.

No pude soportar que Ed se despidiera así de mí, ni verlo alejándose. Corrí detrás de él. Corrí y corrí. Y él sabía perfectamente que iba a hacerlo. Pensaba insistir de nuevo de no haber sido así, en sus planes no entraba dejarme marchar con tanta facilidad, solo iba a dar la vuelta a la manzana para alcanzarme unos metros más adelante.

Quien sí se marchó de Edimburgo fue Lucía, no tardó mucho en hacerlo. Volvió a España y dejó libre el piso que compartíamos. Sí, el mismo piso que yo ahora ocupaba con Ed. Habíamos puesto un seguro en la ventana de la cocina por si las moscas, por si a algún moscardón le daba por entrar. Pero era poco probable, como el buen cobarde que era Matt, temía bastante a Ed. Cuando se lo cruzaba por la calle agachaba la cara y se cambiaba rápidamente de acera, como si le fuera a pegar. A lo mejor había soñado alguna vez con eso, la mente humana es un misterio...

Me crucé de brazos y sonreí, satisfecha. Estaba orgullosa de mí misma y de mi bonito local. Mi tortillería llevaba abierta un par de meses e iba como un tiro. Resultaba que a los escoceses les encantaban mis tortillas de patatas y toda la variedad de tortillas diferentes que servía. Se volvían locos con mis croquetas de pollo y de jamón, como yo. Aunque no era yo quien las hacía, no tenía perfeccionado el arte de la croqueta. Las preparaba una cocinera, había tenido que contratar personal porque no daba abasto.

—¡Corre, pásamelo! —le pedí a mi hermana.

Cogí a mi sobrino en brazos y salí a la puerta. Allí mismo, a un par de metros, había una parada de autobús. Algo que me iba genial para la clientela, los pasajeros se bajaban allí y

algunos entraban en mi local a comer. Pero no era solo por eso que la parada del autobús fuera conveniente para mí, Ed paraba allí con el suyo varias veces al día.

—Di, ¡hola! —Levanté el brazo de Max y lo sacudí para que saludara a Ed.

Ed se asomó por la ventanilla y me miró, sorprendido.

—¿¿Ya ha nacido?? ¿Por qué no me has avisado, Dorothy? Habría ido contigo al hospital... ¡Dios, y por qué el niño es tan grande! ¿No te das cuenta de que dentro de unos días no va a caber en la cuna?

Solté una carcajada. Ed era payaso hasta decir basta, igual que yo. Nos tomábamos la vida con humor. Bueno... en mi caso, no siempre. Pero eso me encantaba de él, me lo pasaba increíble con Ed.

—Tranquilízate, no va a llegar tan pronto. Todavía queda. —Me puse de perfil y me miré en el cristal de mi local.

Ya se me notaba un poco, pero aún faltaba bastante para que el bebé naciera. Estaba embarazada de cuatro meses. Todavía no hacía un año que vivía en Escocia, no nos había dado tiempo a más.

Había sabido que algo muy extraño estaba pasando en mi cuerpo porque, de repente, me apetecía muchísimo comer haggis. Era evidente que aquel bebé iba a ser un verdadero escocés, que compartía más genes con Ed que conmigo. Mi embarazo no había sido planeado, pero los dos estábamos contentos. Esas cosas pasaban con el kilt, a ciertas horas de la noche de un sábado se te nublaba la mente al salir del pub.

Ed se despidió agitando la mano.

—¡Adiós, Max!

Mi sobrino sacudió la mano y sonrió. Ya decía bastantes palabras y estaba para comérselo. Pero estaba deseando dejarlo en el suelo, pesaba como un saco de patatas.

Mi hermana salió a la puerta.

—Oye, Cris, acabo de caer en una cosa —dijo.

—¿En qué?

Ladeó la cabeza y me preguntó:

—No le habrás puesto a tu negocio La Tortillería por mí...

—¿¿Qué??

Mi hermana me observó un instante y comenzó a partirse de risa. Tardé unos segundos en coger la broma, no entendí a qué se refería.

—Claro que sí, es por ti y por Alexia.

—Lo suponía, la sangre tira mucho.

—Ya... Pues no sabes lo que te pierdes, Sonia. ¿Tú has visto a Ed?

—Sí. ¿Por qué?

—Pues ahora imagínatelo con falda.

Le guiñé el ojo, le pasé a mi sobrino y entré en La Tortillería. Era feliz. Estaba deseando que Ed saliera de trabajar para lanzarme a él y darle un abrazo gigante. No necesitaba nada más, con Ed me sentía como en casa.

SÍGUEME EN

[AMAZON](#)
[FACEBOOK](#)
[INSTAGRAM](#)